
Enamorarse
en
Canarias
CHIARA D'ANDREA

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro sin el previo permiso del autor de esta obra. Los derechos son del autor, revenderlo, compartirlo o mostrarlo parcialmente o en su totalidad sin previa aceptación por parte del él es una infracción al código penal, piratería y siendo causa de un delito grave contra la propiedad intelectual.
Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes y sucesos son producto de la imaginación del autor.
Como cualquier obra de ficción, cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia y el uso de marca/productos o nombres comercializados, nos es para beneficio de estos ni del autor de la obra de ficción.

Edición: Stefania Crepaldi
Gráfica: Domenica Lupia
Traducción: Giada Magnani y Carmen María Caballero

CHIARA D'ANDREA

# ENAMORARSE EN CANARIAS

NOVELA

*"Carletto y Alessandra,*
*en mi corazón, siempre."*

# *Capítulo 1*

Dicen que el verdadero vértigo es la ausencia de locura y no puedo estar más de acuerdo, porque me crié con dos locos y sé lo mucho que les gusta volar alto sin pensar en las consecuencias. En este mismo momento estoy asistiendo a la caída en picado de mi madre. Está cayendo por enésima vez al fondo del abismo de la desesperación y de la decepción. Y yo sólo tengo una certeza: no cometeré sus mismos errores.

–¿Te das cuenta, Caterina, de lo que ha hecho tu padre?

No contesto y bajo la mirada. Para mi madre es un gesto de resignación, para mí es simplemente un modo desesperado para mirar la hora en mi reloj. El intento, sin embargo, es en vano. Descubro por desgracia que no lo llevo en la muñeca. Lo habré dejado esta mañana en la mesita de noche. Llegaré tarde, lo sé.

Desafortunadamente, es imposible escapar de la verborrea de mi madre.

Necesitaría ayuda, alguien o algo que me salvara de todo esto. Podrían bajar los extraterrestres y llevársela. Podrían entrar en casa una banda de secuestradores y capturarla. O, yo qué sé, un terremoto podría hacernos salir corriendo. Cualquier fuerza externa sería bienvenida. Lo importante es que deje de hablar de mi padre y yo pueda llegar a mi amado curso de técnicas de grabación de video.

Cuando la Comunidad anunció los cursos gratuitos para camarógrafos yo fui la primera en apuntarme. Me encanta. Detrás de la cámara puedo observar el mundo en silencio como un espectador.

Pero desafortunadamente no llega ninguna ayuda, así que me resigno a llegar tarde. En realidad, el error ha sido mío porque he tenido la brillante idea de pasar a visitarla antes de ir.

–Podría tener tu edad –continúa mientras recoge nerviosa las tazas de café vacías de la mesa. Por suerte me deja delante mis galletas favoritas, las Tarallucci de la marca Mulino Bianco. Devoro unas cuantas como si fueran palomitas de maíz y, rendida, continúo observando el espectáculo.

–Además, ¿qué habrá visto en una dependienta de Calzedonia? ¿De qué hablarán? ¿De calcetines?

–Tienes razón, mamá – le sigo la corriente como siempre mientras miro de reojo el reloj de la cocina. ¡Joder! ¡Ya son las once!– Ahora sí que me tengo que ir... –*Al curso*. Trato de levantarme de la

silla, pero es inútil. Me bloquea el hombro, impidiéndome cualquier posible escapatoria.

–Esa será solo una de las tantas, ya verás. Yo ya sé cómo va a acabar, ¡conozco bien su película! –deja mi hombro, pero no se sienta; su zapatilla golpea frenéticamente el suelo.

Tiene la mirada encendida. Sus ojos verdes brillan, prendidos por la llama de los celos.

La miro de la cabeza a los pies. Lleva un vestido de lino largo y suave que la hace parecer más alta y delgada. Es una mujer hermosa y quiere seguir siéndolo. Yo no me parezco en nada, no soy muy alta, no soy demasiado delgada, tengo el pelo castaño y los ojos marrones, nada particular. Soy anónima. Y me parece bien. No quiero las miradas de los playboys, yo siempre he buscado y querido otra cosa. Mi madre, en cambio, es pasional y romántica y su destino ha sido un mar de lágrimas.

Aparto la mirada y vislumbro una foto de familia encima del mueble de la cocina; tiene el cristal roto, pero ha estado siempre ahí. No la ha quitado nunca. Somos nosotros tres, yo tendría unos cuatro años cuando la hicieron; agarraba su mano con un gesto de enfado mientras mi padre nos abrazaba desde atrás con una gran sonrisa deslumbrante. Mi madre era sin duda la más guapa, pero mi padre tenía (y todavía lo sigue teniendo) un encanto especial, una luz mágica en sus ojos que conquista todo y a todas.

–No cambiará nunca.

En realidad, yo lo sé bien: es ella quien, en mi opinión, no quiere aceptar la triste verdad. ¿Cuántas veces habrá se lo habrá repetido y luego ha vuelto a caer?

Sufro su relación de altibajos desde que tengo uso de razón. Reconozco que han tenido una intensa historia de amor y sobre todo un gran entendimiento a nivel sexual, que ha ido en detrimento de mi salud mental como niña y adolescente que nunca hubiera querido ver a sus padres desnudos. No han tenido nunca problema en dejarse pillar, en cualquier habitación de la casa, haciendo el amor de manera desenfrenada. Una vez incluso los encontré haciendo videos con mi amada cámara. Objeto sagrado que mi abuelo me regaló con amor para que pudiera capturar los momentos felices de la vida y no las perversiones de mis queridos procreadores. Siempre lloraban, gritaban, reían y hacían el amor como dos psicópatas locos en una montaña rusa. Pero yo odio las montañas rusas. Tengo vértigo. No puedo verlas ni desde lejos, imagínate montarme en una.

–Ya sabes, por eso elegí a Marco, mamá –admito satisfecha

como una alumna que ha realizado con éxito todos los deberes de matemáticas.

–Hiciste bien en casarte con él, cariño.

–Sí, es un hombre muy diferente a papá.

–Estoy muy feliz por ti, mi vida. Marco es un marido en el que puedes confiar y con el que puedes contar siempre. No como tu padre, que ha se ha gastado todo siempre en el juego y en mujeres.

Es verdad, Marco es diferente. Sé que eso es lo que dirían todas de su hombre, pero yo lo afirmo porque no me dejé llevar por el deseo. Elegí muy bien a mi pareja. Estudié. Leí bien su currículum personal antes de comenzar una historia de amor. Podría parecer más bien la responsable de Recursos Humanos de una gran multinacional que una esposa enamorada, pero no me dejé engañar. No caí. Lo planeé todo. Hay quienes lo hacen por dinero, yo lo hice por mi tranquilidad y paz mental. Creé una especie de decálogo del hombre perfecto y me obligué a respetarlo. ¡Y gané!

En primer lugar, tienes que poder confiar en tu alma gemela. De nada sirve estar en pareja si a la primera dificultad huye a la velocidad del rayo.

Marco siempre me detalla sus movimientos diarios. Es un hombre puntual y preciso. A veces puede parecer aburrido y pedante como Furio con Magda, pero para mí está bien. Yo no soy Magda, la loca que llora en el baño del bar de carretera y luego huye como una loca detrás del primer guaperas de turno.

Además, es tímido y reservado. Sé que a las mujeres les gustan los hombres agradables y sociables, que hacen reír a las amigas, a la madre, a la hermana e incluso a la abuela. Que en una cena entretienen a todo el mundo con chistes y frases brillantes. Pero cuando de las sonrisas se pasa a guiñarle un ojo a tus amigas, a tu hermana, a tu madre (y tal vez incluso a tu abuela, si tiene una edad aceptable), una se lo piensa dos veces.

Marco trabaja en un banco, que no será una profesión de adrenalina o creativa, y reconozco que hablar siempre y solo de cálculos y financiaciones a veces es un poco pesado. Pero también es verdad que su salario nos permite una vida estable y segura. Ahora que mi empresa ha cerrado y estoy en el paro, es él quien sostiene a nuestra familia. Administra y gestiona el presupuesto familiar con cuidado. Su precisión a veces puede confundirse con tacañería, pero yo sé que es sólo economía.

El hombre perfecto es educado, o mejor aún, tiene unos

principios firmes. Por ejemplo, Marco viene de una familia católica. No es que yo sea particularmente religiosa, pero el conocimiento y el respeto por los buenos valores ha sido seguramente un elemento a su favor. Si un hombre te dice que es ateo no está bien. Es alguien que quiere hacer lo que le da la gana, sin imposiciones ni reglas.

Marco es abstemio. Lo sé, lo sé, no hay diversión sin alcohol. Pero una mujer que no quiere sufrir debe saber sacrificarse. Además, ninguna mujer se divierte cuando tu pareja no vuelve a casa porque se queda tomándose doscientas cervezas con los amigos y regresa al amanecer borracho y maloliente.

Y, por último, lo más importante y fundamental para una vida de pareja sana y estable es que el hombre sea feo y no sea bueno en el sexo. No, no estoy loca, solo soy sabia. Los tipos guapos y atractivos son el mal. Hay que evitarlos como un virus letal. Son de esos que te hacen enfermar y perder la razón, literalmente. Y la cabeza no se debe perder, nunca. Tiene que mantenerse firme sobre tus hombros para poder elegir lo correcto. Y luego el sexo, al fin y al cabo, está sobrevalorado. Marco cumple con todas las características idóneas del buen marido y con él tendré una vida matrimonial serena y feliz.

Mi madre decide finalmente quitar de la mesa la bolsa de las galletas, ahora vacía. En el momento en el que la coge, me mira por un segundo y se calla. Mis deliciosas galletas acaban de convertirse para ella en la Madeleine de Proust y para mí en un precioso salvavidas.

En ese momento deja de nuevo la bolsa sobre la mesa. La veo correr por el pasillo que conduce a su habitación. Miro el envoltorio e inclino la cabeza confundida. ¿Qué le habrá pasado?

Poco después reaparece con un mechón de pelo en la cara y una carta en las manos.

—Caterina, hay correo para ti –me dice sin aliento. Se coloca el mechón rebelde y me da la carta quedándose de pie. Se balancea de una pierna a la otra–. ¡De hace meses! –dice mordiéndose el labio.

Está dirigida a Caterina Marzi y tiene mi vieja dirección. La fecha de notificación es de hace tres meses y lleva impresa la marca Mulino Bianco. La agitación crece mientras la abro como si fuera Leonardo di Caprio con el sobre de los Óscar.

Soy más que una fiel consumidora de sus galletas, soy una verdadera fan. Amo a la familia del Mulino Blanco. Son mis ídolos. "El que come sano, encuentra la naturaleza". Cuando era pequeña veía el anuncio de la familia perfecta como cuando ves tu serie de televisión favorita. Su hogar en el campo, el arroyo, el molino, el desayuno por

la mañana todos juntos, alegres y felices con las Tarallucci, las galletas más buenas y sanas. Este era mi sueño. La familia perfecta. Y el sueño se convirtió en realidad. Han pasado años y sigo consumiendo las mismas galletas, siempre.

Durante años he comprado siempre las mismas galletas y he participado con determinación y constancia en todas sus iniciativas: promociones, recogida de puntos y… concursos.

—Mamá, no me lo puedo creer, ¡he ganado!

–¿Qué has ganado, cariño?

– Aquí dice dos billetes de avión. Puedo decidir entre Londres, Montecarlo o Gran Canaria. Increíble.

– Te recomiendo Gran Canaria. Tu tía estuvo allí hace dos años y dijo que fueron unas vacaciones maravillosas. Playa, sol... ¿Y tu amiga Barbara no vive allí?

– Sí, vive allí –confirmo con asombro. Me pregunto si esto no es una extraña señal del destino. Quizás me está diciendo que es la hora de armarme de valor y enfrentarme a este viaje que siempre pospongo. Barbara lleva años pidiéndome que vaya a visitarla a su isla feliz. ¿Quizás ha llegado el momento de volver a abrazar a mi única verdadera amiga?

–Mientras que en Montecarlo estuve con tu padre.

No, por favor, no. Va a empezar de nuevo.

– Pasaba todas las noches en el casino. Cuando ganaba, el día después me llevaba a comer y beber en los mejores restaurantes, y si perdía robaba comida en el supermercado. Un loco. Una vez casi le arrestan…

Mientras el incendio de la verborrea estalla de nuevo, vuelvo a leer la carta con atención, incrédula. Joder. ¡No lo sabía!

—Aquí hay una fecha límite para notificar el destino del vuelo y los pasajeros. Tengo que comunicarlo todo hoy.

–Lo siento, me había olvidado. Siempre por culpa de tu padre que… –sigue defendiéndose con su argumento favorito. ¡Es imposible!

–Bueno, bueno, no te preocupes. Ahora intento llamar.

Marco rápidamente el número con el pánico de perder mi merecido premio. La famosa canción de espera acaricia mis oídos. Me responde la voz de una chica bastante armoniosa. Le explico el problema con ansiedad y ella me calma con su amabilidad. ¡Normal!, trabaja para Mulino Bianco.

—No se preocupe, señora, le puedo mantener su reserva hasta esta tarde a las cuatro. Después de esa hora, se confirmará Gran Canaria como destino.

–Perfecto, seré puntual en caso de cambio. Muchas gracias.

–Resumo brevemente los datos. —Escucho su voz como si fuera mi canción favorita–. Sus billetes de avión con salida el 15 de octubre desde Bolonia y destino Gran Canaria están a nombre de Caterina Marzi y Marco Ferrucci. –Escucho una nota desentonada. Una nota importante, diría.

–Disculpe, pero ¡el quince de octubre es dentro de una semana!

–Sí, señora. Exactamente dentro de una semana –confirma con una calma sorprendente.

Me callo. ¿Y ahora?

–Que tenga un buen día –me dice la figura angelical al otro lado del teléfono mientras estoy a punto de estallar en un estridente ataque de pánico.

Necesito hablar con Marco. Nosotros somos una pareja que planifica las vacaciones al detalle y aquí tenemos realmente poco tiempo. Tenemos que darnos prisa. Intento llamarlo varias veces al móvil, pero no contesta. ¡Joder! Lo tendrá en silencio. Le llamo a la oficina, cosa que nunca hago, pero esta es una emergencia de verdad.

Marco el número de su banco sin darle ninguna explicación a mi madre, que ya ha entendido el problema y, afortunadamente, se ha callado.

–Hola, buenos días. Soy la señora Ferrucci, perdone las molestias, pero necesito hablar con mi esposo. ¿Me puede poner con él?

Señora, lo siento, pero Marco no está aquí. Ha cogido unas horas de permiso.

–Ah vale. –En realidad no entiendo nada. Cuelgo confundida. Todo esto es muy extraño. ¿Por qué no me ha dicho nada? No es normal en Marco. ¿Dónde diablos se ha metido?

Renuncio a mi amado curso para camarógrafos. Nunca he saltado ni siquiera una clase, pero ahora estoy preocupada. Esto de desaparecer no es normal en Marco. Saludo a mi madre y decido irme a casa. Mi esperanza es encontrarlo allí.

Cojo la autovía norte de Bolonia, la carretera está vacía. Esto es prácticamente un milagro. Vivimos a poco menos de media hora del

centro de la ciudad sin tráfico. Recorro el camino de árboles que lleva hasta nuestra casa. En realidad la casa es de Marco. Me refiero legalmente. Porque en el momento de la boda pidió la separación de bienes. Lo sé, no es nada romántico, pero demos a César lo que es de César, ¿no? De todas formas, me encanta. Es perfecta. Tiene un pequeño jardín privado y escondido de los vecinos. Es independiente y tiene una plaza de aparcamiento que, a mi llegada, descubro que está ya ocupada. Es el coche de Marco. ¡Está en casa! Suspiro aliviada.

Más que entrar, irrumpo con la ilusión de quien acaba de ganar la lotería. Estoy feliz y no veo la hora de compartir este momento con él.

–¡Marco! –grito, pero no escucho respuesta. En este momento empiezo a preocuparme seriamente. ¿Y si se encuentra mal?

Subo las escaleras que llevan a las habitaciones con el miedo de tener que llamar a la ambulancia en cualquier momento.

Abro la puerta de nuestra habitación con mucha energía y el perchero que tanto me gustaba se cae y se rompe en frente de mis ojos.

Igual que mi corazón.

# *Capítulo 2*

No puedo creer lo que veo. Ella está acostada boca arriba. Tiene unas piernas larguísimas. Las rodillas casi le llegan al pecho y tiene los pies apoyados sobre los hombros de mi marido. Las tetas son seguramente falsas porque están firmes como dos enormes soldados suizos. Lleva un vulgar conjunto rojo de lencería que habrá comprado seguramente en un *sex shop* de mala muerte. Marco, por otro lado, está desnudo como un gusano. Su cuerpo flaquito y pálido está de rodillas delante de ella. Con las manos mantiene las piernas abiertas.

¡Olé, Marco! ¡Nuestro querido misionero!

Miro fijamente su boca de silicona, que parece una barca hinchable, y la reconozco. Es la compañera guarra que se mudó a Bolonia hace pocos meses. Se rumoreaba que se había mudado para escapar de un complicado triángulo entre ella, su ex director y la esposa. La esposa, una famosa abogada experta en divorcios, había jurado a su marido que, si no le daba el traslado, lo arruinaría. El banquero se tomó poco tiempo para calcular. En la cena de empresa Marco me la había pintado como una mala persona, una arruina familias que el cielo seguramente castigaría por todo el mal que había causado. Pero mientras tanto se estaba encargando de hacer justicia él. Mi querido esposo, amante de la justicia, se ha dado la vuelta y me está mirando. Su rostro se ha transfigurado por todas esas emociones fuertes que no estoy acostumbrada a ver en él. Casi no lo reconozco. En la sonrisa tiene el sabor de la manzana y en los ojos el terror del juicio. ¿Tal vez lo que tengo delante de mí sea un malvado y lujurioso demonio que se ha apoderado de él?

–¿Marco, ¿qué estás haciendo?

*¡Enhorabuena, Caterina, acabas de ganar el primer premio a la pregunta del año!*

Él sigue mirándome sin pronunciar una palabra. La expresión de gozo está desapareciendo rápidamente y ahora su boca abierta le está dando el aspecto de un pez que acaba de ser pescado. La otra, en cambio, ni se inmuta. Es más, parece casi que sonríe bajo el bigote que tendría si se materializara por lo que realmente es: una pantera voraz y cruel.

Me doy la vuelta y salgo de la habitación porque el asco es tan grande que es casi insoportable. La cabeza me da vueltas, me pitan los oídos y creo que me ha dado fiebre de repente. Me dirijo a la cocina

para beber un vaso de agua con la intención de calmarme y poder conducir de nuevo y alejarme de aquí.

Abro la nevera y agarro la botella de agua. La vierto en una taza grande, llenándola hasta el borde, ingiero el líquido helado y la dejo en el fregadero. Luego alargo los brazos para apoyarme. Me quedo unos minutos agarrada al lavabo esperando a que el corazón recupere su ritmo normal.

Luego siento una presencia detrás de mí. Me doy la vuelta lentamente y ahí está Marco frente a mí. Se ha vestido. La imbécil se ha quedado arriba, quizás todavía desnuda, acostada en nuestra cama.

–Ratoncito –murmura en un tono sereno e inocente, el mismo de un abogado defensor que te dice que acaba de perder la causa de tu vida. Él lo ha dado todo, pero tú lo has perdido todo.

–Marco –le respondo como un autómata. No estoy agresiva, el shock está actuando todavía como calmante.

–Pe…perdóname –su voz, su rostro, su cuerpo, todo le tiembla.

Tal vez haya esperanza. Tal vez ha sido solo un fallo. Puede pasar incluso en las mejores familias. Hay que tener en cuenta siempre los imprevistos en los buenos proyectos. Hay que calcular todo. Pero, joder, no me esperaba que sucediera tan pronto. No llevamos ni siquiera un año casados.

–Perdóname, Caterina, pe…pero yo cre…creo que me he enamorado.

–¿Qué te has qué?

*Esto ya es demasiado.*

–¿Pero qué tonterías estás diciendo si esta se ha mudado a Bolonia hace menos de tres meses? ¿Pero la has visto bien? ¿Qué tiene que ver contigo?

Mi marido no contesta, sino que solo susurra un "lo siento" y yo capto una triste y rastrera sonrisa que lo dice todo. Está claro que la ha visto y también que la prefiere.

–Marco, estás cometiendo un gran error. Sabes que te vas a arrepentir, ¿no?

–Por favor, no lo hagas todo más difícil –responde por fin.

¡Más difícil, más difícil! Difícil sería para el ortopédico volver a ponerte de pie después de que te rompa todos los huesos del cuerpo. Respira, Caterina, respira, puedes hacerlo. Eres persona de bien, una mujer educada y practicas yoga.

–Ratoncito, por favor, ya sabes lo mucho que me importa lo nuestro –continúa sin miedo.

Pero hace mal en no tener miedo, porque incluso mi paciencia tiene un límite. Tengo delante de mí al niño tonto de la sombrilla de al lado que acaba de estropear mi castillo de arena para zambullirse detrás de una sirena de mierda.

¡Claro que no te importa! Después de todas las expectativas, proyectos y esperanzas construidas, ¿echas todo por tierra así?

Me dirijo hacia él y creo que se me sale humo por las narices como un toro porque abre los ojos, se aparta con la habilidad de un torero y me deja pasar. Llego al salón dando grandes pasos. Mi mirada se dirige como un francotirador hacia el precioso jarrón que nos regalaron sus padres para desearnos un matrimonio longevo y feliz. Lo agarro entre las manos y lo levanto para prepararlo para el gran vuelo.

–No, eso no, te  lo pido por favor, ratoncito –me suplica mi marido que ha llegado también al salón preocupado por mi posible reacción.

El jarrón pesa más de lo que imaginaba, pero no importa ya que lo sostengo durante poco tiempo antes de lanzárselo.

–No te vuelvas a atrever a llamarme de nuevo así, paquidermo horrible, que es lo que eres.

El jarrón rebota en las rodillas de Marco y aterriza a sus pies. Se rompe irremediablemente, formando una montaña de piezas de cerámica a su alrededor.

El estruendo ha inundado la casa. En este momento la pantera, barra sirena, barra imbécil, baja las escaleras con la desesperación de Rose que debe salvar a su Jack del naufragio del Titanic. Me gustaría decirle: "tranquila, no hemos chocado contra ningún iceberg y hay botes salvavidas para todos”. Pero en el fondo, aquí la única que está realmente en peligro soy yo. Es mi barco perfecto el que se está hundiendo inevitablemente.

La miro en silencio mientras se dirige corriendo hacia mi marido. Como imaginaba todavía no se ha vestido y sostiene la palma de la mano abierta sobre la frente para enfatizar lo dramático de la escena.

–¿Qué ha pasado? ¿Todo bien, cariño? ¿Te has hecho daño, amor?

La mujer fatal acaba de convertirse en una dulce misionaria fetiche.

Marco está de rodillas y se queja todavía más fuerte. Como un niño que reacciona exageradamente ante un padre nervioso. ¡Solo falta que se ponga a llorar!

Mi corazón se está partiendo frente a esta escena grotesca.

Nunca me imaginé que Marco se podría ir con otra mujer. Y míralo ahora, otro hombre traidor y farsante. Y además de la peor clase: el falso caballero del que nunca sospecharías. A estas alturas prefiero salvar mi dignidad y aceptar la triste realidad: he perdido.

Subo las escaleras y los dejo con su teatro. Entro en la escena del crimen que todavía huele al ajeno y nauseabundo olor de la traición. Observo un segundo las sábanas deshechas e inmediatamente quito la mirada para no venirme abajo. Ya siento el río de la desesperación que quiere fluir desde mis ojos, pero levanto mentalmente un dique en honor a la practicidad. Tengo que centrarme en la acción: huir. Abro nuestro armario y cojo la silla del pequeño escritorio cerca de la cama. Me subo a ella para llegar a la parte más alta y cojo la maleta más grande que tengo. Me bajo y meto toda mi ropa dentro. Repito la operación en el baño y después de unos minutos el petate está listo. He metido ahí dentro toda mi vida y ahora no tengo la más mínima idea de dónde llevarla.

*

Una vez leí en un artículo de un periódico que volver a casa de tus padres después de un período de independencia es un factor predictivo de depresión. Bueno, volví a casa de mi madre hace casi una semana y desde que estoy aquí todavía no me he quitado el pijama, solo duermo, como y, sobre todo, lloro. *Ese periodista sabía de lo que hablaba.* Y quiero añadir que Marco no se ha puesto en contacto conmigo ni se ha dejado ver.

Soy una treintañera fracasada, eso es lo que soy. Pero, ¿dónde me he equivocado? ¿Dónde? Era todo perfecto. Todo como tenía que ser, como lo había imaginado durante años. Obstinarse con la pasión y con la idea de que el sexo lo resuelve todo no era lo correcto. Era un error dejarse arrastrar por los acontecimientos y no tener los pies sobre la tierra. Marco y yo, en cambio, los teníamos bien puesto sobre la tierra. Por lo menos yo los tenía, joder. Sabía que Marco no era el hombre más guapo ni encantador del mundo, ni un hombre de emociones fuertes, pero para mí no era un problema. Yo no quería estas malditas grandes emociones. Soy muy consciente del efecto devastador que tuvieron en el matrimonio de mis padres. Solo quería vivir feliz y tranquila en nuestro tranquilo mundo de galletas y pañales. ¿Pedía demasiado?

–Mi amor, no llores, verás que Marco cambia de idea.

–Tranquila, mamá, ya se me pasará. Gracias.

Mi madre, consciente del dolor que provocan los problemas del corazón, me mira con pena. Sé que está buscando desesperadamente un remedio para aliviar todo esto. De repente sus ojos se encienden como una bombilla. Y como si fuera un déjà-vu se levanta y corre a su habitación para regresar con una carta en las manos.

–Mira, ha llegado otra carta de Mulino Bianco.

¡El Mulino Bianco! ¡Los billetes de avión! Me había olvidado por completo. Abro el sobre, pero esta vez sin ilusión. Así es. Dos billetes de ida y vuelta para Gran Canaria. Fecha de salida fijada para mañana. Uno es para mí y el otro, obviamente, para Marco Ferrucci, tal y como le había dicho a la amable chica del teléfono aquel maldito día. Lo pienso de nuevo y me convierto en un río de lágrimas.

– No, no llores más, cariño. ¡Si quieres puedo ir yo contigo!

*¿Q.u.é*? ¿Una semana en Gran Canaria con mi madre las veinticuatro horas del día hablando sin parar? No, gracias. Para eso me voy sola como un perro.

—No, no, no mamá, es imposible. Los billetes son nominativos, lo siento mucho. –*Muchísimo*.

–¿Y qué vas a hacer? ¿Te vas a ir sola? –exclama como si estuviera a punto de anunciar el fin del mundo.

–¿Y por qué no? –respondo picada.

–Yo que sé, no es muy normal en ti –murmura mientras se levanta de la silla. Me da la espalda y busca una distracción.

–¿Quieres otras galletas del Mulino, amor, esas que te gustan tanto? –se da la vuelta ofreciéndome la bolsa de galletas con una sonrisa tensa.

–No gracias, mamá. Pero sí que me gustaría saber qué significa que “no es normal en mí” –digo apretando los puños.

Se deja caer sobre la silla, mientras su sonrisa se vuelve más tierna y sus ojos más dulces.

–Bueno, cariño mío, tú nunca has sido una de las que se lanza a la aventura sola.

Sé que tiene toda la razón, pero me da rabia igualmente. Porque quizás sea esa la cuestión. Estoy enfadada conmigo misma. Porque soy yo la fracasada. Sin trabajo, sin casa, sin marido. Soy yo la

que no tiene el valor para enfrentar la vida con todos sus obstáculos. Soy yo a la que le hace falta una mano porque sola no puede. Soy consciente: necesito ayuda. Siempre he necesitado una mano, desafortunadamente no soy una de esas personas que pueden hacer todo por su cuenta. Tenía una maestra de apoyo en primaria, un profesor de clases particulares fijo en el instituto y enchufes para conseguir trabajo. La cruda verdad es que nunca he sido tan lista y capaz para enfrentar la vida en solitario. Yo con Marco me protegía o, mejor aún, me escondía. Pero ya basta. Y además, en Gran Canaria tengo un apoyo: Barbara, mi gran amiga. La niña que me cogía la mano en el cole y que se me sentaba siempre al lado, la misma que me defendía en el instituto. Siempre ella, siempre mi única, verdadera amiga.

Cuánto la he echado de menos. Y ahora tengo la oportunidad de verla. Llevo los puños a los lados de mi cabeza con un suspiro. Siento que dentro de mí comienza la guerra entre mis dos mundos. Se lucha a golpe de dudas, miedos e indecisión. Entonces, de repente, en el gran caos de la guerrilla, entre pensamientos que mueren y otros que sobreviven, hago algo que me sorprende incluso a mí misma. Una decisión drástica y sin apelación. Cojo el billete de Marco Ferrucci. Se lo enseño a mi madre como si fuera el público de un espectáculo de magia. Y lo rompo delante de sus ojos que no dan crédito.

–Y sí, mamá, esta vez me voy sola.

## *Capítulo 3*

–Señora, por favor, despiértese. ¡Hemos llegado!

–Mmmm... ¿Quién es usted?

–Señora, aterrizamos hace un cuarto de hora en el aeropuerto de Gran Canaria. Debo pedirle amablemente que baje del avión.

Una joven vestida con una ajustada chaqueta azul, un pañuelo amarillo atado al cuello y un bonito sombrero está delante de mí y me está sonriendo.

–Perdone… ¿dónde estamos?

–En Gran Canaria, señora. –Su sonrisa se está distorsionando–. ¿Se siente bien? ¿Quiere que llame a un médico?

Finalmente adquiero un poquito de lucidez y contesto rápidamente.

–No, no, no, estoy bien, estoy bien. No se preocupe.

–Vale, perfecto –dice poco convencida, viéndome levantarme a la velocidad de un oso perezoso, coger mi equipaje de mano y atravesar el pasillo del avión apoyándome en los asientos para mantener el equilibrio.

No debí abusar del Orfidal. El médico me hizo prometérselo antes de prescribírmelo. “Caterina, no más de una pastilla una hora antes del vuelo, ya sabes”.

Y yo, como siempre, he hecho las cosas a mi manera. La idea de estar a diez mil metros de altura para una como yo que sufre de vértigos no es factible estando lúcida. No he volado nunca sola y el riesgo de tener mil ataques de pánico era demasiado alto. Así que me dije "dos es mejor que uno" y ahora lo veo todo borroso y siento un cosquilleo en la cabeza como si me hubiera bebido una garrafa de vino entera yo sola.

Finalmente llego a la salida del pequeño aeropuerto tambaleándome un poco. Cruzo la puerta de cristal y un soplo de aire fresco y veraniego me da la bienvenida a la isla.

Ya me siento un poco mejor.

Pido un taxi y balbuceo la dirección del hotel. El chófer reconoce mis orígenes y comienza una conversación infinita sobre lo bonita que es Italia y lo bien que se come en mi país, a lo que yo solo

consigo contestar con algún 'sí' como un autómata. Cogemos la autovía y me desplomo sobre el asiento. Observo por la ventanilla. El paisaje que pasa ante mis ojos huele a África. De vuelta a las raíces. En la lejanía, más allá de los cobertizos que aparecen en nuestro camino, los pliegues profundos escarpados se elevan en un paisaje lunar y deshabitado. Imponentes palmeras se alzan al borde de la carretera. Parecen darme la bienvenida. Las frondas se inclinan con el viento como amables guardianes a la llegada del huésped. Y de repente, mientras los ojos reconocen las diferentes multinacionales presentes como banderas sobre Marte, aparece el verdadero dueño del lugar. Imponente, decidido y vestido de oscuro. Creo que está particularmente inquieto porque sus olas parecen tan altas como las montañas. Se nota que aquí es el jefe indiscutible. El emperador. Aquí manda él. Y ahora que estoy en este pedazo de tierra me siento bajo su protección. Entramos en el camino que bordea la costa y, de repente, un estrepitoso y fragante rugido me hace saltar del asiento. Una salpicadura de espuma blanca ha superado audazmente las altas y oscuras rocas y alcanza alegre mi ventana.

Me arranca una sonrisa.

Estaré bien y pasaré unas buenas vacaciones, lo siento. O por lo menos lo espero.

*

He reservado un hotel en Las Palmas, en la ciudad. Creo que lo he hecho por venganza. No quería acabar en uno de esos gigantescos resorts donde te dan una pulsera como si fueras su detenido, tal y como habría querido Marco. Quería ser libre para pasear por los locales típicos junto a los canarios de verdad. Y he hecho bien. Me encanta este sitio. Estoy en Vegueta, en la parte más antigua de la ciudad. Y estoy ilusionada, esta noche tengo cita con Barbara.

La he llamado en cuanto he llegado a la habitación y casi le da un ataque.

—Es imposible —ha exclamado echándose a reír.

—¡Que sí, que estoy aquí!

—No te creo —ha repetido por lo menos cuatro veces—. Si estás aquí, ve a un quiosco, compra un periódico canario y hazte un selfi donde se vea bien la fecha de hoy.

—¡Bárbara, que no me han secuestrado!

—Bueno, entonces hazte un selfi en la calle, frente a la catedral de Vegueta.

—En serio, me conmueve tu gran confianza en mí— trato de responder.

—Muévete —se echa a reír más fuerte—, si no, no me lo creo —me dice en tono amenazador.

He tenido que salir a la calle, buscar la dichosa catedral y enviarle un selfi que confirmase mi presencia en Las Palmas.

En cuanto ha recibido la foto me ha llamado y ha comenzado a gritar como una loca histérica.

Siempre me ha gustado su risa eufórica, tanto que no he tenido el coraje de estropearla con mis tristes historias.

He parado la lluvia de preguntas que me ha hecho justo después: cómo me había convencido para viajar, por qué no le había avisado antes, en qué hotel estaba, cuándo podíamos vernos y, sobre todo, si estaba con Marco.

He seleccionado cuidadosamente las respuestas más simples diciéndole dónde me estaba quedando y que podíamos vernos esta misma noche, y por suerte me ha salido bien. La ilusión de poder abrazarnos de nuevo ha sido más fuerte que su curiosidad, así que me ha dejado colgar.

Deambulo ahora por este laberinto de calles y callejones empedrados fascinada por la preciosa estructura colonial. Todas las calles son peatonales, por lo que no hay ruido de tráfico. Parece una ciudad fantasma. El silencio combinado con la arquitectura gótica insinúa algo mágico en el aire cálido y ligero. La tenue luz de las farolas da el último toque a esta atmósfera mística. Mis ojos se elevan a menudo para admirar los balcones de madera, tallados como un dibujo. Desprenden un fuerte perfume a flores exóticas e historia que me hechiza.

De repente, una calle escondida y estrecha me llama la atención, como un pasaje oscuro al mundo de las maravillas. Lo atravieso con la curiosidad de Alicia. Y al final de este se manifiestan realmente las maravillas. Delante de mí explota la movida española, más colorida, desordenada y ruidosa que nunca. Mucha gente está en la calle bebiendo, tocando, comiendo, pero sobre todo bebiendo. Al principio me quedo parada para observar. Siento el dulce olor que viene de los locales que se suceden como hilos de golosinas. Todos ellos emanan alegría. Los españoles son un pueblo al que realmente le gusta disfrutar de la vida. Después de unos minutos creo que me contagio por osmosis. Después de todo, estoy de vacaciones y tengo que estar alegre yo también, me digo a mí misma. Busco el nombre del lugar donde he quedado con Barbara y me lanzo a la

muchedumbre. Voy con antelación, así que me tomaré una cerveza. Trato de pasar entre la multitud. Llegar a la barra es una lucha, pero no me desanimo. Pero después de media hora en la cola creo que me he transformado en una estatua ornamental del local.

*Bueno, yo no soy una que destaca, pero coño dadme una cerveza, por favor.*

Han pedido todos menos yo. Incluso me ha superado un niño que no llegaba a la barra con la cabeza.

Por fin un camarero con perilla y mirada rápida se da cuenta de que soy un ser viviente y me pregunta sonriendo:— Amiga, ¿qué quieres?

—Una cerv...

—¡Caterina! —dos brazos me rodean emocionados y descargan toda su energía sobre mí—. ¡No me lo puedo creer, es real, ¡estás aquí! —Mi amiga se separa para mirarme bien, pero no me suelta. Me pone las manos sobre los hombros y me mira asombrada.

Sinceramente, yo tampoco me lo creo. Mi Barbarilla está frente a mí. Hemos sido inseparables desde los tiempos del colegio, pero luego tuvimos que separarnos. Su trabajo la trajo aquí. Después de años de formación como animadora en la costa de Romaña, mi amiga es ahora una afirmada guía turística. Y no existe un trabajo más adecuado para ella, porque Barbara tiene dentro la alegría del verano. Cuánto había echado de menos sus ojos claros y limpios como el cielo y su sonrisa contagiosa y fresca como el aire del mar.

—Es increíble, hay que celebrarlo. Aún no tienes una cerveza, eso no está bien —se gira desenvuelta hacia el camarero y sin ni siquiera gritar pide: “Chacho, dos cañas aquí, por favor”.

Y, mágicamente, después de dos minutos nos sirven dos cervezas frescas y espumosas. No, no ha cambiado nada. Es la Barbara de siempre.

—¿Y qué me cuentas? ¡Qué agradable sorpresa me has dado! Pero, ¿estás sola? ¿Marco se ha quedado en el hotel? —me pregunta dando por sentado que él también está aquí.

—Sí —confirmo rápidamente.

Me mira un segundo, luego le da un sorbo a su cerveza y finalmente exclama:— Ven, te presento a mis amigas—. *Se lo ha tragado, gracias a dios.*

Nos unimos a sus amigas en la mesa y parece que mi vida haya hecho un salto de veinte años al pasado cuando Barbara me

involucraba y me ayudaba con su exuberancia a sacarme de mi extraña timidez.

Todas me dan la bienvenida sonriendo entre besos y abrazos. Aunque me acaban de conocer todas me saludan diciéndome "mi vida, mi cielo, churri, qué bien que estés aquí con nosotras". Diablos, estos canarios son la panacea para mi autoestima.

—¿Eres amiga de Barbara desde hace mucho tiempo? —me pregunta una de las cuatro que tiene un turbante con dibujos de calaveras de diferentes colores. Tiene el pelo largo y negro. Me recuerda a Frida Kahlo.

—No lo sé. ¿Cuánto tiempo ha pasado? —Aunque lo sé muy bien prefiero que sea Barbara la que hable.

—Bueno, casi veinte años. Éramos dos niñas, jolines.

—Sí —confirmo con una sonrisa tímida.

—Y por fin se ha decidido a visitarme —dice con ojos brillantes y su gran sonrisa en los labios—. Menudo regalo tenerla aquí conmigo en Canarias —y su mano vuelve a buscar el contacto con mi hombro.

—¡La vida es bella! —grita con voz aguda una de las cuatro imitando a Benigni en versión rubia, con curvas y también muy borracha.

Las chicas ríen todas juntas. Yo también río con ellas. Siguen pidiendo cerveza y bebiendo. Y yo bebo con ellas. Estoy rápidamente perdiendo la lucidez, pero no me importa. Me siento bien. Hace años que no me río con otras mujeres. Hace años que no salgo sola sin Marco. No tengo muchas amigas en Bolonia. De hecho, pensándolo bien, no tengo ninguna. Estaba tan centrada en Marco y en nuestra relación que no me interesaba nadie más. He sido una imbécil total.

Pero qué bien se está bebiendo con tus amigas y riendo, riendo y bebiendo, bebiendo. Yo también quiero brindar. Yo también quiero gritar.

—¡Por las chicassss y por la amistaddd! —exclamo a grito pelado.

—Muy bien Caterina. —Todas me aplauden entusiasmadas como si fuera una activista que acaba de dar una charla sobre la igualdad de género.

—Y nuncaaa, nuncaaa por los hombres que solo son caca seca sin huevos y te dejan siempre —continúo.

—Olé, Caterina —gritan en coro.

Pero no aguanto y mi interpretación de Betty Friedan se derrumba miserablemente junto a mi cabeza sobre la mesa. Murmullo entre sollozos repentinos e histéricos.

—Yo no soy buena pa' na', soy una fracasada. No tengo trabajo, no tengo una casa. No tengo amigas y el cabrón de marido me ha dejao' por una ninfómana pervertida.

Levanto la cabeza y en frente de mí tengo las caras asombradas de todas.

—Lo siento —grito de nuevo entre lágrimas—. Soy un verdadero fracaso.

Las pobres se miran entre ellas desconcertadas.

La más atónita es Barbara, que solo me mira a mí.

—Caterina, pero ¿qué dices? —murmura.

—Perdona, amiga mía, no he tenido el valor de contártelo... —lloro más fuerte.

—No te preocupes, ven aquí. —Sus brazos me envuelven, esta vez con dulzura, como una manta suave.

Lloro sobre su hombro.

—Escucha, ¿sabes qué hacemos ahora? Vamos a mi casa y nos preparamos un buen café relajante.

—Imposible, el café no calma.

—El mío es especial.

—¿De verdad? —exclamo levantando la cabeza.

—Sí, de verdad —ella sonríe como una hada buena.

Me agarro a Barbara mientras subimos las escaleras.

—Vamos, vamos que son las últimas escaleras —me anima mi amiga mientras me coge del brazo.

La miro y sonrío como una tonta.

—Es típico de ti vivir en la última planta.

—Hemos llegado —me anuncia delante de la puerta de su casa. Mete la mano libre dentro del bolso, con destreza encuentra las llaves, la gira en la cerradura y abre.

Frente a nosotras una vista que te deja sin aliento. Las luces de la ciudad enmarcan en la oscuridad una lengua que todavía sigue charlando en la noche, a la izquierda de la cual se puede reconocer el puerto con los grandes cruceros y, al otro lado, la larga playa de Las Canteras. A lo lejos las montañas, grandes y prehistóricos gigantes oscuros, nos observan.

—Guau, qué sitio tan bonito —expreso mientras Barbara me deja aterrizar en el sofá.

—Me alegro de que te guste, pero ahora cuéntame todo —me sonríe y se sienta ella también a mi lado.

Me entran ganas de vomitar al recordar.

Me levanto de golpe, mis ojos se abren de par en par y mi amiga, perspicaz, me señala una puerta al final del pasillo.

Vuelvo al salón echa un trapo, pero Barbara me espera en el sofá. Camino en silencio hacia ella. De repente una foto sobre la estantería de madera me llama la atención. La cojo entre mis manos y la observo en silencio. Somos ella y yo, de pequeñas, ella con la boca abierta en una risa espontánea y yo con las comisuras de los labios elevados hacia arriba.

— Barbara, me ha traicionado. Se ha enamorado de otra y me ha dejado. Ahora vivo en casa de mi madre. Se acabó todo. No tengo nada más —digo lacónica.

—Ven aquí —mi amiga me llama con los brazos extendidos, yo acepto su invitación y me sumerjo de nuevo en el sofá con ella. Me dejo abrazar entre las lágrimas que fluyen, inagotables.

—Ya está, no pasa nada, ahora tu Barbarilla te cuidará —murmulla en mi pelo. Siento el peso de los ojos por la gran obra de riego. Creo que se van a cerrar. Me acurruco mejor entre los brazos de mi amiga.

Ahora mismo estoy en el lugar más bonito del mundo.

## *Capítulo 4*

Poco a poco abro los ojos y la cabeza me da mil vueltas.

*¿Dónde estoy?*

Escucho a alguien canturreando en la otra habitación. *Ah, ahora me acuerdo de todo, estoy en casa de Barbara.*

No me da tiempo a sentarme y quitarme la fina mantita que seguramente me ha puesto encima mi amiga esta noche porque enseguida aparece ella.

—¡Te despertaste, dormilona! —Trae una bandeja con un zumo, un sándwich y un café que parece un batido de tamaño gigante.

La apoya en la mesita frente a mí: —¿Cómo estás? —me sonríe alegre.

— Más o menos… — me masajeo la cabeza con las manos.

—Verás que con mi desayuno se te pasa. Come, que tengo grandes ideas para ti.

—¿En qué sentido? —murmuro mientras empiezo a sorber el café.

—Te quedarás a vivir aquí.

—¡Barbara! —escupo su nombre junto al café.

Me ayuda a no morir dándome dos golpes en la espalda. Mientras me recupero la miro seria.

—Con todo el respeto por nuestra larga amistad, pero ¿estás loca o qué?

—¿Por qué no? —insiste.

—¿Y por qué sí? —exclamo con los ojos ahora totalmente abiertos.

—Bueno, espera, ahora te hago una lista rápido. En primer lugar, no deberías vivir más con tu madre.

*Diablos, esa es una muy buena razón.*

—Segundo: vivirías lejos de Marco.

*Esto también es cierto.*

—Tercero: vivirías en un lugar donde siempre es verano.

*De hecho, yo odio el frío.*

—Y, por último, y no menos importante, vivirías conmigo.

Y me sonríe satisfecha extendiendo sus brazos hacia un público imaginario.

No me has convencido en absoluto —miro hacia abajo, cojo el sándwich y le doy un pequeño bocado.

—Eres la misma cabezota de siempre.

— No, eres tú la que no quiere entender. Ahora dime, ¿qué hago yo en Canarias? ¿Dónde encuentro un trabajo si ni siquiera en Italia tengo posibilidades? Imagínate aquí con otro idioma.

La miro y sonríe. Me preocupa porque esa sonrisa ya me la conozco.

—Entonces hacemos así: hay una oferta de trabajo que me pasó una amiga. Se suponía que ella se tenía que presentar mañana, pero ha decidido volver a Italia.

*Mujer sabia.*

—Es un *call center* italiano, no piden ni experiencia ni buen nivel de español. Inténtalo. Haz la entrevista. Si te va bien te quedas y si no terminas tu semana de vacaciones y te vuelves a Bolonia. ¿Qué me dices?.

—Yo digo que nunca me cogerán.

—Bueno, no importa. Pero tienes que jurarme por Brad Pitt que vas a ir allí y darás lo mejor de ti, cueste lo que cueste, hasta el final.

*Por Brad no, está jugando sucio.*

— Ahora júralo.

Sé que no me dejará irme nunca ir si no acepto.

—Bueno, lo juro.

—Buena niña —y reaparece en su cara esa sonrisa que tanto me preocupa.

*

Si descubro que Barbara lo sabía, juro que la mato.

Es la primera cosa que pienso después de que Fabiola Corrente, una chica con rasgos masculinos, músculos tensos y rizos, en calidad de socia y responsable del *call center*, me haya explicado “nuestro”

objetivo.

Ha hablado como una metralleta y yo estoy aturdida por el bombardeo de información incomprensible.

Al principio he pensado que era debido a mi bajo cociente intelectual el hecho de que no entendiera a quién nos tenemos que dirigir.

Hace poco nos encontrábamos a solas en la pequeña sala donde hemos empezado la entrevista y ella ha comenzado diciendo: “nos ocupamos de páginas de citas" y me ha mirado con ojos inquisitivos, buscando quién sabe qué reacción.

Bien, perfecto. No tengo nada en contra. Soy la primera defensora de optimizar las uniones sobre la base de las características personales estudiadas y enumeradas por escrito. Sin embargo, no me podía imaginar que existiese un mercado de personas dispuestas a pagar para encontrar a su alma gemela.

*Tal vez debería haber invertido yo también mi dinero en eso y haber ampliado mis posibilidades. Tal vez habría tenido más suerte, ¡quién sabe!*

—Pasamos a la categoría ‘mujer busca hombre’, donde hay más *feedback*. Para los hombres que buscan mujer hay poco mercado, por lo que poco negocio.

*Vaya, así es como el sexo masculino se esfuerza por construir una relación fuerte. Tenemos que hacerlo todo nosotras.*

—Todas son páginas web italianas, pero la mayoría de las chicas son extranjeras. ¿Cómo vas con los idiomas?

—Estudié inglés y español en el instituto. Puedo tener una conversación básica por teléfono.

— Perfecto para empezar, no te preocupes. —Y luego añade agitando sus manos huesudas de manera frenética:—Para el material publicitario, fotos, videos, texto y anuncios, tranquila porque mis socios del *back office* se encargan de todo. Somos un gran equipo, ya verás.

De repente se levanta y me invita a seguirla.

—Ven, que te los presento. Les encanta conocer en persona a nuestros posibles colaboradores.

*Genial, está yendo bien entonces. Esto es sorprendente, ya que casi no he dicho una palabra. Quizás no soy tan mala, al menos profesionalmente.*

— Discúlpame, ¿puedo hacerte una pregunta? —me atrevo a decir mientras la sigo por el largo pasillo.

—Por supuesto —me responde en voz alta sin girarse.

—¿Cuál es la tasa de éxito de estos anuncios?

—Bueno, nuestro trabajo es también hacer un buen asesoramiento para dirigir a la cliente hacia la publicidad correcta que le asegure un gran resultado, pero te digo que si hacemos bien nuestro trabajo estas chicas pueden ganar cifras realmente considerables a final de mes.

*¿En qué sentido? No entiendo.*

Llegamos frente a una gran puerta blanca. Fabiola toca y entra con decisión sin esperar el permiso.

—¿Molesto? ¿Os estáis enrollando? —pregunta entre risas.

*Jolines, qué ambiente de trabajo tan informal, debo admitir que me gusta.*

—Tengo el placer de presentaros a Caterina —y se mueve hacia un lado.

Me encuentro delante a un hombre y dos mujeres. Están sentados en sus escritorios, el hombre está en el centro y las mujeres a sus respectivos lados, escondidas detrás de las pantallas como si fuesen escudos. La chica con las gafas de la derecha mira hacia arriba e inmediatamente me devuelve una sonrisa amable, pero el primero en hablar conmigo es el hombre, que se pone de pie. Es muy alto y extiende su mano grande y bien cuidada. Acercándome, un aroma de fresco y costoso *after shave* me envuelve.

Me armo de valor y digo: —Encantada de conocerle.

—Caterina, aquí todos nos tuteamos. Yo soy Samuel —me sonríe mostrando unos dientes blancos y perfectos. Tiene una voz alegre que relaja mis tensos nervios.

La mujer a la izquierda también se levanta. Lleva un vestido negro de marca que envuelve un cuerpo esbelto y sinuoso. Se nota de inmediato un voluptuoso y exagerado pecho para un cuerpo tan delgado. Me pregunto, quizás por envidia, si es natural. La tipa tiene algo de austero, de infranqueable, quizás por sus ojos color hielo. Brillan intensamente enmarcados por su cabello largo y ondulado. Pero la sonrisa que me regala cuando me estrecha la mano es dulce.

—Encantada, soy Alessandra —se presenta con una voz suave y elegante y luego se vuelve a sentar en su silla.

—Caterina, estamos muy contentos por tu presencia aquí. Yo soy Ángela.

Finalmente, la chica de la primera sonrisa también se levanta. Tiene el pelo recogido en una cola desordenada, las gafas apoyadas sobre la nariz puntiaguda y lleva un vestido de flores largo hasta los pies. Ella es de mi raza, tímida y torpe, la reconozco, no hay duda.

—Buscamos personas como tú, profesionales, serias y que no tengan prejuicios —retoma la palabra Samuel, con la exuberancia de las personas a las que le gusta ser el centro de la atención y caer bien.

*Y tengo que decir que me ha conquistado realmente con estas últimas palabras.*

—No, de verdad. Soy una verdadera fan de este método —afirmo con espontaneidad.

Se miran los unos a los otros durante un segundo. Parecen perplejos. *¿Tal vez he dicho algo equivocado?*

Entonces Samuel estalla en una risa estridente.

—Muy bien, Caterina, después de todo yo tampoco podría estar más agradecido a este trabajo. Esta agencia fue la que nos unió ¿verdad, tesoro? —y deja caer su mano sobre el delgado hombro de Ángela.

—No hay necesidad de contar nuestra historia, por favor —ella lo frena con un hilo de voz.

—Cariño, pero si es una historia maravillosa y además la chica parece ser de mente abierta. ¿Te he molestado, Caterina? —me pregunta llevándose la mano al pecho.

—No, para nada —me apresuro a responder sacudiendo la cabeza. *¿Por qué entonces? No entiendo. Parece que se me sigue escapando algo.*

—¿Has visto, amor? Caterina es una persona abierta y yo estoy convencido de que se convertirá en una de nuestras mejores vendedoras.

—Gracias por vuestra confianza, haré todo lo posible.

Todo este aprecio hacia mí me está despertando la necesidad de demostrar que tal vez puedo conseguirlo de verdad.

—Ven, te enseño la oficina para que podamos ir inmediatamente al grano —me dice Fabiola.

Salimos del *back office* y entramos en el pasillo. Fabiola

comienza a hablar de nuevo como una metralleta enumerando una serie de técnicas de marketing que parece haber estudiado como si fueran la Biblia y ella una fanática religiosa.

—Nosotros utilizamos uno de los mejores programas de CRM, acrónimo que en inglés significa gestión de relaciones con el cliente. Se realiza una acción de investigación sobre los *contact*, que luego se limpian, eliminando la *black list*, los *old customers* y se insertan en el programa como *prospect*. A partir de ahí depende de vosotros entender su interés con la primera llamada y convertirlos en *lead* reales, ¿de acuerdo?

*¡Por supuesto! ¡Está todo clarísimo!*

Asiento con la cabeza mientras pienso que en realidad creo me han sobrevalorado. Fabiola abre una puerta corrediza y yo abro la boca de par en par.

Me quedo embobada.

*¡Ay. Dios. Mío! ¡No me lo puedo creer!*

Parece que ciertas escenas locas me obsesionan.

*¡Pero esta es una verdadera persecución!*

Frente a nosotros hay una gran sala llena de gente con auriculares sentados en sus escritorios con sus respectivas pantallas delante.

En todas las pantallas hay hombres y mujeres desnudos. Una exultación de tetas, culos y penes en todos los ángulos y en todas las posiciones.

Fabiola me invita a sentarme frente a un ordenador que ya está encendido.

Todavía tengo la boca abierta, trato de cerrarla, trago saliva y me siento. En realidad, porque lo necesito.

Ahora está todo claro, ¡nuestro objetivo son las escorts!

¡Son ellas las que compran publicidad en estas famosas páginas de citas porno!

*¿Y ahora qué hago?*

Antes de que pueda decirle que tengo otro compromiso me entrega una hoja con una conversación preestablecida y apoya una mano sobre mi hombro.

—Vamos, Caterina, todos han tenido una muy buena impresión de ti. Estamos todos convencidos de que lo harás muy bien.

*Ah, mira qué honor.*

—Intenta hacer una llamada telefónica: tranquila, respira y lee el guion al pie de la letra. Todo saldrá bien.

*¿Tú crees?*

Admito que sus palabras de alguna manera están funcionando porque un deseo loco de no decepcionar sus expectativas me está encadenando a esta situación absurda. Si saliera corriendo ahora solo demostraría ser todo lo contrario a una chica de mente abierta y sin prejuicios. Y esto no me gustaría, porque puedo ser cualquier cosa pero no soy una moralista que juzga la vida de los demás. Así que decido seguir adelante con esta locura. Igualmente durará poco conociendo mis capacidades de conversación. Después me iré a la casa de Barbara, la mataré, terminaré mis vacaciones y volveré a Bolonia. Un plan perfecto.

Así que decido ponerme los auriculares y escucho el sonido de los tonos de la llamada como el de las campanas de la muerte.

—¿Hola?

Ha respondido una persona, maldita sea. El número de teléfono está asociado a una tal Amanda, una trans brasileña de un metro y setenta de altura, con un gran juguete, según lo que promete el anuncio. Miro sus fotos en la pantalla y me cuesta creer que originalmente era un hombre, ya que es guapísima y muy femenina.

Parece una gata con ojos color avellana.

Tiene una melena que daría envidia a un modelo de *L'Oréal*. En su rostro, una sonrisa traviesa y poderosa que me asusta un poquito.

—Buenos días, soy Caterina, de la agencia de publicidad *Hot Angel*. Perdona si te molesto, pero he visto tu anuncio y me ha dado curiosidad. Quería saber cómo gestionas tus anuncios.

Empiezo a leer como un tren sin conductor que se desvía.

—¿Qué? —grita una voz enérgica con un claro acento sudamericano.

—Perdona, ¿hablas italiano?

—Sí, claro que hablo italiano, llevo diez años viviendo aquí —responde irritada.

—Perfecto. Somos una agencia que se ocupa de poner anuncios en casi todas las páginas del sector.

—Sí, pero ¿qué página es, mi amor?

—No, no tenemos una página propia. Somos una agencia de publicidad y colaboramos con las páginas web de anuncios. No sé, ¿no te gustaría saber cuáles son las más visitadas por los hombres de tu ciudad?

—Caterina, no uses la negación —me regaña Fabiola a mi lado.

Siento la presión de sus ojos sobre mí como si la venta ahora se hubiera convertido en una cuestión de vida o muerte.

Amanda, al otro lado del teléfono, juraría que es partidaria de la muerte.

—Tesoro, no tengo tiempo que perder, ¿sabes? Estoy esperando a un cliente y todavía tengo que arreglarme las uñas.

—Entiendo —digo mientras miro sus fotos en la pantalla. Sus uñas son tan afiladas que harían envidiar incluso a Freddy Krueger. Las mantiene cerca de su miembro para resaltar su tamaño desproporcionado, como hacen los vendedores de joyas en la teletienda.

—Lo siento, tienes ra… ra… razón —tartamudeo—. Pero este es mi primer día, por favor ten paciencia conmigo.

Al otro lado, un largo silencio. Me habrá colgado en la cara. Amén.

Pero no, increíblemente escucho su voz cálida y profunda resurgir. Ha cambiado, es más suave.

—¿Cómo dijiste que te llamas?

—Ca… Ca… Caterina —tartamudeo de nuevo.

—Está bien, Caterina. Vamos, venga, mi reina, háblame de esta publicidad.

—Perfecto. —Me sorprendo de que me esté dando una oportunidad.

Así que paso a la siguiente pregunta del guion.

—¿En qué ciudad estás interesada?

Amanda responde con confianza y sin dudarlo: “Milán *forever*".

—Milán —repito en voz alta para que Fabiola me escuche y me ayude a seguir adelante.

Puntual y eficiente, hojea el archivo y saca otro folio que me entrega. Allí están apuntadas todas las páginas seleccionadas para Milán y sus respectivas listas de precios.

Se la leo cuidadosamente a Amanda, como si recitara la lista de la compra.

—La tengo. La tengo. La tengo. ¡Ah, esta me falta! ¿Realmente me la recomiendas para Milán?

Fabiola me insta a confirmar golpeándome convulsivamente la cabeza hacia arriba y hacia abajo.

—Absolutamente sí —digo por fin.

—Está bien, mi pequeña Caterina, me has convencido.

*¡Me pregunto cómo!* No he sido nunca capaz de vender nada en la vida y ahora con la resaca que llevo desde anoche me encuentro transformada en la publicista personal de una trans fetiche brasileña. La vida te da sorpresas, sorpresas te da la vida.

—Envíame un whatsapp a este número para los métodos de pago. Y puedes descargar mis fotos directamente desde *Mágicasnoches*. Y ahora te dejo, porque si el comendador me ve que no tengo las uñas bien hechas me pide un descuento.

—Por supuesto, entiendo, claro.

—Un besazo, linda mía. Hasta pronto.

—Absolutamente —respondo por reflejo.

—Y enhorabuena por tu primer día de trabajo.

—Gracias. —Cuelgo la llamada aturdida.

Fabiola me recibe con un abrazo.

—Lo has hecho genial, Caterina. Primera llamada, primera venta. Eres un prodigio.

Tengo que decir que, por absurdo que sea, me siento feliz y satisfecha y acepto los cumplidos casi conmovida.

—Obviamente ya te puedes considerar de los nuestros. El trabajo es tuyo. ¡Felicidades!

—Gracias —respondo confundida.

No hace falta decir que me parece surrealista. Acabo de conseguir un trabajo en las Canarias. Así que por pura logística también tendré que vivir aquí. Al final ha salido ganando Barbara, como siempre. Y como siempre debo admitir que tenía razón, porque una extraña euforia me invade.

En el fondo siento que esto es lo que necesito en este momento. La verdad es que no tengo ninguna gana de volver a Bolonia para

seguir llorando. Necesito alejarme, esconderme, limpiar mis heridas en paz. Y mi travieso ángel de la guarda lo sabía. Sabía que necesitaba un cambio en mi vida de fracasada. Y ahora tengo la oportunidad de hacer una pausa. Casa, idioma, trabajo: se renueva todo. “¡Adelante, Caterina!” me digo a mí misma... empieza una nueva vida. O por lo menos vamos a intentarlo.

Miro a Fabiola que todavía me sonríe con entusiasmo y le pregunto con voz firme: “¿Cuándo empiezo? Por mí podría incorporarme mañana mismo".

# *Capítulo 5*

Cinco meses después.

Está oscuro y yo estoy en medio de esta gran calle. Los coches pasan rápido y tengo que correr para llegar a la acera sin que me atropellen.

Me cuesta caminar. Bajo los ojos y me doy cuenta de que llevo unos zapatos de tacón de aguja. Son rojos. Rojo fuego.

En la acera hay otras chicas. Todas están de pie y en fila, pero espaciadas entre ellas. Parece como si estuviéramos en una de esos salones de baile de salsa y merengue donde las señoritas esperan a que algún caballero las saque a bailar. Solo que aquí estamos al aire libre en medio de una calle, hace frío y la danza tiene que ser más íntima.

Me pregunto por un momento por qué estoy aquí. ¡Yo no hago este trabajo!

Pero mi sentido de responsabilidad hacia el consumidor inmediatamente se despierta y me doy cuenta de que no estoy preparada. La ansiedad crece, increíblemente no por el trabajo en sí, sino por cómo tengo que actuar.

Necesito inmediatamente unas instrucciones.

Necesito saber qué hacer.

Me acerco a una ‘compañera’.

—Perdona, me llamo Caterina y soy nueva. ¿Podrías…?

—Guapetona, si no te vas rapidita te quito yo las ganas de preguntar.

Perfecto. Yo eliminaría de su currículum la capacidad de trabajar en equipo.

—Pssst, ven aquí —alguien me llama.

Me doy la vuelta y la reconozco. Alta, piel oscura como la noche, cabello largo y ondulado, mirada decidida en contraste con sus ojos que esconden una dulzura secreta. Es Amanda. Lleva un mono de lentejuelas que parece sacado del armario de Raffaella Carrà.

Me sonríe y esto es suficiente para que yo confíe.

Me acerco cojeando un poco.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—No lo sé. —Ella no podría entender mi sinceridad.

—No te preocupes, tarde o temprano todas caemos en este juego, mi bombón.

—Pero yo no sé jugar —admito brutalmente—. Ayúdame, por favor.

—No puedo —me dice con ternura.

—¿Por qué? ¡Por favor! —estoy a punto de llorar.

—Ciertas cosas no se enseñan, solo se viven, mi amor —me vuelve a sonreír y me señala con la mirada una cabina telefónica—. Ve, te están llamando.

Me doy la vuelta perpleja. Hay un teléfono público a pocos metros de distancia. Está sonando. No pensaba que todavía existieran. Entro dudosa.

Cojo el teléfono y respondo con un tenue "¿sí?".

—Caterina, ¿dónde te has metido?

Es Marco y con un tono autoritario dice: "Te estoy buscando".

—Pe… pe… pero yo... ¿Realmente me estás buscando?

Me pongo de los nervios. No sé si disculparme o enfadarme. Mientras, él sigue llamándome repitiendo mi nombre como un mantra.

—Caterina, Caterina, Caterina...

—Caterina, ¡despierta! ¡Me estás asustando!

Abro los ojos con dificultad y veo a Bárbara delante de mí.

—Cariño, gracias a dios. Pensé que habías entrado en coma etílico. Pero, ¿cuánto bebiste ayer? —Me mira Bárbara con una ceja levantada y la mirada preocupada.

—¿Qué pasa? —me froto los ojos e intento volver a la realidad. Miro a mi alrededor, estoy en mi pequeña habitación en Canarias. Reconozco mis libros en el estante, la lámpara de conchas sobre la mesita de noche y el armario blanco—. ¿Qué hora es?

—Las diez —responde mi amiga.

—Me cago en la puta. —Abro los ojos—. Voy súper tarde.

Me levanto de la cama, cojo un vestido que hay en el suelo y corro al baño. Después de dos minutos salgo y miro a mi alrededor para buscar el bolso y las llaves de casa. Luego salgo corriendo.

Pero antes me da tiempo a besar la mejilla de mi mejor amiga.

—Hasta luego, Barbi, nos vemos más tarde.

—Vale —me devuelve una leve sonrisa sacudiendo la cabeza.

—Venga, date prisa.

La suerte, afortunadamente, está conmigo. Cuando entro en la oficina no hay ni rastro de Fabiola. La imaginaba esperándome en la puerta apuntando con el dedo.

—Buenos días, Caterina, Fabiola está en el dentista esta mañana —me informa Ángela mientras abre la puerta de la oficina con sus encantadores modales. Suspiro descaradamente aliviada.

*Ella es mi jefa favorita, sin duda*.

Su amabilidad es un dulce refugio.

Me observa las enormes ojeras con una mirada preocupada.

—¿Estás bien, Caterina?

—Sí, genial, solo que he tenido un problema con el despertador —mascullo.

—Pero ten cuidado con estos retrasos, lo digo por ti, créeme.

Se pone bien las gafas y me mira directamente a los ojos. Está claro que se está refiriendo a mis excesivas juergas. Su empatía lo ha entendido todo. Está viendo cómo mi autoestima se ahoga en una gran piscina de alcohol.

—Sí, no te preocupes, no volverá a suceder… —miento.

Desde que saboreé la emoción de la vida loca, admito que me está gustando. ¿Qué puedo hacer si esos dos o tres, o cuatro vasos, quizás (ya no me acuerdo) me ayudan a pasar una noche sin pensamientos deprimentes que abarrotan mi confundida cabecita?

Sí, porque terminada la fase de ira hacia Marco, ahora estoy en la fase de análisis de los errores cometidos. Y este trabajo realmente me ha dado tiempo para reflexionar. He llegado a la conclusión de que uno de los mayores problemas con Marco era el sexo. Lo subestimé como una estúpida. El sexo es importante, el sexo es una obsesión.

*Sobre todo para mí que ya no lo tengo.*

Antes de ocupar mi sitio, saludo a todos los del 'equipo polvete'. Así nos ha bautizado Fabiola instándonos a competir para ver quién vende más rápido. Se inventa de todo para hacernos facturar.

El otro día inauguró en la pizarra el 'pollámetro', herramienta explícita que se eleva erguida proporcionalmente al aumento de nuestras ventas.

Le doy un vistazo rápido y encuentro mi nombre, encima del cual se alza una pollita miserable y pequeña que da vergüenza.

Decido encender el ordenador y me obligo a concentrarme. Puedo hacerlo aunque me encuentre muy mal. Tengo un tremendo dolor de cabeza y la nauseabunda colonia de Federica, mi compañera de la mesa a lado, no me ayuda en absoluto. La usa en modo desproporcionado, así como los escotes y la espuma del pelo. Hoy ha decidido sentarse cerca de mí, maldita sea.

La escucho hablar rápido. Ya está en acción. Y está usando un italiano perfecto.

— La felicito por las fotos, ¿las hizo usted? ¡Parecen de un profesional! En cualquier caso, puede aprovechar, sin coste adicional, nuestro servicio para retocar imágenes, está incluido en el precio.

Es siempre muy educada con las clientas, pero un par de veces se ha enfadado y la pérdida de control le ha hecho sacar un dialecto calabrés que parecía otra lengua.

Está sentada en su silla sin hacer ningún movimiento, salvo para acariciar un mechón de pelo rubio platino que hoy parece más esponjoso que nunca. *Quizás ella también quiere prepararse para el trabajo de nuestras clientas.* En realidad, afirma que quiere ser sexóloga y que se mudó a las Canarias para cursar un máster en la materia y, por supuesto, este trabajo aquí le va como anillo al dedo para

mantenerse. Yo sospecho que la verdadera razón de su fuga son sus orígenes, de los que nunca habla.

Eso sí, nunca pierde la oportunidad de demostrar que siempre sabe más que los demás sobre el tema. Sus consejos tienen el tono de verdaderas órdenes. La contrataron pocos meses antes que a mí, pero ya es una profesional del sector. No hace falta decir cuánto factura.

Miro su nombre en la pizarra y me sonrojo frente a su pene gigante que dejaría sin palabras a Nacho Vidal y creo que también a toda una tribu de africanos bien dotados.

—Espere, se lo miro enseguida —sigo escuchando su llamada mientras la veo navegar de manera magistral entre las diferentes páginas—. Bueno, en *Moscarossa* no estás y sería una pena porque según los resultados publicados por *Analytic* esta es la página más visitada en Roma y también es la de mayor tiempo di visualización: más de diez minutos por usuario. En mi opinión, te conviene. —Sonríe diabólicamente, como un pescador experimentado que nota que la presa comienza a forcejear pero que pronto se rendirá, solo hay que esperar.

De hecho, permanece en silencio por un momento, luego la escucho decir: "Perfecto, te envío todos los detalles para el pago".

*No hay nada más que añadir, es una verdadera nerd del trabajo porno.*

—Y esta también ha caído —exclama arrogante después de colgar la llamada.

Luego se gira hacia mí con su sonrisa orgullosa en los labios y me dice: "Hola, Caterina, ¿cómo estás? Tenía miedo de que no vinieras hoy”.

*Seguramente te habrás preocupado mucho.* De acuerdo, admito que siento un cierto rechazo hacia ella, tal vez porque me recuerda a la guarra tetona con la que Marco me traicionó, o tal vez porque está tan desenvuelta y preparada sobre el tema del sexo que la envidio. Tal vez soy solo una frígida.

Aprieto los dientes y balbuceo: "No, un imprevisto tonto, pero estoy bien, gracias".

*Ya tengo ganas de beber y ni siquiera es la hora de comer, me cago en la leche.*

—¿Cuántas chicas nuevas has conseguido?

—Dos —mascullo.

—Caterina, escucha.

Siento que la lección está a punto de comenzar.

—Si me permites decirte una cosa…

*¿Y si no te permitiera?*

—Tienes que conseguir más informaciones técnicas sobre las chicas. Mira las fotos y sus anuncios. Mira esta... —Y me enseña la

foto de una mujer llamada *MILF*, en inglés 'madre a la que me gustaría follarme'. La madre está aplastando con un tacón el considerable miembro de un pobre enfermo pervertido que paga un pastón para conseguir un dolor increíble (supongo).

—Mira, a esta le propongo directamente fetish.com.

—Tienes razón, Fede, pero es que yo no puedo mantener la concentración en la conversación cuando veo estas fotos.

—Pero vamos, que es útil y, sobre todo, divertido. Puedes aprender muchas cosas, ¿sabes?

*¿Probablemente se me ve en la cara que soy pésima?*

—Y además es importante para una vida sexual sana estar completamente desinhibidos y ser abiertos —continúa pasando a la modalidad de sexóloga experta.

Sí, sobre todo abiertos*,* pienso sonriendo mientras miro las piernas de la tipa en la pantalla. Se está abriendo de piernas como toda una gimnasta.

—Quiero enseñarte unas páginas donde puedes conocer mejor a nuestras clientas.

—¿Mejor? ¿Es posible? —digo sarcásticamente mostrándole todas las joyas de Cassandra, una nueva clienta mía que acaba de publicar sus fotos. Sus lados A y B están en primer plano y, obviamente, al desnudo. Están tan aumentadas que un ginecólogo podría darle un diagnóstico directamente viéndolas.

Federica se ríe como si yo fuera una ridícula descerebrada.

—No, Caterina, son páginas de reseñas y foros. Te hacen falta para enmarcar mejor a la posible nueva clienta.

—¿Reseñas?

*Seré estúpida, pero sigo sin entender*.

—Sí, reseñas. Los *punters*, los que pagan por este tipo de servicio, a menudo se preocupan por dejar comentarios útiles a otros sobre nuestras chicas. Mira aquí. —Y rápidamente golpea sus dedos contra el teclado.

Al encontrar lo que estaba buscando, comienza a leer: "*Simplemente una mujer fantástica. Te recibe en un lugar tranquilo con parking prácticamente enfrente… Sabe hacerte sentir bien si la tratas adecuadamente y si le pagas bien. Oral lleno de pasión y también española. Si las dimensiones no son muy generosas, también acepta lado B, pero yo todavía no lo he probado porque la tarifa se sube…*"

No me lo puedo creer. Y un pensamiento me llega directo desde el sueño de anoche. ¿Quién sabe qué comentario me habría dejado Marco?

Mejor no pensar porque me entra sed de vino.

—Gracias, Federica —acepto el favor que me concede la maestra y tomo nota de las páginas. Después de todo, en el sueño

buscaba una sesión informativa y la he encontrado.

—Estudiaré —le digo.

Luego me pongo los auriculares y empiezo a trabajar.

Después de un turno de siete horas, finalmente salgo de la oficina y por suerte hay un precioso día de verano esperándome. Reviso el teléfono y me doy cuenta que tengo un mensaje sin leer de Barbara: “Estamos en Playa Chica.

¿Qué haces? ¿Te apuntas?”.

Hurgo dentro de la bolsa y sonrío satisfecha. Llevo el bañador. He aprendido rápido que en Canarias cualquier momento es bueno para tumbarse al sol.

—Claro que sí —respondo con mil caras sonrientes.

Llego al Paseo de las Canteras, el paseo marítimo que recorre la gran playa y hay muchísima gente. Parece que estemos en Rímini a mediados de agosto,  solo que aquí no hay chiringuitos ordenados en fila. Es una enorme playa libre donde cada uno toma un trozo de arena oscura de manera anárquica. Obviamente hay un caos exagerado. Camino entre las toallas coloridas tratando de localizar a mi amiga. Entre cabezas que hablan español, ruso, inglés e incluso japonés, por fin la veo. Barbara está tumbada al sol junto a otros chicos. Reconozco a Peter, un surfista de origen sueco, pero con madre cubana. Con él la naturaleza fue una cocinera de estrella Michelin. Mezclando hábilmente los ingredientes correctos creó a un manjar. Es alto y delgado, con piel de aceituna y ojos con forma de felino depredador. Sin embargo, tiene dos grandes defectos: uno no es grave, y es que no brilla por su inteligencia, pero a quién le importa. Peter no es una comida saludable para incluirla en una dieta diaria (que, por cierto, no tengo ninguna intención de seguir). Y el otro defecto, más complicado, es que no me hace ni caso. Le contemplo rodeado por dos morenas con tatuajes y piercings esparcidos por todo el cuerpo riendo a carcajadas. Son jóvenes, hermosas y no llevan sujetado. Los otros dos chicos, uno con pecas y aire anglosajón y el otro con el pelo alborotado y con las piernas secas, están ocupados mirando sus respectivos teléfonos móviles. Nunca los había visto.

Me paro frente al grupo distraído hasta que Barbara me ve. Se levanta y me abraza como si no me hubiera visto en un mes.

*Menos mal que existes, amiga mía.*

—¿Cómo estás, cariño? ¿Cómo ha ido con *tus chicas*?

—Digamos que bien —respondo tratando de acortar. No quiero hablar de mi absurdo trabajo.

Vuelvo a mirar a Peter, que aún no se ha dado cuenta de mi presencia. *Se me han quitado todas las ganas de ponerme el bañador*. No saludo a nadie, ni siquiera me desnudo y pregunto a Barbara: "Tengo sed, ¿te gustaría tomar algo en el bar?".

—Claro —responde encogiéndose de hombros.

Conquistamos una mesa en primera línea frente a los campos de voleibol de playa. Un chico sonriente y con el uniforme impecable viene a preguntarnos qué queremos tomar.

—¿Qué os pongo, chicas?

—Un Gin Tonic, gracias —respondo secamente.

—A tope otra vez, ¿eh? —y pide ella también.

—Para mí una Pepsi, por favor.

Desvío la pregunta y su mirada y me pongo a observar la playa. Está llena de cuerpos desnudos ansiosos de sol.

—¿Tú crees que soy una frígida?

—¿Por qué piensas eso? —exclama con asombro.

—No sé, desde que empecé este trabajo he tenido sueños extraños. —Vuelvo mi cara hacia ella, apoyando la cabeza entre las manos

—¿Qué clase de sueños? —se acerca para oír mejor.

—Esta noche he soñado que era una prostituta novata.

Mi amiga me responde con una de sus risas más exuberantes que la empujan de vuelta a su respaldo.

—Tienes que beber menos, créeme.

—No lo sé —sacudo la cabeza.

Mientras, el camarero llega con nuestro pedido. Me pone delante el Gin Tonic decorado con un montón de llamativos paraguas y palos de colores. Los quito todos y le doy un buen sorbo.

Sincronía perfecta, diría yo. Veo a Peter acercarse con su séquito de pretendientas: la inglesa y la patas secas. Se están dirigiendo a los campos de voleibol justo enfrente de nosotros.

—Yo a Peter me lo tiraría. De hecho, pagaría por hacerlo —me sorprendo a mí misma con este comentario.

—¿Pero qué coño dices?

—Tal vez estoy empezando a entender a Marco —admito masajeándome la barbilla con los dedos.

—Para, por favor, me estás asustando.

—No quiero decir que lo perdone por lo que me hizo, créeme, pero si buscaba algo más, digamos una chispa, alguna razón habrá, ¿no?

La miro. Creo que en mis ojos se nota la desesperación caminando inquieta hacia arriba y abajo, porque mi amiga duda en responderme como si estuviera buscando las palabras correctas.

—Por favor, no tengo ninguna gana de escuchar este tipo de gilipolleces. Tú solo tienes que recuperar la confianza en ti misma y conocer a la persona adecuada. Y punto.

—No quiero otra persona que me prometa estar cerca de mí y construir una familia juntos y que luego me rompa el corazón.

Permanecemos en silencio por un momento. Aprovecho la oportunidad para ver los bíceps de Peter hincharse con cada pase. Lanza un remate y consigue el punto ganador.

Una de las morenas, la que tiene más pecho, le abraza con entusiasmo. Él la levanta del suelo mientras ella se ríe con la boca abierta.

Cojo el vaso, tiro la cabeza hacia atrás y bebo todo lo que queda de un trago.

—¿Vienes al concierto esta noche?

La voz de Barbara me llega en diferido.

—¿Qué, qué, qué? —pregunto ronca, ya que el Gin Tonic me arde en la garganta. La miro como si me acabara de hablar en chino.

—Te. He. Dicho: ¿vienes. Al. Concierto. Esta. Noche?

—¿Qué concierto?

Bárbara me mira desconcertada.

—Sigues preocupándome. Te lo habré repetido mil veces y también te he enviado el cartel por whatsapp. Esta noche hay un concierto de jazz de mis amigos, esos que quería presentarte en la terraza de la Isleta. Te apuntas, ¿no?

— Claro, claro. —En realidad, lo había olvidado totalmente.

Pero me gusta la idea de escuchar algo de música jazz y quizás es lo que necesito: conocer a gente nueva... Mientras que por el rabillo del ojo miro a Peter, sigo pensando y me pregunto: *¿Quién sabe cuánto me pediría?*

## *Capítulo 6*

Hemos decidido ir a pie, Barbara y yo. El local no está muy lejos de casa. El barrio donde vivimos se llama la Isleta y lo apodaron así porque en el pasado, cuando había marea alta, se convertía en una verdadera isla. Es un pequeño pueblo con sabor sudamericano. Mientras nos adentramos en las calles estrechas y en cuesta, dejamos atrás los ruidos caóticos de la ciudad. No hay demasiados coches circulando ni tampoco muchas actividades comerciales, solo algunas tiendecitas. Un barbero, una frutería, un pequeño supermercado y, por supuesto, no podía faltar un gran almacén chino.

Seguimos subiendo en silencio. Siento la cabeza entre las nubes y, levantando los ojos hacia el cielo, veo que no es el lugar más tranquilo en este momento para que paseen mis pensamientos. El tiempo está cambiando, las nubes navegan inquietas como velas grises y oscuras arrastradas por un viento caliente.

Me concentro de nuevo en el camino que tengo por delante. Pasamos por varias casas desconchadas. Las fachadas de frágiles y románticos tonos pastel están dañadas por la intensa salinidad y el viento violento.

Las puertas y ventanas de las casas están al mismo nivel de la calle y algunas están abiertas. Puedo ver al adolescente que escucha a todo volumen la última música latina, a la abuela que cocina sus antiguas recetas impregnando la calle de aromas de sopas y salsas de ajo y a la madre cosiendo en la ventana con la Singer un poco anticuada, pero que todavía hace bien su trabajo.

De repente, aparece frente a mi nariz un objeto no identificado. Ha caído desde arriba. Pego un grito de tenor lírico.

—¡Una araña, una araña enorme! —me agarro a Bárbara y cierro los ojos para no ver al infame monstruo.

— Esto no lo sabía —ríe Bárbara—. ¿También eres aracnofóbica? Miedosa, abre los ojos, que no es lo que piensas.

Abro los párpados despacio y en lugar de un horrendo insecto peludo veo una inofensiva canasta de paja con lazos rosas. Ha caído desde una venta. En la acera hay un chico esperando con una bolsa llena de fruta.

—Es solo uno que no quiere subir las escaleras. Ya sabes que aquí no existen los ascensores —explica mi amiga con una sonrisa divertida en los labios—. ¿Pero cómo es posible que le tengas miedo a todo? Relájate. Aquí el mundo te ama y no hay peligro al acecho.

—Si tú lo dices —le respondo cruzando los brazos y volviendo

la mirada hacia una callejuela entre los bajos edificios. El mar está movido y las nubes siguen dando vueltas como locas. Tengo una sensación extraña que persiste y esto no me relaja para nada.

Llegamos a la entrada del local. La puerta está abierta y la música se escucha desde la calle. Para acceder hay que subir unas escaleras. Tres plantas.

—¿Habrá cestas de nuestro tamaño? —digo con dificultad en el último tramo.

—Vamos, perezosa —me anima Barbara ya al final.

—Tienes que empezar a hacer deporte. ¿A dónde se fueron tus buenas intenciones de empezar a correr?

—A la mierda —digo entre dientes mientras lucho por alcanzarla.

Nos da la bienvenida una chica joven de piel morena sentada detrás de una pequeña mesa. Parece que acaba de llegar de playa, lleva unos pantalones cortos, una camiseta sin mangas y unas chanclas. Tiene el pelo lleno de rastas envuelto por un pañuelo de colores.

Me sonríe y me dice: "Hay una suscripsión de tre' euro'".

De acuerdo, puedo permitirme una suscripción de tres euros.

Entramos y el lugar ya está lleno de gente.

Parece un viejo teatro. Todavía hay unas cortinas grandes y rojas que enmarcan el escenario en el que están subidos cinco chicos tocando una canción de Herbie Hancock súper cautivadora.

La reconozco. Es *Watermelon Man* y tengo que admitir que la están tocando muy bien.

Me encanta el jazz. Una de las pocas diferencias abismales con Marco eran nuestros gustos musicales. Todas las veces que traté de escuchar en casa un monstruo sagrado como Charlie Parker o un talentoso Django Reinhardt o incluso una más comercial como Diana Krall, me obligaba a cambiar la lista de reproducción diciéndome lloriqueando: "Amor, cambia esta música, por favor".

Y yo, condescendiente con sus gustos, acababa destrozando mis pobres oídos con sus muy cuestionables elecciones musicales.

Nos acercamos a la barra y pedimos dos cervezas. Conseguimos sentarnos en dos taburetes que, milagrosamente, todavía están libres.

La canción termina con gritos de exaltación, aplausos y silbidos de elogio. Yo también aplaudo enérgicamente.

El bajista con el pelo largo se acerca al micrófono. "Gracias, gracias a todos por venir". Se toma un descanso para despejar su voz mientras el rugido de los aplausos va disminuyendo.

—Quiero presentaros con gran emoción a un artista, que tengo el honor de poder llamar también amigo. Con extrema alegría vuelvo a llamar aquí, al escenario, junto a nosotros, esta noche… Nicolas

Walt.

La ovación comienza como una bomba, tiene el sonido de una explosión.

Un chico moreno de espalda ancha sube al escenario con un culito que merece un aplauso sin que el propietario tenga que hacer nada.

Barbara, como si me hubiera leído la mente, se me acerca al oído y dice: "Ese es Nicolas".

Yo me hago la tonta, ella arquea la ceja y con una sonrisa traviesa me mira fijamente.

El chico es un guaperas, no hay duda. Pero su mirada me inquieta. Puedo ver astucia y maldad en sus ojos. Su mirada es viva y brillante y, sobre todo, me resulta familiar. Me recuerda a alguien, pero ¿a quién? Una chica en la primera fila grita su nombre emocionada y él muestra una sonrisa deslumbrante. Una sonrisa que no te deja escapatoria. La tía parece entrar en trance, se levanta y comienza a saltar como un conejo loco aplaudiendo de manera frenética. Parece que ha sido víctima de un extraño hechizo que la ha convertido en un pequeño animal de circo. ¡Ya lo sé! ¡Nicolas se parece a mi padre! ¡Tiene su poder mágico! Esa energía poderosa que te abruma, que te lleva a hacer las cosas más locas en un instante, sin que ni siquiera te des cuenta y entonces ahí ya estás jodida.

Pero tengo el antídoto contra tipos como él: las lágrimas, la desesperación, el sufrimiento eterno de mi madre. Ese encanto mágico debe evitarse como la peste, lo sé bien.

Sube al escenario sin ningún instrumento y comienza a cantar un cálido blues. Espera, yo también lo conozco, es *I'm a man of constant sorrow*, la famosa canción cantada por George Clooney en la película de los hermanos Cohen.

El querido Nicolas, para confirmar plenamente mi teoría, se mueve y baila rezumando seducción por todos los poros. Es el prototipo perfecto de las pequeñas grandes... Yo diría canallas megas galácticas.

Para terminar saca del bolsillo de sus vaqueros una armónica que comienza a tocar magistralmente y los gritos de los admiradores en primera fila son un coro ensordecedor que casi no dejan escuchar la canción.

No está nada mal, diría yo.

O... ¿del todo mal? Quién sabe.

No, no me gusta para nada, decreto por fin. Ya tengo todos los elementos suficientes para tener una opinión sabia y útil. Es el tipo que no cumple con ninguno de los puntos de mi famoso decálogo, sagrado código que nunca se debe abandonar. Aunque haya fracasado con Marco no puedo olvidar que mis diez sacramentos siempre me

han protegido de tipos como este. Puedo hacer una excepción por alguien como Peter, donde el hipotético (con suerte) acto sexual seguiría siendo un fin en sí mismo. En el caso del surfista cubano, las neuronas no me preocupan porque son pocas y están desorientadas, por lo tanto, son inofensivas. Pero la astuta sonrisa de pícaro que está sobre el escenario es una guerra perdida desde el inicio. Se ha activado la alarma roja. Escucho todas las sirenas que suenan de modo ensordecedor.

Nicolas se baja del escenario y se dirige con otro chico del público hacia la barra del bar. Siguen riendo entre ellos cuando Barbara llama su atención.

—Oye, Nicolas, ¿cómo estás?

Se acerca con una bonita sonrisa de satisfacción por su actuación.

—Súper bien, ¿y tú?

—Ven aquí. Quiero presentarte a mi querida amiga italiana. Tú hablas bien italiano, ¿no?

—Sí —responde con aires de un hombre de mundo.

—Ella es Caterina. Es una gran chica, guapa e inteligente. Mujeres como ella están en peligro de extinción.

Es en estos momentos que odio a mi amable amiga. Me presenta a los hombres como un carnicero presenta los productos en el mostrador de su tienda.

Y Nicolas responde a todo como un comprador. Me observa con esos inquisitivos ojos verdes suyos y me estudia como si fuera un trozo de carne para ponerme en una barbacoa.

La vergüenza me impide hablar y me limito a saludar con la mano a este tío bueno que todavía me mira como si no estuviera seguro de la compra.

Pero vete a la …

Al final se digna a hablar y estira el brazo hacia mí.

—Es un verdadero placer, Cat.

¿Cat?

¿Me ha llamado *Gata*?

Pero, ¿a qué viene toda esta confianza?

—De todos modos, mi nombre es Caterina. —Intento no ser demasiado desagradable y le devuelvo el saludo dándole la mano.

Él la coge y la retiene, impidiendo que me vaya.

—Oh, discúlpame. —Y se lleva el puño al pecho en un acto teatral.

—¿No te gustan los gatos?

—Sí —digo confundida. Mi mano todavía está atrapada en la suya.

—A mí también —dice y parece un felino por la forma en que

me mira.

Es inteligente y astuto, lo sabía. Ha olfateado mi miedo como un depredador y ahora se divierte felizmente.

Luego se ríe sarcásticamente y, finalmente, me libera.

Ya me cae mal.

Afortunadamente, otras chicas lo reclaman en voz alta. Ni siquiera malgasta su aliento en despedirse, así que solo hace un ligero signo de despedida antes de alejarse.

Mejor así. Adiós, amigo.

Pido otra cerveza para Barbara y para mí. Estoy a punto de girarme cuando, de repente, siento un golpe seco en el pecho y un líquido fresco que baña mi amada camisa.

—Me cago en la p…

—No la pagues con nuestras clientas.

La voz me resulta familiar. Echo un vistazo a mi costosa camisa y luego al culpable del desastre. Esperé pacientemente a las rebajas para poder comprarla y ahora se convertirá en un trapo para el polvo. ¿Quién me ha hecho esto?

Francisco, mi nuevo compañero de trabajo. Es uno de los pocos chicos del 'equipo polvete'. Lo contrataron hace una semana y me cae bien, a pesar de su torpeza.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido a escuchar el concierto. —Y añade—: también está Federica. Diablos, esto es menos obvio.

La maestra aparece vestida o, mejor dicho, desnuda, de punto en blanco. Está menos cubierta que muchas de nuestras clientes. Lleva un pañuelo en lugar de minifalda, un sujetador como top y una máscara de colores brillantes en la cara como maquillaje.

La miro y sigo pensando que, en lugar de estudiar los problemas del sexo, ella simplemente quiere practicarlo. No tengo nada en contra, que quede claro, pero la semejanza con la perra que me robó a mi marido es tan grande que tengo la vaga impresión de que no tendría escrúpulos para conseguir lo que quiere.

Se acerca a mí con una mirada voraz y va directo al grano, ni siquiera se molesta en saludar.

—Caaaaaterina, ¿conoces al cantante? ¿Por qué no me lo presentas?

—Pero, realmente... Nos acabamos de conocer. Es un amigo de mi... amiga. —Me doy cuenta de que Bárbara ha desaparecido, intento buscarla entre la multitud, que ahora está casi toda de pie, pero parece que haya huido.

—Vamos, no te hagas de rogar. Ayúdame, me acabo de enamorar.

Francisco se burla de mí. "Vamos Caterinaaaa, ayúdalaaaa". En

este momento entiendo que no es torpe, simplemente está borracho.

Me doy por vencida. Quiere conocer al tío bueno y ahora lo vamos a buscar. Le identifico en medio de sus fans, voy directa hacia él, seguida por Federica y Francisco.

Está de espaldas. Le doy dos toquecitos con el dedo índice. Nada. No se ha dado cuenta. Me giro hacia mis adeptos y levanto los hombros, ellos me animan con un: "Vamos, vamos".

Me doy la vuelta con más decisión. Esta vez usaré toda la palma de mi mano.

Trato de cargarla con la fuerza adecuada. Cuando estoy a punto de golpear su hombro con más convicción, se da la vuelta en un instante hacia nosotros. Y así resulta que mi mano se estampa de lleno en su cara.

—Ay, pero ¿qué co...? —Nicolás me mira con asombro—. ¿Por qué me has pegado?

—Lo siento, no ha sido queriendo.

Estoy muerta de vergüenza. ¿Por qué he salido esta noche?

—Quería presentarte a mis amigos —digo con un hilo de voz.

Sus labios carnosos se ensanchan en una sonrisa tan engreída que creo que necesitará una polea para llevar a casa su ego esta noche. Luego endereza los hombros y asume la actitud de una gran estrella.

—Hola, somos tus admiradores —la audaz Federica se presenta la primera.

—Yo soy Francisco, encantado —sigue mi compañero con una gran sonrisa.

*Vale, es gay.*

—Encantado —responde Nicolas y extiende su mano a Francisco, mientras Federica se lanza prácticamente a sus brazos y lo saluda con dos cálidos besos en las mejillas. Igualmente, aquí en España se hace así, ¿no? Soy la única que sigue estrechando la mano en las presentaciones.

—Chicos, ¿puedo invitaros a unas cervezas?

—Pues claro que sí —responde mi compañera que no cabe en sí de la felicidad.

Me quedo con la boca abierta. Mira este imbécil qué amable es ahora, cómo ha cambiado su actitud ante Federica y su sujetador.

*Desgraciado. Te merecías el guantazo.*

Volvemos a la barra. En este momento pienso en Barbara. ¿Dónde se habrá metido? Busco por los lugares donde nos separamos, pero no hay rastro de ella.

—Está ahí, Cat. —Nicolás intercepta mis pensamientos.

—¿Quién?

—Barbara. ¿No la estabas buscando?, sonríe astutamente.

Me doy la vuelta hacia donde me acaba de señalar el imbécil y veo a mi amiga en un sofá pasándoselo muy bien con un chico

*¡No me lo puedo creer! Pero, ¿cómo lo hace? La dejé sola durante diez minutos.*

Nicolas nos sirve a Federica, Francisco y a mí tres vasos de cerveza y trata de conversar con una amabilidad que pensaba que no le pertenecía, pero es evidente que la guardaba para mujeres como Federica. Aunque las sonrisas que me echa cuando lo miro me dan la impresión que quiere jugar conmigo a '*Comprobemos si estás celosa'.*

—Entonces, ¿de qué os conocéis?

Federica responde: "Somos compañeros de trabajo".

—¡Ah! —En este instante su educación parece convertirse en pura curiosidad—. ¿Y en que trabajáis?

*Oh dios mío, no.*

La maestra ahora tiene problemas. Disfrutaría de su vergüenza si yo no estuviera involucrada.

La tasa de alcohol en sangre de Francisco le hace responder con franqueza. "Trabajamos en el porno" y le da otro buen sorbo a su rubia.

Nicolás se queda en silencio y se gira hacia mí. Esta vez lo hace de manera evidente para todos. Me observa o más bien me examina.

Pero, ¿qué quiere? Parece asombrado. ¿Tal vez no me cree capacitada para trabajar en ciertos ambientes? ¿Tal vez tengo un cartel en la frente que dice que soy una frígida? Y ahora se preguntará cómo una como yo puede ser capaz de hacer eso. Me he convertido en su enigma.

Justo cuando pensaba que me había convertido en un cubo de Rubik, Federica comienza con la clase.

—Hacemos un trabajo de marketing *online* en una agencia de publicidad que asesora y vende espacios publicitarios a un público de masajistas y escorts.

—Bueno, muy, muy interesante —sonríe casi diabólico mientras continúa observándome como si hubiera encontrado la solución del misterio.

Mi incomodidad frente a este hombre crece vergonzosamente. Sigo teniendo un mal presentimiento. Su mirada hurga dentro de mí como un ladrón. Sospecho que quiere entrar a robar algo valioso, algo como el alma.

—Y tú, ¿qué haces? —responde Federica, a la que no se le han escapado nuestras miradas demasiado ambiguas e intenta volver a llamar su atención.

—Yo soy cineasta. Hago documentales para un pequeño canal español.

—Viajarás mucho.

—Sí, pero ahora me paro un poco porque estoy trabajando en un proyecto bastante largo aquí en Canarias.

—Guau, qué guay —interviene Francisco embelesado.

¡Bravo! Alimenta su ego, porque aún no era del todo evidente.

—¿Qué decís? ¿Nos pasamos a la terraza? Hay una vista maravillosa —propone Nicolas mostrando otra de sus sonrisas lascivas.

—No, gracias, yo no.

—¿Por qué? —me pregunta insistentemente sin quitarse esa maldita sonrisa de la boca. De nuevo se interesa demasiado en mí y esto no me gusta para nada. Es hora de salir corriendo.

—Porque sufro de vértigos —digo y añado apresuradamente— pero vosotros disfrutad de la vista sin problema, igualmente yo me tengo que ir.

Es hora de dar por acabada esta bonita noche.

—¿Por qué? —pregunta Francisco.

—Es que no me encuentro bien, me duele mucho la cabeza.

—Te acompaño —sentencia Nicolas.

Esta sí que no me la esperaba. Y por lo mal que me mira Federica, ella tampoco. Por un momento estoy tentada a aceptar sólo por despecho. Pero sé perfectamente que me haría daño solo a mí misma si dijera que sí a uno como Nicolas.

—No gracias, no hace falta. Pero, ¿puedes hacerme un favor? ¿Puedes decirle a Barbara que me he ido?

Me sonríe de nuevo burlonamente.

—Está bien, lo haré, Cat.

No discuto el apodo. Solo quiero irme.

Esta noche ya me he expuesto lo suficiente, ahora quiero volver sola a mi cama y encerrarme en la habitación. Preferiblemente con dos vueltas de llave y tal vez también con un buen dispositivo antirrobo.

# *Capítulo 7*

Abro los ojos y la luz del día ya ha invadido la habitación. Me estiro tratando de quitarme el peso del sueño y de los pensamientos. He dormido mal y parte de la culpa es del tío de anoche. Maldito él y la extraña sensación que me ha dejado. No pude cerrar los ojos hasta altas horas de la noche pensando en su mirada curiosa. Me estudió bien y se burló de mí y de mis miedos. ¿Cómo se atreve? Está bien, admito que es guapo, toca bien, tiene una voz increíble y un culo... Joder, ¡qué culo! Pero no puede ser. No es mi tipo. Es peligroso, es el hombre que siempre he evitado y no serán dos mariposas ingenuas revoloteando alegremente en el estómago las que me hagan cambiar de opinión. Si Marco me ha decepcionado, alguien como Nicolas me haría papilla. Es el clásico hombre que te conquista a la velocidad de la luz y con la misma rapidez lo ves huir y yo sin duda acabaría como mi madre, pensando y, sobre todo, hablando de él durante el resto de mi vida.

Miro afuera. El cielo está despejado. Observo una bandada de pájaros que dan vueltas en círculo repetidamente como en un circuito. Parecen atletas entrenándose. Incluso hay uno más separado que parece el entrenador.

Tal vez ha llegado también el momento para mí de que salir a correr, quitarme algunos pesos de encima, incluyendo todas las paranoias que me están pasando por la cabeza.

Me cargo de buenas intenciones, siento que hoy será un buen día. Solo se necesita un poco de disciplina. Me preparo deprisa y salgo de casa. Me dirijo a la playa, el día está precioso y el sol ya ha salido. Es domingo y muchos corredores ya han están en la calle. Me pongo los auriculares y reproduzco *Eye of the Tiger*. Sí, efectivamente la elección de música es congruente con el tiempo transcurrido desde la última vez que hice actividad física. Me inyecto la música en las venas y la dejo actuar.

Me convenzo de que puedo hacerlo y observo a los que me rodean. Jóvenes de ambos sexos que me rebasan como un rayo, señores más maduros que avanzan más pesados como truenos en cola, señoras que caminan en pareja charlando, creyendo que llevar un chándal las convierte automáticamente en deportistas. Y luego está ella. Mi leyenda. Va con un cochecito. Lo empuja corriendo llevando a un niño que más o menos pesará una docena de kilos. Lo puedo conseguir.

¡Vamos, Caterina, a por todas! Empiezo, acelero el ritmo, estoy

corriendo. Guau. Me siento llena de energía. Mi Rocky se ha despertado del letargo y quiere luchar. Golpeo dos veces el aire como una verdadera boxeadora. Tengo que deshacerme de esos dos ojos verdes que me observaban divertidos. Y pensar que hasta esta noche el verde era mi color favorito y ahora no lo soporto. Conozco bien esos ojos, se parecen a los de mi padre. Los regalan a la categoría de hombres atractivos y brillantes, forman parte de la marca *'Te jodo para siempre'*. Pero el producto no es para nada fiable, conozco las contraindicaciones y los defectos de fabricación, lo he probado con mi madre. Me mudé aquí para mejorar mi vida y lo haré. Lo intentaré con todas mis fuerzas. Todavía no tengo claro qué quiero, pero sé con certeza lo que no quiero.

Mi cuerpo está produciendo un montón de endorfinas y los pensamientos en mi cerebro fluyen a la misma velocidad.

El sonido seco y agudo de mi teléfono bloquea mi carrera como una señal de stop y, de alguna manera, también me salva de un ataque al corazón.

Es mi padre.

Coño, ¿será también telepático?

No quería hablar mal de él, lo juro. Personalmente, como hija, no tengo nada en contra de él. No tenemos mucha relación, eso sí, pero no puedo decir que sea un mal padre, solo un mal marido.

—¿Hola?

—¡Ey, Caterina! —está eufórico. Menos mal—. ¿Cómo estás, cariño mío?

—Estoy bien, papá. ¿Y tú? Cómo está… Cinzia? —Creo que se llamaba así su novia de mi edad.

—¿Quién? ¿Carlotta?

Y yo que sé, solo mamá mantiene la lista.

—No, terminamos hace tiempo —declara sin dar demasiada importancia a la noticia.

Y esta es la prueba de que nunca logra mantener en una relación estable.

—Ha durado menos que la anterior —se me escapa con un toque de sarcasmo.

Sigue el silencio, al final del cual escucho su risa.

—¿Por qué te ríes? —pregunto un poco picada.

—Porque es la misma frase que me ha dicho tu madre hace media hora, cuando la he llamado para pedirle tu dirección canaria.

Ahora soy yo quien permanece en silencio. Estoy procesando la información.

—¿Por qué le has pedido mi dirección? —me recupero.

—¡Voy a verte! —me dice feliz y contento.

*¿Qué?*

—¿En qué sentido? —Como si pudiera haber otro sentido.

—Voy a Canarias. Ya he comprado los billetes. Llego el sábado que viene.

Puntual, preciso y sobre todo determinado. ¡Socorro!

Y mientras me pregunto dónde se quedará, qué hará y sobre todo por qué, él despeja todas mis dudas.

—No te preocupes por recogerme en el aeropuerto, cogeré un taxi.

*¿Está bromeando?*

—Me quedo una semana. Venga, estaremos un poco juntos, ¡estoy deseando!

No está bromeando.

Su exuberancia me abruma y me maldigo porque no soy capaz de decir: *no papá, realmente no es necesario que vengas como un ciclón a hacerme caer de esta cuerda floja que se mantiene gracias a un escupitajo.*

En cambio, me escucho a mí misma respondiendo: "Bueno. Si tengo el coche de Bárbara voy a recogerte yo. Dime a qué hora aterrizas".

—Perfecto. Te lo mando todo en un mensaje. Un beso, cariño .

—Un beso, papá.

Y cuelga.

Treinta segundos de llamada y mi día de resurrección se ha ido a la mierda. Estas son las noticias que cambian el equilibrio de tu vida diaria.

Ahora soy una equilibrista inexperta y estoy a punto de caer inexorablemente.

Sería nuestra primera vez juntos sin mi madre y esto me desestabiliza. Se divorciaron cuando yo ya era mayor y después de un par de años dedicados a secar las lágrimas de mi madre me casé y me fui a vivir con Marco, *es decir,* mi padre y yo nunca hemos compartido techo solos.

Dejo la carrera, cojo el veinte sobre la marcha y vuelvo a casa. Antes de subir paso por el bar/pastelería debajo de casa y compro los cruasanes de chocolate que le encantan a Barbara.

Espero que la corrompan.

Mi amiga está de pie, aunque todavía en pijama y, por lo hinchados que tiene los ojos, deduzco que se ha despertado hace no más de cinco minutos.

Me mira e inmediatamente nota la bolsa de la pastelería.

—Pero, ¿cómo? ¿Sales deportiva y vuelves con cruasanes? —se burla de mí.

Mejor. Está de buen humor. Pienso en cómo la dejé ayer noche. Ella sí que sabe cómo divertirse.

—En realidad son para ti. —Y se los ofrezco con una gran

sonrisa.

—Gracias, cariño, me mimas.

Se dirige a la cocina para preparar el café.

La sigo indecisa. Ella descarta el paquete con poco cuidado y muerde vorazmente el cruasán, expresando su complacencia con un gemido largo y encantado. E inconscientemente me pongo a pensar en la última vez (hace mucho) que emití ciertos sonidos.

—Entonces, ¿qué pasa con Nicolas?

—¿Con quién?

—Con Nicolas. Me dijo que te fuiste anoche. ¿Os conocisteis más a fondo? —y con el codo me golpea el costado.

—Me parece un chulo arrogante —sentencio y me alejo para evitar sus empujoncitos—. Dejemos en paz a Nicolas, por favor. Tengo otro peso pesado en el que pensar ahora. *Ubi maior minor cessat.*

—Ah ya... te gusta —ríe con gusto.

Yo también me río, solo que el mío es un reflejo histérico.

—Cariño, tengo que pedirte un favor —le anuncio volviendo al salón.

—Cuéntame. —Bárbara me sigue. Se ha dado cuenta de mis nervios e inmediatamente se ha puesto en modo protector.

—Me ha llamado mi padre. —Tomo un descanso y luego lo escupo—: Quiere venir a visitarme. Aquí.

Ella me mira un momento tratando de entender mis emociones y luego dice: "¿Y qué problema hay? Tengo una cama de emergencia que podemos poner en tu habitación".

Mi Barbara es fantástica. Estoy a punto de emocionarme.

—Cariño, tranquila. No hay ningún problema en que venga. Maurizio me cae súper bien. Ahora te puedo confesar que cuando éramos pequeñas era mi héroe. Él fue el único adulto que nos dejaba divertirnos. ¿Te acuerdas de ese increíble día que pasamos juntas cuando nos dejó comer un bocadillo de Nutella y un batido de fresa y nata? Luego nos llevó a ver aquella película prohibida a menores de catorce mintiendo sobre nuestra edad, solo porque yo le había dicho que el protagonista era mi ídolo. Después de eso, él se convirtió en mi ídolo.

Escucho las palabras de mi amiga y me sorprendo. Es increíble cómo los comportamientos humanos pueden ser interpretados desde perspectivas totalmente diferentes dependiendo de quién los juzga. Yo, como hija, siempre he interpretado todo esto como irresponsabilidad. Siempre me sentí avergonzada con los demás por tener un padre que nunca respetaba las reglas, en cambio a ella le divertía. Absurdo.

—¿Por qué estás preocupada? —me pregunta.

—Créeme, tengo mis razones. —Me dejo caer sobre el sofá

suspirando—. Es la primera vez que estaremos solos bajo el mismo techo, ¿sabes? Sin mi madre quiero decir. Nunca nos hemos ido de vacaciones juntos después de su divorcio y tengo que decir que me parece extraño que venga aquí.

—Quizás te haga bien estar sola con él —sentencia.

—¿Tú crees?

—Sí, cariño, finalmente seréis él y tú... sin tu madre. Caterina, yo adoro a la señora Giulia, créeme. Y perdóname si me meto, pero siempre pensé que se entrometía demasiado en la relación entre tu padre y tú.

—¿Sabes qué? Antes, por teléfono, mi padre me ha dicho que he hablado exactamente como ella —admito.

—Exactamente —sonríe y luego se sienta a mi lado.

—Dale una oportunidad a este pobre hombre que solo quiere estar junto a su hija y divertirse. Y tú, amiga mía, necesitas divertirte. —Y se lanza hacia mi costado haciéndome saltar con sus cosquillas.

—¡Para! —le ruego entre risas y me levanto para evitar que me siga torturando.

—Querida, tienes que dejarte llevar. ¿Después de Marco has tenido sexo? —me dice directa.

Abro los ojos y no respondo.

—¿Todavía piensas en él? —continúa con un tono de aprensión.

—No, qué va... —Agito la mano para minimizar la cosa mientras mi humillación aumenta. Ciertamente él ya no piensa en mí, ya que en todos estos meses no ha dado señales. Desaparecido.

—Te gusta Peter, ¿no? Lánzate, ¿a qué estás esperando?

—A poder permitírmelo —respondo guiñando un ojo—. Estoy ahorrando, no te preocupes.

—Qué tonta. Tú ya puedes permitírtelo con tus dones naturales, créeme. —Me lanza un cojín riendo—. Bueno, bueno, no insisto más. Levanta las manos en señal de rendición y finalmente cambia de tema.

—¿Qué haces hoy?

—No lo sé, aparte de salir a correr, no había hecho otros planes.

—Nosotros hemos organizado una barbacoa en el centro de la isla, en la zona de las presas. ¿Por qué no vienes? —y me guiña el ojo.

—¿Quiénes son 'nosotros'? —digo con recelo.

—Casi todos… —comienza evasivamente—. Los de siempre: Claudia, Doramas, Peter... luego también invité a Nicolas. Ah y tal vez vengan esos dos compañeros tuyos que estuvieron con él ayer noche.

—No, gracias, paso. —Hoy solo me faltaba volver a ver Nicolas y empeorar mi inestabilidad mental. Y encima también la maestra. De

eso nada.

—Tú vienes.

—¿Y por qué debería?

—Porque si no te quedarás sin casa y tendrás que compartir una habitación en un hotel de mala muerte con tu padre la semana que viene —cruza los brazos para terminar la frase.

—Serás cabr…

—¡Aaaaahhhh, ten cuidado! —Me señala con el dedo con una cara amenazante. Luego, como si fuera bipolar, se levanta del sofá y me dice con tono dulce—: Tesoro, ¿te duchas tú primero?

—Sí —digo y me meto en el baño.

Tengo ganas de llorar. Ahora, como mínimo, le gasto toda el agua caliente.

El camino hacia las presas es larguísimo. Parece que nunca se llega. Pero la vista es increíble. Pequeñas carreteras que suben durante kilómetros y kilómetros de curvas. Bajo la ventanilla y dejo entrar aire fresco. Me acaricia la cara, parece que quiera consolarme. No quería participar en esta excursión. Sé que Barbara lo hace con buena intención, pero la idea de volver a sentir esa sensación de incomodidad de anoche me pone de mal humor. Miro las montañas irregulares y afiladas. Los rayos del sol resaltan los diversos colores volcánicos de la tierra, tonos de fuego apagado: rojo anaranjado, rojo oscuro, rojo harinoso se alternan con mechones de color verde brillante, casi fosforescente. Son enormes plantas grasas que se aferran a esta tierra árida pero que sigue viva. Se respira la historia de la naturaleza. Hay una extraña conexión con el inconsciente. Un largo *Om* arcaico y profundo que invita al silencio. Estoy hipnotizada.

Me lleva de vuelta al pasado.

Vuelvo a pensar en Marco.

En la primera vez que nos vimos. Estábamos en la fiesta de… ya ni siquiera recuerdo el nombre. Teníamos unos veinte años. Era tan tímido. Habíamos compartido el sofá durante más de media hora sin hablar. Luego un comentario sobre una canción. Una broma inteligente sobre la composición. Y empezó nuestra historia. En la puerta me pidió tartamudeando que saliera con él. Estaba convencida de que había encontrado al hombre de mi vida, ese que me entendería y me apoyaría siempre. Era tan dulce. Con él nunca me sentí incómoda, siempre estuve serena y tranquila. El corazón invita a mis ojos a que lloren. Por favor. Ahora no. Ánimo.

—¿Caterina está con nosotros o la hemos dejado en casa? —La ironía de Doramas me despierta.

—Estoy, estoy aquí —murmuro.

—Vamos, que el lugar es fabuloso y el día está genial —me

anima.

Doramas me cae bien. Es un chico canario, que tiene en los ojos toda la belleza de esta isla. Toda su espontaneidad.

Es él quien conduce, orgulloso de mostrarnos su tierra.

Barbara a su lado sonríe sin añadir nada.

Doramas toma otra curva y el paisaje de las presas aparece frente a nosotros como un cuadro. Se ve la mano de un gran artista que se esforzó en pintar los contrastes de la vida. Entre el cielo de un azul compuesto y frío y la tierra de tonos cálidos y atrevidos, una presa tímida que se esconde y protege entre las paredes rocosas. Me quedo sin aliento. El efecto Stendhal me da el golpe de gracia.

Ahora lloro de verdad. Aunque afortunadamente no hay ninguno que se dé cuenta o tal vez simplemente fingen y me dejan.

Le había dicho a Barbara que ya no pensaba en Marco. Soy una mentirosa.

## *Capítulo 8*

Por fin llegamos al lago. El sol está alto e imponente. Salimos del coche y un olor de carne llega directo a mis fosas nasales. Esto hace que mi estómago entre en conflicto con mi corazón. El primero me ruega que coma, mientras que el segundo no quiere saber nada. Mi cerebro, juez cobarde, se confunde y se esconde detrás de un gran dolor de cabeza.

Encuentro un refugio bajo un árbol y permanezco en silencio observando a los demás divirtiéndose entre risas y salchichas a la parrilla.

Barbara es el entusiasmo en persona. Ha traído un altavoz bluetooth y ha puesto su lista de reproducción de música latina compuesta por Marc Anthony, Shakira, Maluma, Enrique Iglesias y compañía. Ríe y baila con dos de sus amigas que ya están contentillas. La veo que se divierte y me arranca una sonrisa desde lejos. El pobre Doramas se puso a trabajar frente a la barbacoa, pero a juzgar por su sonrisa, esto no parece ser un problema. Se preocupa de que cada uno tenga su ración de carne y vino. También me entrega un vaso a mí, que acepto con gusto. El alcohol se ha convertido en mi medicina contra cualquier mal, físico y psíquico. Deberían dar el Premio Nobel de la salud a quién lo haya inventado. ¡Que dios le bendiga y se le otorgue un día de conmemoración en su memoria!

También veo a Peter que vuelve desde la presa mojado, supongo que el agua está congelada aquí en las montañas. Gracias al cielo, a él no le importa lo más mínimo pillarse una neumonía y se pavonea con el torso desnudo entre las mesas y la barbacoa en busca de un bocadillo y una cerveza. Es realmente guapo, hay que decirlo. Tal vez debería seguir el consejo de Barbara y lanzarme. Igualmente, no tengo nada que perder con él, excepto, por supuesto, un poco de dignidad. Pero después de todo, ¿a quién le importa? ¡No soy tan fea! ¿Quizás estaría igualmente dispuesto sin ofrecerle dinero a cambio? Cuando estoy a punto de atreverme e ir hacia Peter y los demás escucho el derrape de las ruedas de un Jeep. En una nube de polvo hacen su entrada el chulo con... la maestra, ¡vaya!

*Ella sí que no ha perdido el tiempo. Federica está a otro nivel.*

Nicolas baja del coche con una sonrisa deslumbrante en esos labios carnosos que tiene y con unas gafas de sol oscuras que le dan un aire súper sexy. Joder, las tontas de mis mariposas están revoloteando de nuevo como locas.

Y su acompañante no se queda atrás. Se ha vestido como si fuera a una rave. Lleva unos pantalones cortos y una camiseta

ajustada con una boca roja que parece la de Marilyn Monroe. Y para la ocasión ha decidido vaciar directamente toda la botella de su querido perfume, que cubre incluso el aroma de la carne a la parrilla.

Por lo menos él está bien vestido. Lleva unas bermudas con mil bolsillos y una sencilla camiseta deportiva que le marca todos los músculos del pecho. Definitivamente está bien bueno.

Le veo abrir el maletero y descargar dos termos gigantes. Peter y un amigo suyo van a ayudarlo.

—¡Gracias, amigo! —Se dan la mano por primera vez y ya son todo risas y bromas. Mirándolos tengo la fuerte sensación de que tal vez Barbara tenga razón, soy una gruñona asocial que no consigue dejarse llevar.

Y luego coge... ¿qué es lo que tiene ahí? Joder, es un PMW-F5 CineAlta.

Es uno de los últimos modelos de Sony. Una maravilla entre los equipos audiovisuales portátiles. He soñado con tener una durante toda mi vida, además estuve a punto de comprarla en cómodos plazos, pero Marco, con su parsimonia, me convenció para que esperara.

Caterina, me digo, no te dejes engañar por las tentaciones, aléjate del diablo y trata de quedarte en tu rinconcito. Camúflate con la sombra de este fresco y seguro árbol. Relájate, o aún mejor, duérmete. No te lo pienses, no te lo pienses. Me repito como un mantra y me tumbo, cerrando el telón de la vida. Y justo cuando estoy a punto de desactivar el mundo, mi oído, desafortunadamente, me alerta de que el enemigo está cerca.

"*Buenas noches, buenas noches florecilla,*
*Buenas noches entre el mar y la lluvia*"

Abro los ojos para que, como francotiradores, identifiquen rápidamente el objetivo. Es Nicolas que canta y se burla de mí desde lejos. Su Sony me apunta. Maldita sea, no podía estar más sexy con el objeto de mis deseos en la mano. Parece que lo haga a posta. Representa todas mis pasiones: experto audiovisual, amante del jazz y si ahora descubro que también sabe hacer tortellini a mano como mi abuela estaré jodida.

Le dirijo una sonrisa forzada y mi dedo corazón se alza para expresar todo lo que me gustaría decir con palabras. Oculto mi mano a los demás, pero él la ve de todos modos. Sabe que es un mensaje privado y se ríe divertido.

Esta intimidad también me divierte a mí, pero no se lo demostraría jamás. Así que le doy la espalda y sigo durmiendo. O por lo menos lo intento.

Después de un rato le escucho tararear:

*"La tristeza pasará mañana por la mañana*
*Y el anillo se quedará en la playa*

*Buenas noches, esta noche es para ti..."*

Ya está bien. No puedo más. Vale, él gana. Me levanto y voy allí con ellos.

Mi querida compañera me saluda primero, más falsa que una moneda de tres euros.

—Hola, Caterina, ¿entonces tú también estás aquí? Estaba a punto de preguntarle a tu amiga dónde estabas.

*Sí, claro. Me lo imaginaba.*

—¿Francisco no ha venido? —le pregunto cambiando de tema.

—No, desafortunadamente ha tenido un contratiempo en el último minuto.

Imagino las amenazas diabólicas que habrá usado con el pobre Francisco para que no viniera con tal de quedarse sola con Nicolas.

Seguro que lo ha encerrado dentro de su habitación, amordazado y atado como un pollo y le habrá dicho que le soltará solo al final del baile.

—Entiendo —digo con un tono angelical.

Por suerte Barbara interrumpe esta patética conversación y me entrega un enorme vaso que contiene un líquido oscuro con fruta en su interior.

—Tienes que probar esta sangría, está buenísima. La ha preparado Nicolas. Es una bomba. Está espectacular.

—Bueno, si la ha preparado Nicolas, ¿cómo puedo decir que no? —respondo sarcástica a mi amiga aceptando el vaso. Realmente lo necesito.

—¿Te gusta? —Llega el autor con sonrisa de satisfacción.

—Sí —murmullo y no puedo quitar los ojos de su Sony F5. Tengo una gran tentación de tenerla entre mis manos.

—¿Quieres tocar?

—¿Qué?

—La cámara, Cat. —Levanta la ceja y también la punta de los labios de modo travieso—. Por la forma en que la miras, se nota que te gusta —afirma y me la pasa.

La tomo como si me estuvieran pasando el Santo Grial. La tengo en mis manos con veneración y éxtasis.

—Bueno, es un PMW F5. Es una pequeña joya de Sony. Creo que sólo la supera en algunos aspectos el modelo F7, en cuanto a la adquisición en 4K, pero la calidad de imagen es casi idéntica.

—Me dejas impresionado Cat. —Nicolas me mira asombrado. —No sabía que había conocido a una compañera.

—No, qué va —digo avergonzada. *Ten cuidado, Caterina, no bajes la guardia que ya sabes que el diablo es halagador*—. Soy solo una aficionada y en Bolonia seguí uno de esos cursos de la región. Sony es Sony, no hay nada que hacer, es uno de los mejores fabricantes.

Quería comprármela, pero no podía pagarla y además era solo una pasión, no soy una profesional.

Me muerdo el labio nerviosa, estoy hablando demasiado sin querer. La forma en que Nicolas me mira me hace sentir incómoda como siempre. Tengo la impresión de que estoy frente a Belcebú. Parece que conoce todas las armas para robarme el alma.

Por una vez agradezco que la maestra se entrometa para romper el rito maléfico que se estaba produciendo.

—Nicolaaaas, esta sangría está espectacular, me tienes que pasar absolutamente la receta. —Federica se pega a su antebrazo y lo aleja de mí—. Ven, que quiero que pruebes mi tortilla también, así puedes darme tu opinión.

Y antes de que pueda contestar, le devuelvo su preciosa cámara y aprovecho la oportunidad para irme a toda prisa hacia la orilla de la presa, donde se encuentran los otros chicos del grupo. Están jugando a voleibol. También está mi Peter entre ellos. Mi guapo estúpido, perfecto para lo que necesito: puro sexo sin ningún tipo de complicaciones, como una lobotomía y sufrimiento eterno.

—Caterina, entra, por favor. Nos falta un jugador —me llama Peter.

—¡Vale! —*¡Hago todo lo que quieras!*

Así que, aunque estoy medio aturdida por la migraña y el alcohol, me pongo cerca de él. Que no se diga que no lo estoy dando todo.

Debo decir que después de dos o tres puntos que logramos conquistar, empiezo a emocionarme. Peter es rápido y muy hábil. No se le escapa ni una recepción. Incluso las que son claramente mías. El entusiasmo que pone en el abrazo que me da cuando finalmente ganamos otro punto, me recompensa después de ser tratada como un cuerpo intruso en el campo que solo necesita moverse en el momento adecuado.

Cuando por fin estoy disfrutando de sus musculosos brazos aparecen los demás para romper el encanto del momento.

—Chicos, ¿podemos jugar nosotros también? —chilla Federica.

Mientras mi sano egoísmo grita “no”, Peter me priva de su calor y también de su sudor.

Y da la bienvenida a los acosadores con un: "Por supuesto, venid".

Nicolas le choca la mano y se posiciona a mi lado invadiendo mi campo literalmente. Antes de que me dé cuenta, me levanta del suelo y me envuelve entre sus brazos (tengo que admitir que son aún más fuertes que los de Peter). Puede ser que haya desencadenado en ellos una competición llamada *‘Quién estruja mejor a Caterina'*. Desafortunadamente para mí, Nicolas gana. El corazón ha comenzado

a bailar reguetón. Me encantaría apagar esta música infernal que palpita dentro de mí, pero ya se sabe, los órganos vitales, para bien o para mal, hacen lo que les da la gana.

Para empeorar la situación me susurra al oído con una voz que me hace sudar: "Vamos, Cat, un poco de energía y los destruimos".

Cuando me deja, me tiemblan las piernas y casi me caigo de frente como un aguacate maduro.

Federica está en el equipo rival y, por lo mal que me mira, parece que se lo ha tomado realmente en serio. Creo que hay llamas ardiendo en sus ojos. Me lanza la pelota con la precisión de un arquero olímpico. Su lanzamiento es tan preciso y rápido que ni siquiera Peter puede salvarme. Resulta que la maestra sabe lanzar bien. Me derriba como si estuviera en guerra y caigo como una hoja en otoño.

—¿Estás bien? —me acaricia la suave voz de Peter.

—Más o menos… —Intento levantarme.

—¡Perdóname! —Llega también la culpable.

—Tranquila. —*Tarde o temprano te mataré, pero con calma, primero te haré sufrir.*

—No creo que puedas seguir —dice Peter de una manera que parece el entrenador de la selección nacional, más preocupado por el resultado del juego que por mi estado de salud.

—Ven, vamos a poner un poco de hielo en la cabeza —me alienta Nicolas, tomándome bajo el brazo—. Seguid vosotros, yo acompaño a Caterina a los vestuarios.

Y tengo que admitir que disfruto un poco dejando a la maestra allí que nos mira muerta de envidia. Aunque tengo la preocupante sensación de ir yendo del brazo de Lucifer.

Será porque me ha llamado por mi nombre real o porque tiene la bondad de callarme sin ser sarcástico, pero tengo que decir que me gusta bastante que me ayude a sostenerme.

Poco a poco nos acercamos a los otros que han preferido no hacer deporte. Los más sensatos, diría con perspectiva.

Cuando nos ve llegar, Barbara nota inmediatamente nuestros andares torpes.

—¿Qué ha pasado?

—Nuestra Cat se ha peleado con la pelota. —La amabilidad de Nicolas ha durado poco.

—Ven, cariño, siéntate.

—¿Te encuentras mal, Caterina? —El buen Doramas también se acerca—. No has comido nada, ¿quieres un chorizo?

—No, gracias, pero ¿puedo pedirte un gran favor?

—Por supuesto.

—¿Puedo volver contigo? Parece que he entendido que tienes

que ir a trabajar dentro de poco, ¿verdad? —Y le pido a dios que esté en lo cierto.

—Sí, por supuesto, no te preocupes.

Qué bueno es Doramas. Menos mal que existe gente como él.

Bárbara se queda a mi lado un rato, mientras Nicolas se aleja, pero no demasiado. Le veo deambulando alrededor. Se come un bocata, intercambia algunos chistes. Luego, cuando Bárbara me deja sola para ir a tomar una copa, él se acerca de nuevo. Me mira con una sonrisa, parece sincera, sin provocaciones. Admito que sus ojos saben ser amables cuando quieren.

Me ofrece su sangría y me dice: "¿Cómo te sientes, Cat? ¿Mejor?"

En respuesta tomo el vaso todavía lleno y lo bebo entero de un solo trago.

—¿Quieres saber la cruda realidad? Estoy fatal.

No responde o tal vez no le da tiempo, porque Doramas me avisa que es hora de irnos. Y yo doy las gracias al cielo.

## *Capítulo 9*

Llego a casa y la tristeza me invade. Qué mierda de día. Abro la nevera. Hay dos manzanas, un limón seco, un yogur seguramente caducado y una botella de vino tinto.

Opto por esta última. Después de dos vasos me abandono en el sofá.

Me pongo mis sagrados auriculares bluetooth y reproduzco la música a todo volumen. El vino ha hecho su efecto y la lucidez ha desaparecido. Me siento increíblemente cómoda en mi estado de embriaguez.

Miro afuera, el sol ya se ha puesto y la luna está encendida como un faro. Me imagino a un pescador que la mira antes de volver a casa después de un largo día de trabajo. Mientras tanto las olas se rompen monótonamente como palabras tranquilizadoras de una antigua canción de cuna. Su sonido empuja a mis pensamientos hacia las agitadas olas negras. El ambiente es mágico y me hechiza. Soy un lobo aullando desafinado a la luna.

"*Nunca aprendí a aceptarlo ni a manejarlo…*

*Me asusto con mi reflejo, pues lo dice el espejo nunca aprendí a dibujarlo...*

*Lo que parece hoy, doy un paso de esta mañana*

*Fallan mis planes mientras se hacen aire las semanas…*"

De repente me doy la vuelta como si me hubiera llamado una energía silenciosa. Sigo cantando la canción cuando mis ojos se abren, inmediatamente ceso el aullido y casi me caigo al suelo.

Nicolas está delante de mí.

*¡Mierda!*

Me está mirando con su sonrisa traviesa. De pícaro.

Me quedo con los ojos abiertos de par en par sin decir una palabra.

Se acerca. Estoy completamente muerta de vergüenza. Hibernada.

Me quita los auriculares sin dejar de sonreír. Se los lleva a sus oídos sin pedir permiso.

—Mmmm... —murmura, guiñándome un ojo—. Excelente elección musical —comenta con sarcasmo—.

—¿Pero ¿cómo te atreves? —Por fin consigo reaccionar. Pero me cuesta pronunciar las palabras, lo que revela claramente que he bebido demasiado.

—Ah, ahora lo entiendo, estás borracha.

*Descarado.*

—Déjame en paz. —Le quito los auriculares de las orejas con rabia—. ¿Qué demonios estás haciendo aquí?

—Tranquilízate. He intentado tocar el timbre varias veces y nadie me ha contestado, así que he usado las llaves que me ha dado Bárbara. Me presta su bicicleta y he venido a recogerla. La necesito para mañana por la mañana muy temprano así que he preferido pasar ahora. —Una vez justificado, cambia de tema—. ¿Por qué estás bebiendo sola? ¿Sabes que no está indicado para tu estado?

—Perdona, ayúdame: ¿cuál sería mi estado? —le reto, dando un paso hacia él.

También él da uno hacia mí.

—Quería decir que recibiste un golpe fuerte en la cabeza y no está indicado beber demasiado.

Siento su perfume. Un aroma de especias mezclado con algo agrio y fresco como los cítricos.

Me alejo de repente.

—¿Qué estás haciendo? ¿Me tienes miedo? —y al decirlo avanza acortando las distancias de nuevo.

—¿Y por qué debería? —tartamudeo.

*Joder.*

Sus ojos se me clavan y me dejan indefensa.

Estoy a punto de caer. Lo sé.

El diablo está frente a mí y estamos solos. Me estoy jugando una eterna condena, lo sé, pero no tengo ni idea de dónde escapar. Y ni siquiera sé si realmente quiero escapar.

La realidad es que él está muy cerca. No habla, pero me observa.

Es agotador.

*¡Haz algo, maldita sea!*

Y, sin embargo, nada.

Me mira.

Callado.

Sus ojos bajan lentamente hacia mis labios.

Maldita sea la paciencia que me falta.

Y se sabe, la paciencia es la virtud de los fuertes. Y yo soy una pobre debilucha que no puede resistir a todas las malditas tentaciones que este hombre encarna.

—¿Por casualidad sabes hacer tortellini a mano? —le pregunto con un hilo de voz, muy cerca de sus labios.

—¿Qué? —sonríe diabólicamente levantando una ceja.

*Ya basta.*

Le beso.

Apoyo mis labios sobre los suyos. Son cálidos, carnosos.

Parecen de chocolate negro. Básicamente los estoy devorando.

Al principio él casi no responde, no se mueve.

*No me lo está devolviendo.*

Soy una grandísima estúpida.

Me separo.

Pero ni siquiera me da tiempo a perder el contacto y me envuelve las caderas con sus brazos apretándome de nuevo contra él.

Entra con la lengua.

*La cosa se pone seria.*

Desciende de las caderas a mis nalgas con las manos.

*Muy seria.*

Avanza con los pies, llevando a los míos a retroceder.

Me está guiando.

*¿Dónde?*

A la habitación.

*¡Joder!*

*¿Qué hago?*

*¿Lo hago?*

*¡De verdad!*

Abre la puerta y continúa besándome.

*Pero, ¿quién es? ¿Tiene poderes mágicos?*

No me suelta.

Me caigo en la cama. Y él encima de mí.

Con las manos va directo a la meta.

*Guau.*

El Santo Grial por ahí abajo se despierta de buen humor. ¿Quién ha venido a visitarme después de tanto tiempo?

*Cállate tú, por favor*.

Me pongo un poco nerviosa.

Él levanta la cara y me mira con sus ojos verdes como bosques encantados.

—¿Qué pasa? —pregunta con voz ronca y tan sexy que escucho al Santo Grial llorar ahí abajo por lo que estoy a punto de hacer.

O, mejor dicho, no hacer.

—No es el caso.

Increíble, lo logré. He dicho que no.

*Sí, increíble,* escucho a mi Santo Grial repetir con sarcasmo.

Pero estoy demasiado orgullosa de mí misma. Y además lo he conseguido incluso borracha.

Ahora solo tengo que resistir a su decepción.

En cambio Nicolas me sorprende. Me acaricia y sonríe.

—Lástima —susurra dulcemente.

Se separa apoyándose de lado.

Y sigue mirándome como un niño. Dulce.

No puedo resistirme. Nada, soy una pecadora débil y además borracha. ¿Qué le vamos a hacer?

Vuelvo a comer sus chocolatitos negros, pero me detiene con una risa.

—¿Qué estás haciendo? —me esquiva ligeramente para evitar mi beso.

—Cat, no, no, no —me dice.

Vale, el chulito ha vuelto.

—Habías conseguido tomar una decisión. No te rindas ahora .

Está bien, sabe leer mis pensamientos. Está comprobado. Tiene superpoderes.

Entonces hago algo que ninguna mujer debería hacer jamás con un hombre joven y guapo en su cama.

Me pongo a llorar.

Pero no solo lloro, sollozo, estoy desesperada.

Siento la vergüenza de Nicolas desde lejos. Esta vez lo he confundido yo. Pero me sorprende de nuevo.

—Está bien, está bien, está bien, tranquila, lo hacemos, lo hacemos.

Se está riendo de mí. Es increíble.

Pero al final me río de todo esto. Y me río mientras lloro. Es oficial, estoy loca. Encerradme, por favor.

Sigue riendo dulcemente.

—Si hubiera sabido que habrías reaccionado así, no te habría detenido.

—Perdona —por fin me recupero. —Pensarás que estoy loca.

—No, solo que eres un poco rara —continúa bromeando mientras me acaricia con su cálida mano—. Pero me haces gracia y... —Me da un beso en los labios—. Y me gustas.

Luego, con un salto, se levanta de la cama. Va al salón. Le escucho trastear con la bicicleta.

—Descansa, pequeña Cat, nos vemos —me grita antes de escuchar el ruido de la puerta que se cierra.

Y mágicamente le hago caso. Cierro los ojos y hago el amor, pero con Morfeo.

## *Capítulo 10*

*NOVIO A TIEMPO.*

*¿Te sientes sola? Te falta la atención que un novio te debería dar? ¡Contáctame! Serás el centro de la atención durante todo el tiempo que desees, te involucraré en un vórtice de emociones, ternura y pasión. Momentos únicos juntos: una cena, un paseo romántico a la luz de la luna o un desayuno que hará más dulce nuestro despertar. Puedo ser todo lo que tú quieras.*

*Sé relacionarme con personas de todas las clases, soy un caballero como los de antes y tengo gustos muy exquisitos. Si tienes problemas y quieres acercarte al sexo de manera correcta, creo que soy la persona adecuada para ti.*

*Mejor un amor falso que uno que ha terminado.*

*Vaya.*

*A este me dan ganas de llamarlo.*

Mientras decido si apuntarme el número, la maestra llega por atrás y me da un susto de muerte.

—¿Entonces qué?

Se me ve en la cara la vergüenza por lo que estaba a punto de hacer, pero por suerte a ella no le importa porque sus objetivos son más importantes que mi desesperada vida amorosa.

—¿Vino Nicolas a coger la bici?

¡Diablos, Nicolas! Imágenes obscenas emergen de mi memoria y se agarran rápidas como pirañas que suben a la superficie para devorar a la presa. Y la presa soy yo.

Tengo que defenderme, huir.

Tartamudo.

—Sí... mmm, no, no sé, ¿por qué? ¿Tenía que coger la bici?

Federica me está analizando, probablemente quiere entender qué se esconde tras mi vergüenza incontrolada.

—Le escuché preguntar a tu amiga si podía coger su bicicleta y pensé que le habías visto. Eso es todo.

—¿Yo? No. —*Bien, Caterina, recupera la lucidez y mantén la calma.*

—Caterina, te buscaba Amanda. Llámala, por favor. —Fabiola entra en la conversación justo en el momento necesario.

—Por supuesto, la llamo enseguida —respondo y luego me

despido de Federica—. Perdona.

La maestra me lanza una sonrisa forzada y se da la vuelta sobre sus tacones. De doce centímetros esta mañana.

Busco la ficha de Amanda en mi ordenador. Me encantan sus fotos. Está vestida con un mono de cuero negro que resalta un cuerpo perfecto. Tiene una sonrisa lasciva y un látigo en la mano. Es realmente guapa. Parece una diosa. Sobre su carácter es difícil opinar. Alterna estados psíquicos contrastantes dictados por las hormonas que se toma a diario. A veces es muy simpática, a veces está deprimida, y si tienes mala suerte puedes también encontrarla enfadada como una hiena.

—Hola Amanda, soy Caterina ¿cómo estás?

—Hola mi amorrrr presiosa. ¿Estoy genial y tú?

—Yo también estoy bien, gracias. ¿Me buscabas?

—Sí, cari, tenemos que hacer un parón porque me voy de vacaciones dos semanas a Bahía a visitar a mi hermana.

—Qué guay —exclamo pensando en Amanda en versión familiar relajada en casa, en su país.

—Tenemos un chiringuito en la playa —dice con orgullo.

—Felicidades, debe ser precioso —exclamo.

—Sí, lo es, amor, gracias. Me ha costado sudor y lágrimas. No sabes cuánto. —Me llega una risa grande y profunda que representa perfectamente el sentido de su expresión.

—Haces bien en disfrutarlo. —*Pero, ¿en qué estaba pensando?*

—Siempre, churri. Cada vez más —y se ríe aún más fuerte.

—Pero, ¿cómo estás tú, niña? Te noto deprimida. ¿Qué tal el trabajo? Mis compañeras pueden llegar a ser unas gilipollas a veces —y se ríe de nuevo.

—El trabajo va bastante bien.

—Ah, entonces se trata de hombres. Me puedes preguntar lo que quieras, que yo soy la reina del amor, churri.

Me acerco al ordenador como si realmente estuviera en carne y bragas delante de mí y susurro: "Amanda, ¿cuántas posibilidades tengo de seguir saliendo con un hombre si cuando estaba en la mejor parte me puse a llorar como una loca?”

Sigue un silencio inquietante. Luego llega su voz seria y profesional.

—¿La tenía muy pequeña?

—No, no, no la tenía pequeña, al contrario —sigo susurrando.

—Bueno, entonces, ¿por qué lloraste como una ingrata, cariño?

*Buena pregunta.*

—Porque tal vez tengo miedo.

—¿Y de qué, muñeca?

—De que me hagan daño.

—¿Y no estás feliz de que te hagan daño bien hecho? —la escucho reírse de nuevo.

—No lo sé —suspiro—, tal vez soy una frígida.

—Pero qué dices, bombón, ¡qué frígida ni qué frígida! Escucha bien a la tía Amanda: el orgasmo es puro éxtasis y tú, en mi opinión, solo tienes que convencerte a ti misma de que te lo mereces. Al principio siempre se tiene miedo, pero, una vez que empiezas verás cómo te gusta y luego créeme, si él se queda insatisfecho te buscará. Tranquila, guapa, y si te dan ganas llorar de nuevo, dile que te conmueve tanto bien de dios. Verás que su ego te recompensará.

—Está bien, Amanda. Gracias. —Y sonrío a su foto con la máscara negra sado.

—De nada, mi reina. Llámame cuando vuelva, por favor, que quiero saberlo todo.

—¡Sí! —Aunque no soy tan optimista como ella sobre la relación entre Nicolas y yo, admito que la profesional del tema es sin duda ella y no yo.

En cuanto salgo de la oficina veo a Barbara esperándome en el coche. Me ha dicho que me quería llevar a un lugar fabuloso donde se puede comer comida típica canaria.

—Hola, amiga, ¿qué tal?

—Bien —le sonrío subiéndome al coche. Ya me siento culpable por no contarle nada. Porque no tengo ninguna intención de decirle que anoche quedé como el culo con Nicolas, no tanto porque quedé mal, sino porque debo admitir que me siento muy atraída por ese hombre, probable creador de problemas (muy probable diría yo), como nunca me había pasado en mi tranquila y segura vida. Si se lo cuento será un desastre, comenzará a torturarme diciéndome que me suelte con él y yo no sé si estoy preparada para enfrentarme a alguien como Nicolas. Hay que mantener la calma, mucha calma.

De momento mi mejor y único confidente es una trans fetiche y sadomasoquista y está bien así.

Nos dirigimos hacia el norte. Barbara coge la salida de Sardina, un pequeño pueblo de pescadores. Bajamos la carretera que va hacia el mar. Hay tantas plantaciones de plátanos que se pierden en el horizonte. Muchos plátanos. Racimos llenos que cuelgan. Puedo admirar su gran flor. Gordita y corpulenta, parece justo…

Sacudo la cabeza para alejar estas imágenes incendiarias, que gracias a Nicolas se insinúan en mi cabeza desde ayer noche.

—¿Qué te pasa? —pregunta Barbara, que seguramente se ha dado cuenta de mi cara.

—Nada. Es que hoy en el trabajo he leído unas reseñas que me sugirió Federica y estaba pensando en eso. —Miento solo en parte.

—¿Qué tipo de reseñas?

—De nuestras clientas.

—No me lo puedo creer —comienza a reír—. Tienes que enseñármelas —me dice mientras aparca en una calle semidesierta.

Salimos del coche y frente a nosotras se eleva un pequeño rincón de paraíso, un restaurante blanco y azul que se encuentra en la parte superior de la costa oscura. Miramos desde la terraza y vemos unas escaleras que bajan hacia una piscina construida en el océano. Detrás, las olas chocan sobre la barrera y descienden blancas y alegres como una cascada dentro de la piscina. El cielo está despejado y el calor del sol invita a tirarse al agua. Nos sentamos en dos sillas de plástico delante de una mesita sencilla.

—Mira, lee aquí: "... *paso a la acción primero en misionero, luego en perrito, sigo con estilo cowboy y decido acabar en misionero".*

—No me lo puedo creer, parecen aficionados exaltados hablando de fútbol en el bar.

—El comentario clásico sobre una escort es como un reportaje verdadero sobre sexo. Mira, se convierten todos en entrenadores, obviamente todos son expertos. También han creado algunos términos técnicos: BBJ, BJ, CIM, COB, CIF, CID, La Uno, La Dos. Vienen casi todos del inglés.

—¿La uno y la dos?

—¡Piénsalo! —Sonrío amargamente e indico con la mano mis partes íntimas por delante y luego por detrás. "La Uno y La Dos". Luego apoyo la mano en mi barbilla suspirando y sigo mientras mi amiga me mira con la boca abierta.

—Luego, obviamente, entre expertos del ámbito se intercambian informaciones útiles y de un cierto espesor que rozan las más altas cimas de la sensibilidad y poesía. Mira este: "... *¿Algún loco por las tetas ya ha probado a esta tía? Dicen que es delgada y que las tetas le llegan al ombligo cuando se sienta. Me intriga… Sabe hacerte pasarlo bien si la tratas adecuadamente y si eres generoso con el pago. Oral y española hechos con pasión. Luego Canal Uno hasta explotar".* ¡Los hombres son increíbles! Por el contrario, los comentarios a los gigolós hechos por mujeres parecen cartas de amor.

Le paso el móvil para dejarle leer. Lo hace en voz alta.

*"Estaba bastante indecisa, porque pensaba que esa experiencia era imposible, en cambio… es posible sentirse amada y comprendida por un hombre guapo, inteligente, apasionado. ¡No podría haber elegido mejor!"*

*"Cada cita con Tom me lo confirma. Me confirma que es dulce, erótico, sensual, divertido. Es un chico guapísimo, pero no solo es hermoso, la belleza sola es de poca utilidad. Es una mezcla de sensaciones y emociones únicas, un hombre que sabe hacerte sentir una mujer especial, con una inteligencia elegante y para nada vulgar. Y además... ¿Qué hombre te abriga si te descubres mientras duermes? Es realmente un vicio*

*maravilloso…”*

*“Cariño, ¿sabes por qué mi vida ha mejorado? En gran parte es gracias a ti, en los momentos difíciles, cuando estaba a punto de tocar fondo, tus palabras y consejos me han dirigido hacia la dirección correcta dándome la fuerza para luchar. Nunca imaginé que una persona que hace este trabajo habría gastado una parte de su tiempo ayudándome. Eres guapísimo, bueno y por esto te deseo todo lo mejor que la vida te pueda dar. Te quiero mucho y quiero que sepas que estás siempre en mi cabeza.”*

—¿Entiendes? No hay nada que hacer, somos diferentes.

—Está bien, está bien, somos diferentes —Bárbara levanta las manos—. Pero no por eso incompatibles. Y además, amiga mía, aquí estamos hablando de una parte del género muy peculiar.

—¿Sabes cuántas escorts hay solo en Italia? Yo no diría que es una parte tan pequeña.

—Bueno, ¿qué quieres decirme? ¿Que este trabajo te está dando otra razón para convertirte en una monja de clausura?

—¡No lo sé! Vuelvo a sacudir la cabeza y me vuelve a la mente esa maldita flor de plátano.

Para ahuyentar estos pensamientos impropios llega un chico sonriente que lleva un delantal sucio de salsa de tomate y aceite.

—¿Qué os pongo, chicas?

—Pide tú Bárbara, confío en ti.

—Gofio en caldo de pescado, pan con salsa alioli, calamares fritos y pulpo a la gallega, muchas gracias. —Mi amiga tiene las ideas más claras que el cielo que está sobre nosotras.

Ojalá tuviera su seguridad, la envidio.

Me mira satisfecha por su elección y cruza las manos.

—Entonces, cambiemos de tema: se acerca la llegada de Maurizio, tengo curiosidad, ¿has avisado a tu madre?

—En realidad ya lo sabe, porque mi padre le pidió mi dirección directamente a ella.

—¿Y cómo reaccionó? —me pregunta, levantando una ceja.

—Me está bombardeando a mensajes —digo exasperada—. Son todo instrucciones sobre cómo debo comportarme con él, las cosas con las que tengo que tener especial cuidado, porque tu padre es así porque tu padre es asá. Mi madre es el ejemplo de cómo una mujer se puede obsesionar con el hombre equivocado toda su vida.

Barbara me mira como pocas veces lo ha hecho en la historia de nuestra amistad. Sin sonreír. Está muy seria.

—Sí amiga mía, pero te recuerdo que no eres tu madre, así que te sugiero que trates a Maurizio como una hija y no como una pseudoesposa.

—Vale —digo intimidada por el tono categórico.

Llegan los platos. La mesa se llena de perfumes y colores que

hacen que se nos caiga la baba. Miro a mi amiga que por suerte vuelve a sonreírme de nuevo.

# *Capítulo 11*

—Papá, te envié la ubicación por whatsapp. Te estoy esperando en la salida 8, ¿dónde estás?

—¡Caterina! ¡Mi niña! —Su voz me llega alta y eufórica—. Pues no lo sé. Por cierto, sí que hace calor aquí, mi Caterina. Estoy fuera fumando un cigarro. Espera, me quito el abrigo y pregunto.

*Pero por favor, con calma, llevo solamente tres cuartos de hora esperándote.*

Salgo del Fiat de Barbara y miro alrededor. Le veo. Es él. Cuerpo robusto e imponente, melena gris, gafas oscuras y un puro en la boca.

Me sonríe desde lejos.

Cuando estamos cerca, extiende sus brazos y me estruja y, como siempre, en lugar de gustarme me molesta.

—Qué guapa que estás, Caterina mía. Tuviste una gran idea dejando a ese mariquita. —Mi padre me libera de sus fuertes brazos y me mira contento.

Sonrío amargamente y le digo: "En realidad me dejó él. De todos modos, gracias papá, yo también te veo bien".

—Qué va… —Mientras tanto abre el maletero para dejar su pequeña maleta. Entramos en el coche y él sigue con el tema que yo no quisiera afrontar y mucho menos con él.

—A mí es que nunca me gustó, fue tu madre que no entiende de nada la que se dejó engatusar por su palabrería. Pero a mí no me engañó. Yo estaba firmemente convencido de que esa boda sería un gran error para ti. Era matemático que se acabaría.

Le devuelvo una bonita sonrisa con los dientes apretados y pienso:

*Querido papá, si tú ya lo habías predicho todo, ¿por qué no avisaste a tu única hija, a la que adoras, de la enorme gilipollez que estaba a punto de hacer?*

Pero voy a dejarlo así, le prometí a Barbara y a mí misma no ser antipática e intentar ser tolerante. Así que me trago la pregunta que arde como un chorro de lava hirviendo y noto que se deposita en el fondo de mi estómago. Quema y se consuma chisporroteante. Ya me he ganado una úlcera. Perfecto.

—De todas formas, me gusta este lugar —admite, cambiando milagrosamente de tema—. Hiciste bien en mudarte, yo me lo estoy planteando también.

*No puedo imaginar un escenario más catastrófico. Casi prefiero que un tsunami llegue aquí de improviso y nos lleve a todos.*

—Papá, no fumes, el coche no es mío. Ese puro apesta.

—Tranquila, tranquila, echo el humo fuera —y continúa de mal humor. La única diferencia es que se acerca a la ventana abierta cuando exhala, pero el viento devuelve el olor asqueroso de tabaco fermentado dentro del vehículo.

*Va a ser una semana muy, muy larga.*

Cuando llegamos a casa, Barbara ya había vuelto del trabajo.

— Señor Marzi, ¿cómo está? Es un placer volver a verle.

—Barbarita, ¡qué guapa eres! —Mi padre también le da un abrazo que le rompe las costillas—. Pero llámame solo Maurizio, ¿qué es toda esta formalidad?

Cuando mi amiga consigue respirar de nuevo, se ríe, amable como siempre, y acepta.

—Está bien, Maurizio, mi casa es tu casa.

—Y para compensarte por esta bienvenida esta noche vamos al mejor restaurante de Gran Canaria. Invito yo obviamente. —Luego se gira hacia mí—. Pero, Caterina, un restaurante de los buenos, no uno de esos a los que estás acostumbrada tú.

*Gracias, papá, tan amable como siempre con tu hija.*

—No te preocupes Maurizio, acaban de abrir un nuevo restaurante cerca del casino donde dicen que se come muy bien.

*¿Por qué mi amiga no evalúa a la gente que tiene enfrente antes de hablar?*

—Mmmm... ¿has dicho cerca del casino? —Pero ya es demasiado tarde.

El daño ya está hecho. Ya me imagino a los diablillos de mi padre ponerse de pie llamando al desorden y bailando una mazurca como locos—. ¡Perfecto! Me ducho, nos preparamos y salimos, *¿qué me decís?*

Levanto los brazos resignada.

—¡Perfecto!

Después de haberse encerrado en el baño durante una hora, mi padre aparece entre una nube de vapor de agua, sonriente y con el perfume del after shave. Le veo caminando con los pies descalzos por el pasillo sin importarle si está dejando la marca de sus huellas mojadas por el camino.

—¿Todo bien? —Le pregunto sarcásticamente, echando un vistazo al interior del baño. Observo un gran charco de agua que empapa el suelo, la tapa del váter subida y una montaña de pelos de color sal y pimienta en nuestro lavabo, que ahora parece una ensaladera.

—Magníficamente —contesta saliendo de la habitación súper alegre. Se abrocha el último botón de la camisa y nos pregunta: "¿Vosotras estáis listas?"

Mis nervios están explotando como cables pelados en cortocircuito.

Estoy a punto de dejar que la rabia que me bombea por las venas explote en una bronca histérica cuando, de repente, interviene Barbara sonriendo: "Claro". Luego se acerca a mi oído y me susurra: "Recuerda, nada de neurosis de pseudoesposa, la palabra clave es *divertirse*".

Le devuelvo una de mis sonrisas nerviosas y salgo por la puerta diciendo a regañadientes: "Bueno, todos listos, podemos irnos”.

Una vez que llegamos al restaurante tengo que admitir que Barbara lo ha clavado, es típico lugar que vuelve loco a mi padre. No le falta detalle. El camarero de la entrada nos da la bienvenida y verifica nuestra reserva, el siguiente nos acompaña hasta nuestra mesa y el último nos ofrece tres copas de espumoso con una pequeña tapa para cada uno. La mesa es redonda y está completamente cubierta por un inmaculado mantel blanco de algodón. La disposición de la mesa es sobria y elegante. Las sillas son en realidad sillones muy cómodos y la música de fondo es dulce y armoniosa. Este es el lujo que le gusta a mi padre.

Mientras que yo camino de puntillas en lugares como este, sintiendo una rara vergüenza que limita mi expresión verbal y corporal hasta el mínimo posible, mi padre se mueve desenvuelto. Se siente a gusto, como si fuera él el dueño.

—Oye, tú —llama en voz alta al camarero que acaba de ofrecernos el vino. El pobre se pone rígido como un soldado al sonido autoritario de su voz—. ¿Qué es esta basura que le estáis poniendo a todo el mundo? ¿Nos traerías un champán para empezar, por favor? ¿Y tenéis jamón de bellota? Y quizás también una *focaccia*. Puedes irte, gracias.

El chico se queda inmóvil, no creo que haya entendido bien. Barbara le ayuda a reanimarse, repitiéndole el pedido en español.

—Claro —el chico resucita y sonríe de nuevo.

— Papá, ¿no será demasiado caro? Te vas a gastar un riñón. —Me preocupo.

—Amor, pero ¿qué te importa? Hoy estoy con mi hija, en un lugar precioso. Estoy feliz, tengo salud y estoy en gran compañía. ¿No crees que esto es suficiente para celebrar como es debido? ¿Acaso esto no vale todo el dinero del mundo?

Barbara aplaude espontáneamente. —Tienes razón, Maurizio. —Sonríe contenta, luego levanta una ceja y me mira, es su señal inequívoca de que no debería atreverme a contestar.

Me callo.

Después de unos minutos, una joven llega a la mesa. Tiene el pelo negro azabache. Está recogido en un moño en la parte de atrás de la nuca como si fuera una pequeña colina redonda. La raya en el medio, recta como un camino de campo.

Muestra a mi padre la botella de champán que sostiene en las manos y espera inmóvil su aprobación para poder comenzar el ritual de abrir y servir.

—Esto no es lo que pedí —dice mi padre en tono autoritario.

—Disculpe, ¿no pidió un Cristal? —responde ella tranquila con un impecable italiano.

—Sí, pero acompañado de un aperitivo salado. —Sigue una pausa donde la chica no habla, simplemente parece confundida. Mientras yo, desafortunadamente, que ya he sido espectadora de estas escenas en el pasado, estoy abriendo mentalmente un agujero debajo de la mesa para huir. —No de postre —concluye mi padre, luciendo su sonrisa astuta.

Inexplicablemente parece que yo soy la única que piensa que haya sido una broma grosera, porque Bárbara y la chica se ponen a reír. Evidentemente esta aprobación anima a mi padre a seguir bromeando.

—¿Cómo te llamas, dulce crema catalana?

—Maripi.

—Oh, Maripi, eres un pastelito, quédate con nosotros a beber un poquito.

*Bueno, con el agujero que he cavado puedo llegar a África, donde afortunadamente nadie me conoce*.

—Papá, evita por favor estos comentarios, la señora está trabajando.

— Caterina, ¿por qué quieres privarme de su magnífica compañía? Ya eres mayor, tienes que aceptar que papá quiera deleitar sus ojos con tanta belleza y gracia.

En respuesta, Maripi ríe complacida y con la mano se tapa la boca en un claro gesto de coqueteo.

Bueno. Me doy por vencida. Haced lo que os dé la gana.

La cena continúa con mi padre hablando toda la noche. Nos llena las copas continuamente, brindando por la vida, la locura y la suerte, a la que puedo decir que es devoto.

—Es mejor tener suerte que ser rico —explica a mi amiga—. Hay que evitar a las personas que nos transmiten negatividad y sobre todo hay que disfrutar de la vida como si te la pudieran quitar al día siguiente.

Estas son, en pocas e impactantes palabras, las lecciones

verbales de vida que mi padre me ha dado desde que tengo uso de razón. Una pena que los resultados de sus acciones me hayan desanimado fuertemente a seguirlas.

—Estoy de acuerdo, Maurizio, hay que disfrutar de la vida. —Bárbara levanta su copa para brindar con él.

—Sí, pero también es cierto que te arriesgas a terminar como una cigarra —no puedo resistir a responder.

— Amor, hay que saber aguantar en los malos momentos, es cierto, pero también hay que saber disfrutar de las estrellas. Y vosotras esta noche sois mis estrellitas. —Con sus grandes manos agarra mi hombro y el de Barbara.

Mi amiga sonríe y yo también me rindo, relajo los labios y levanto la copa para brindar todos juntos.

—¿Qué hacemos, chicas, pedimos el postre y nos rendimos ante la locura?

—¿Y por qué no nos vamos a casa? —Hay casi un tono de súplica en mis palabras.

—¡Ni hablar! ¡Ni que tuviéramos ochenta años! Yo quiero divertirme.

Barbara se ríe. —Tu padre tiene razón, Caterina. Son solo las once y está aquí de vacaciones. Tienes que llevártelo por ahí —añade mi Judas. Luego añade — Pero yo tengo que irme. Ya tenía un compromiso. —me guiña el ojo con una sonrisa traviesa.

*Sí, me imagino su compromiso rubio y de un metro y ochenta. Pero esta entra en la lista de las cosas que me devolverá. Lo prometo.*

En cuanto estamos fuera la cojo por el brazo aprovechando que mi padre se ha quedado dentro para pagar la cuenta.

—¡No puedes irte! Eres una traidora, me dejas sola con él. ¿Tú sabes la que puede liar? —Gruño.

—Qué exagerada que eres.

—¿Qué exagerada? ¡Tú no sabes nada! Cuando era pequeña una vez que me quedé sola con él casi me mata.

—¿Qué le hiciste para que quisiera matarte? —se ríe burlándose de mí.

— No bromees, no le hice nada. Un día me dijo que quería llevarme a un lugar bonito sola con él, no le especificó a mi madre dónde, si no seguro que ella no lo habría permitido. En el coche me repetía mil veces: "*Papá ahora te lleva a volar como un pajarillo",* y en lugar de volar casi me dejo la vida allí.

—¿Por qué?

—Porque el loco me llevó a volar en parapente. Tenía apenas cinco años, mintió a los monitores porque el mínimo de edad eran seis años. Cuando saltamos con el instructor yo estaba tan tensa y emocionada que mi pobre y pequeño estómago no pudo resistir y

vomité todo la leche y los cereales que me había comido por la mañana. El viento mandó todo el desayuno a la cara del instructor. El pobre desgraciado gritaba que ya no podía ver una mierda. Fueron momentos de pánico, ¿entiendes?

—¿Y luego?

—¡Y luego casi nos matamos! Por suerte pudo limpiarse y bajar. Cuando aterrizamos, yo me puse a llorar e inmediatamente subí al coche muerta de vergüenza. No dije una palabra hasta llegar a casa. Cuando mi madre me preguntó si me lo había pasado bien con papá, le respondí que ya no quería estar sola con él nunca más.

—Ah, ahora entiendo por qué tienes vértigos —exclama satisfecha.

—Sí —admito irritada.

—Venga, no te preocupes... —se acerca y me coge las manos—. No tienes que subirte a un parapente con él y ahora eres una persona adulta. Solo tenéis que pasar una noche juntos. Créeme, eso es lo que necesitáis. ¿No has notado como te mira? Haría cualquier cosa por ti.

—En realidad he notado cómo miraba a Maripi y si te das la vuelta ahora puedes verlos intercambiándose los números de teléfono —respondo fastidiada.

—Siempre estás igual; tu padre no quiere salir esta noche con ninguna otra mujer que no seas tú, créeme. Él quiere quedarse con su hija y tienes que darle una oportunidad. Y te recuerdo de nuevo que no eres tu madre. Quítate esa actitud de esposa tiquismiquis y celosa, muéstrale a tu padre la Caterina que sabe divertirse, la mujer inteligente e independiente que se ha mudado a Canarias sin pensarlo dos veces. Y, sobre todo, dale una oportunidad a tu padre y a vuestra relación, por favor.

Miro hacia donde está mi padre y él también levanta la mirada hacia mí. Me sonríe contento. Sé que está feliz, puedo verlo en sus ojos. Y sé que, si insisto para irnos a casa me seguirá, aunque le desilusione, solo para no hacerme daño.

—Bueno —digo con sorpresa a mi amiga.

—¿Has dicho 'bueno'? —Barbara también se sorprende de que haya cedido.

—Sí, he dicho que bueno —repito con aire sarcástico. En algún lugar de mi ADN tiene que haber una pequeña parte que pertenezca a Maurizio. Una parte que me permita aceptar y comprender su actitud juguetona y provocativa, su propia anarquía caótica, su capacidad de no importarle las reglas.

Así que esta noche le vamos a dar la posibilidad de salir.

—Muy bien, Caterina —me dice Barbara abrazándome.

*Solo espero no arrepentirme.*

Cuando mi padre nos alcanza, Bárbara se apresura a

despedirnos: "Gracias Maurizio por la espléndida cena, lo he pasado muy bien".

—De nada, belleza, estoy feliz de que Caterina tenga una amiga como tú, créeme —le dice y la estruja en un abrazo.

Barbara me sonríe antes de irse y me guiña un ojo.

—Que disfrutéis. —Y desaparece.

Una vez solos, mi padre mira en dirección al edificio que se encuentra delante de nosotros. Tiene mucha luz y unas puertas de cristal que invitan a curiosear qué hay dentro.

—Bueno, hija mía, papá te lleva a visitar el museo.

Yo también dirijo mis ojos hacia la atracción, pero ya sé cuál es el lugar de la ciudad que mi padre quiere absolutamente visitar.

# *Capítulo 12*

Entramos por la gran puerta de cristal. Una gran alfombra se extiende ante nosotros. Su color rojo es atractivo y anima a mis pies a seguirla.

La cara de mi padre parece que ha cambiado. Noto la emoción en sus ojos sonrientes e infantiles. Se ha transformado en un niño que acaba de entrar en su lugar favorito.

Una joven en la recepción nos pide los documentos de identidad.

Mi padre se los entrega sonriendo, agradecido como si fuera la magnánima guardiana de un reino encantado.

Estamos dentro. Mi padre va al cajero a cambiar el dinero. Mientras miro en mi cartera. Tengo cincuenta euros. Con este dinero me puedo comprar el bolso multifuncional, con una cómoda correa que además se convierte en mochila, súper espacioso y *fashion* que llevo días deseando. No tengo ninguna intención de desperdiciarlos en este lugar, pero sé que al menos tengo que hacer el gesto, así que los cambio yo también. Luego pongo las fichas en el bolsillo al seguro.

La mirada de mi padre deambula por la sala. Parece que quiere estudiar la posición de cada juego.

—Vamos —me exclama y luego me da la mano.

La observo, tensa en un gesto banal, pero sé que está lleno de significado. Me acerco y la aprieto.

*Está bien, papá, hombre poco confiable, un poco loco y amante de la aventura y la exageración, ¡vamos!*

Él me sonríe alegremente como si le hubiera dado la llave de la caja fuerte.

—Primero tenemos que probar si la suerte esta noche está de nuestro lado.

—¿Y cómo se hace? *¿Vas a hablar con una vidente?*

—Se empieza con la ruleta —dice seguro.

Atravesamos la sala, escucho los ruidos mecánicos de las máquinas slot, de los botones presionados repetidamente, el rugido de monedas que caen abundantes. La gente está en silencio, tienen los ojos vítreos y lánguidos, concentrados en la búsqueda de la diosa ciega. Provoca en el aire la tensión de las apuestas, el perfume de la adrenalina.

Nos acercamos a la mesa ovalada y larga rodeada de una multitud de personas. La mayoría son de origen asiático y varones. Solo hay una mujer, está sola, tendrá más de sesenta años y, por sus

rasgos, deduzco que es de Europa del este. *Una condesa miseria, envuelta en vistosas plumas de avestruz y bisutería vulgar*, como cantaría Carmen Consoli. No está apostando ninguna ficha, pero observa cuidadosamente el juego. Mi padre y yo también nos quedamos mirando a su lado. Observamos al crupier que, con un gesto solemne y elegante, espera un breve tiempo en el cual los jugadores se apresuran a apostar. Están todos muy agitados. En la mesa hay una serie de números desde cero hasta treinta y seis. Se distinguen por el color o rojo o negro. Menos por una excepción. La cual supongo que está siempre: el cero. Él está vestido de verde. Una vez que los jugadores han repartido sus fichas sobre las diferentes combinaciones posibles, el crupier, muy serio, advierte de que el tiempo se ha acabado. Ya no hay posibilidad de dudar, de cambiar de opinión. La decisión está tomada. El juego está listo. En este momento se lanza la bola. Esta órbita rápidamente alrededor del planeta de los números que giran en sentido contrario. Es un tiempo indefinido donde la mente se para esperando que el destino sea generoso con tu libre albedrío.

Después de tres o cuatro rondas, mi padre decide que es la hora de comenzar.

Empieza fuerte de inmediato.

No tiene miedo de arriesgar todo lo que tiene. Esto me asusta.

También sigue métodos, creo que son conocidos entre los jugadores apasionados, porque los escucho mencionar entre ellos.

La rapidez con la que se hacen las apuestas me hace sentir unos nervios descontrolados.

—Papá, ¿no estás jugando demasiado rápido?

—No, no te preocup... ¡Vamos, sí, el ocho, genial, Caterina, mi niña, me traes suerte!

—Gracias, papá. —Y mientras tanto le quito algunas fichas de sus ganancias como una hormiguita prudente y austera que quiere conservar su botín y llevarlo a un lugar seguro.

—¡Pero, Caterina, mi amor, eso no se hace! No se le quitan las fichas a un jugador mientras juega —se queja él.

En este momento, la señora que estaba sola observando me pregunta: —¿Sois italianos? —con una mirada arrugada y un susurro ronco (debe haber fumado muchos cigarrillos en su vida).

—Sí —respondo rápidamente con una sonrisa aún incierta sobre la voluntad de socializar. Tengo que concentrarme en vigilar a mi padre antes de que lo pierda todo.

—¿No estás exagerando con las apuestas? —le regaño de nuevo.

Ha sembrado las fichas sobre casi todos los números como un agricultor en primavera.

—El mayor riesgo es venir aquí con tu marido, querida.

*¿Esposo? Señora, ¿pero qué clase de cigarrillos fuma?*

Mi padre se pone a reír. —Señora, se equivoca, Caterina es mi hija.

—Oh, lo siento, cariño, había visto la diferencia de edad, créeme —se apresura a especificar—. Lo he dicho por otros motivos...

—¿Y cuáles serían? —ahora, además de estar ofendida, tengo mucha curiosidad.

—Tu actitud, querida, pensaba que eras una esposa ofendida, lo siento. —Apoya en mi brazo su mano que resplandece por la bisutería, acompañando el gesto con una sonrisa mortificada. Le creo, ya que parece una de esas mujeres que sabe cuánto quema el paso del tiempo.

—No, señora, es mi culpa, yo soy el padre imprudente que lleva a su hija al casino, en lugar de al museo. —Él me defiende acusándose a sí mismo.

Eso me provoca una cierta ternura. *¡No es verdad, soy yo la culpable!* Vine aquí para divertirme con él, no para estorbarle. Lo prometí, tengo que darle una oportunidad. Tengo que arriesgar mi suerte y no preocuparme por mis miedos.

—Papá, yo también quiero jugar —proclamo seria.

—¿En serio? —Me mira confundido.

—¿Apostamos juntos?

Veo que por su rostro desfilan la sorpresa, la felicidad, el orgullo y, por último, la emoción. Aunque esta última corre rápidamente por sus ojos para que no se le reconozca.

—¡Por supuesto, mi amor!

Saco de mis bolsillos las pocas fichas que tengo y se las entrego en las manos.

—¡Vamos, papá, apostemos todo al diecisiete!

Si tengo que lanzarme quiero hacerlo con un triple salto mortal. *A quién le importa el bolso, quiero acabar con esta historia de la pseudoesposa.*

El croupier cierra las apuestas y lanza la bola.

La adrenalina sube. Se nota en el aire.

Estalla en mi pecho. La sangre se acelera y la salivación se detiene.

Ahora siento las mismas sensaciones que cuando estoy a gran altura. Es extraño porque los vértigos me dan por miedo a un peligro objetivo, como caer y aplastarme como una patata lista para puré.

Aquí, sin embargo, objetivamente, no hay nada que pueda amenazar mi seguridad, pero la sensación mientras observo esa inofensiva bolita que gira es la misma.

Al final, la esfera se detiene. Me quedo un momento en apnea. No entiendo exactamente el número ganador. Luego veo al croupier,

frío y despiadado barriendo todas las fichas de la mesa. Casi todas. Nuestras fichas siguen ahí paradas sobre la tela. Se han quedado solas. Están en la casilla del número ganador... —¡El diecisieteee! —estallamos en coro. No puedo contener un grito. Mi padre ríe contento. Me abraza. Lo abrazo. Su energía me carga de emociones. De cosas bonitas, de pura alegría. De diversión.

Hemos ganado.

Estoy feliz. En serio.

En este casino de Las Palmas, en medio de todos estos jugadores locos y drogados, nuestra armonía ha llegado al apogeo de toda la historia de nuestra relación.

Somos padre e hija jugando juntos. Y lo estamos pasando bien.

Seguimos así durante otra media hora. Ganando repetidamente. Caballos, trasversales, plenos. Somos invencibles. La suerte está definitivamente de nuestra parte.

Por muy interesada que esté en el juego y en ganar continuamente, mi austeridad al final sale a la luz. La siento que poco a poco se hace cargo de la situación en mi cerebro nublado por tanta excitación y me pide que escape con el botín, antes de que lo perdamos todo. Me sugiere el camino hacia el bar como un navegador GPS.

— Papá, ¿qué tal si vamos a tomar una copa? Lo necesito para apaciguar toda esta adrenalina del juego. Y además tenemos que celebrar, hemos ganado bastante, ¿no? Tenemos una montaña de fichas.

—¿Quieres irte? —Hay una pizca de amargura como de adicto al juego en su voz.

—No nos dejemos atrapar por una pasión loca, por favor, papá —casi se lo suplico.

Él frena la mano con las fichas que estaba a punto de apostar.

—Vale, mi amor. —Me las entrega y sonríe—. La única verdadera y auténtica pasión de mi vida, lo única cosa a la que no puedo renunciar eres tú, Caterina. Espero que esto lo tengas siempre claro. —Me extiende la mano y yo se la aprieto.

—¡Venga, vamos!

Volvemos al cajero del casino. Vacío mis bolsillos en una pequeña cesta que doy al cajero para que convierta nuestro tesoro de fichas en dinero real. Me devuelve más de mil euros. Guau. Ahora sí que tenemos que celebrarlo.

Cuando nos acercamos a la barra del bar le escucho exclamar: —He ganado otras veces en el Casino, ya sabes, incluso cantidades más importantes, mi Caterina, pero no lo vas a creer, nunca me había divertido tanto como esta noche.

—¿Por qué, papá? —le pregunto tímida.

—Porque estaba contigo.

Siento de repente un sentimiento de alegría, de calidez conmovedora y toda la desaprobación que siempre he sentido hacia él, la desconfianza, ese obstinado sentido de la vergüenza, se disuelven. Ya no lo siento.

Contengo una lágrima y le digo alegre y feliz: —¡Emborrachémonos, papá, nos lo merecemos!"

Pero mi alegría se apaga en pocos segundos.

Hay una pareja de espaldas sentada en dos taburetes en la barra. Ella tiene una larga melena castaña que parece salida de la mejor peluquería de Gran Canaria. Él es moreno y tiene el pelo ligeramente ondulado y rebelde. Se parece al de... ¡Nooo!

# *Capítulo 13*

Con Nicolas no tuve sexo, no nos prometimos nada, pero él dijo que yo le gustaba. Me acuerdo. Lo dijo. En mi casa, la del Mulino Bianco, esto tiene un valor. Él no debería estar aquí con otra, joder.

Pero ahí está, sentado en la barra del bar con una chica y se lo está pasando muy bien. Le escucho reír.

Yo me lo imaginaba que no es un hombre que mantiene la exclusividad, y mucho menos con una con la que no pudo hacer nada, que se puso a llorar como una imbécil. ¿Y él qué hace? Dice: "adelante la siguiente". ¡Estaba claro!

Habiendo tomado conciencia de la situación, me gustaría poner en acción la fuga, pero mis reflejos no están listos para nada. En realidad, tienen el ritmo de una tortuga vieja. Mi padre ya está en la barra y me pregunta: —¿Qué quieres tomar, Caterina?.

Nicolas, cuando escucha mi nombre se da la vuelta.

—¡Un Gin Tonic, gracias! —*¡O mejor dos! Que me los bebo a la vez.*

—¡Cat! —Este idiota se permite el lujo de seguir llamándome con ese apodo odioso. *¿Papá puedes romperle la cara, por favor?*

—¿Qué estás haciendo aquí? —se atreve a preguntarme.

*Asuntos míos.*

—Estoy con mi padre, que ha venido a visitarme desde Italia.

La educación está por encima de todo. Soy superior a este payaso.

Mi padre se acerca y le extiende la mano, sonriendo.

—Encantado, Maurizio.

Se aprietan con fuerza.

—Nicolas, mucho gusto —se presenta completamente tranquilo.

No hay ni rastro de la vergüenza.

Pequeño descarado insolente.

—¿Y no nos presentas a tu amiga? —Ahora te meto en apuros yo.

—Ah, lo siento. Esta es Mary. —La joven tiene una nariz perfecta, dos grandes ojos claros y una sonrisa que brilla y te ilumina como el sol en verano.

Con una así el juego está perdido.

Cuando yo sonrío mis mejillas se hinchan, se vuelven más redondas y el resultado es que parezco un sapo que está aguantándose la respiración.

La hermosa joven me ofrece su mano y yo estoy tentada de meter la mía en el bolsillo.

—Encantada, Mary —y luego agrega algo que me cuesta entender en ese momento. Me toma completamente por sorpresa—. Soy la hermana de Nicolas.

*¡Es la hermana!*

*¡Ah!*

—Mary es una agente comercial en ArcPoker, una importante empresa que produce naipes. Está aquí por trabajo —dice Nicolás con un toque de orgullo fraterno.

—Siento que tengo que justificar de alguna forma la presencia con mi padre en este lugar, que no puede ser considerado uno de los primeros diez lugares turísticos que visitar en Canarias.

—Nosotros solo estamos curioseando. —Y esta sería la enésima rareza qué muestro a este tío. Por lo menos le pareceré original o, en la versión menos optimista, una psicópata.

—Sí, unos curiosos muy afortunados —interviene mi padre ostentando el botín de la victoria.

—¡Joder! —exclama Nicolas sinceramente divertido—. Es cierto que el principiante siempre tiene suerte en el juego.

Ahora estoy rezando a todos los santos para que mi padre detenga su actitud engreída en favor de la integridad de su hija, que ya ha sido fuertemente dañada, y que no revele ser en realidad un jugador vicioso y consumado que iría al casino todas las noches y se apostaría también la casa con toda su familia dentro si pudiera.

—Pues sí —le sonríe mi padre—. Pero ahora tenemos que celebrar. ¿A qué podemos invitaros?

—Un Gin Tonic para mí también, gracias. —Y mientras lo dice, Nicolas me sonríe.

—Yo solo una Coca Cola, —se apresura Mary justificándose— ya he bebido demasiado con mi hermano y para mí es casi la hora de irme a dormir. Tengo una cita mañana muy temprano y luego tengo que volver a Milán.

—Mi hermanita está muy liada. —Nicolás acaricia bromista la mejilla de Mary. Pero no me pintes como el hermano mayor que te lleva por el mal camino.

—Perdona, no quería hacerte quedar mal. Créeme Caterina, Nicolas es genial, no te confundas por las apariencias.

—¿Qué apariencias, Mary? —Ahora en la ironía de Nicolas hay un poco de incomodidad, que no puedo evitar disfrutar.

Pero una mirada entre ellos es suficiente para que Mary cambie completamente su versión. De hecho, levanta las manos y se retracta descaradamente.

—¿Qué malas apariencias? Ninguna, lo juro. Nunca lo habría

dicho.

Y después de esta divertida escena llena de amenazas subliminales y una ley del silencio demasiado evidente, comienzan a reír juntos, involucrando también a mi padre y a mí.

Casi envidio su complicidad. Tienen una relación real y sana. La mía con mi padre, a mis treinta años, está todavía sin construir.

Creo que mi padre también ha reflexionado sobre esto porque mientras cogemos nuestras bebidas en la barra, levanta su copa hacia arriba y propone un brindis: "¡Por las bonitas y auténticas noches en familia!".

Creo que el adjetivo "auténtico" no lo ha encontrado por casualidad en su diccionario.

—Por nosotros, papá.

Nicolas y Mary chocan sus copas con las nuestras.

Después de un rato Mary se baja de su taburete y nos dice que ha sido un placer, pero que definitivamente se tiene que ir a descansar.

—Mañana me espera un día realmente ocupado. —Luego se vuelve hacia su hermano—: Nicolas, tú quédate. No hay ninguna necesidad de que me acompañes. Pido un taxi y voy directa al hotel.

*¿Qué? ¡No, en realidad no hay ninguna necesidad de que se quede!*

—Vale —Nicolas pronuncia esta triste palabra. Y mientras Mary se va, yo estoy a punto de morir previendo una noche surrealista con este tío, con el cual casi me acosté, y mi padre, con el cual (está bien, lo admito, me estoy divirtiendo), pero que, sin embargo, sigue siendo un bala perdida.

Los tres nos miramos y yo no tengo el valor de pronunciar ni una sola sílaba. Creo que me haré la muda, como si fuera una monja de clausura en penitencia. Porque, claro, algo tengo que haber hecho en otra vida para merecer todo esto, ¿no?

Habré sido una sádica asesina en serie, yo que sé.

Mi padre rompe el silencio.

—¿Otra ronda?

—Claro que sí, pero esta vez invito yo, señor.

—¿Pero qué señor? Al señor lo encuentras en la iglesia. Yo soy Maurizio.

—Está bien, Maurizio, pero pago yo.

—Está bien, chico, te dejo solo porque después me toca a mí.

—Vale. —Y se intercambian palmaditas en la espalda, cuando mi padre a Marco ni siquiera le daba el apretón de manos cuando le veía en los días señalados.

Mientras asisto a este pequeño y simpático teatrillo lleno de cariño y cumplidos, como si fueran dos viejos amigos del cole, me convenzo de que solo tengo una oportunidad de sobrevivir: beberme

todo el bar hasta la última gota de ginebra. *Así que no me importa quién de los dos paga.*

—Otro Gin Tonic, gracias.

A la cuarta ronda puedo declarar oficialmente que estoy completamente borracha.

Y doy gracias a dios, porque es la única manera de aguantar a estos dos juntos. Están tan unidos que parecen padre e hijo.

—¿A dónde vamos a darlo todo ahora, chico? —Mi padre da otra palmada cariñosa en la espalda de Nicolas.

—Hay un pequeño local de sudamericanos aquí cerca, se llama la Pequeña Habana —sugiere.

—Pero no creo que sea un buen momento, es tarde —río histéricamente, un poco por la propuesta absurda, un poco por el alcohol que tengo en el cuerpo.

—Vamos Cat —se queja el hombre que ahora se ha convertido en el mejor amigo de mi padre—, será divertido.

—Por supuesto que lo será. Venga, Caterina, que la noche sigue siendo joven —confirma mi padre. La idea, como era de esperar, le ha encantado.

Estoy entre la espada y la pared. Ahora o hago la aguafiestas o me entrego a la asociación criminal que se ha formado delante de mis ojos.

Cojo mi cóctel de la barra y lo bebo todo de un trago. "Está bien".

*Entramos en una realidad paralela y vamos de fiesta todos juntos. ¿Qué podría pasar?*

Salimos a la calle, paseamos un poco y llegamos a la puerta del club. Dos hombres enormes de piel oscura están a los lados de la entrada.

Nicolas acerca su boca a mi oreja y murmulla: "Tranquila, me encargaré de defenderte".

El susurro de su voz me pone la piel de gallina.

Me envuelve con su brazo y una mano osada desciende sobre mis caderas hasta que llega atrevida hasta... ¡Mi culo!

*¡Eh!*

—¿Pero te has vuelto loco? Te recuerdo que está mi padre.

Nicolas señala con el índice a Maurizio que está avanzado en la cola y está haciendo el payaso con un pequeño grupo de señoras que, por las marcadas curvas y las risas alegres que tienen, creo que son colombianas.

—Tu padre no tiene ningún problema, ¿porque deberías tenerlo tú? —me pregunta con ese aire de pillo.

*Porque...*

*¡No sé!*

*¿Por qué?*

Levanto las manos hacia el cielo sin responder, emito un gruñido exasperado y le empujo hacia la entrada.

Le escucho reír divertido, el cabrón es consciente de que me ha callado.

Estamos dentro.

El lugar no es muy grande y está lleno de almas nocturnas. Un aroma dulce de ron y sudor nos da la bienvenida. Las luces son tenues, la iluminación es como de un sótano. El lugar dónde te esconderías para hacer las cosas que estoy viendo. Hombres y mujeres envueltos en música sensual que habla de amor, sufrimiento y romanticismo conmovedor, se acarician en bailes prohibidos.

Algunos en un abrazo silencioso y lento, otros haciendo piruetas coreográficas. Todos parecen saber lo que están haciendo. No sé si su sinuosidad es debida a que realmente saben bailar o a otro tipo de experiencias, ya que su baile consiste en emular una relación sexual real y al verlos me pongo en alerta, porque la idea de estar dentro de una pseudo orgía en compañía de mi padre y Nicolas no me gusta en absoluto.

Pero la única que se siente incómoda aquí soy yo porque mi padre con mucha desenvoltura me señala la barra. Quiere seguir bebiendo.

—Papááááá, graciaaaaaas, ahora mismo no quiero nada —grito para que me oiga por encima de la música a todo volumen.

Nicolas también declina con un gesto y mi padre se dirige hacia la barra al otro lado del local, dejándonos solos en mitad de la pista.

En ese momento Nicolas me agarra de la mano y me hace dar una vuelta delante de él con gesto seguro.

Estoy frente a él.

—¿Qué demonios estás haciendo? —grito en respuesta, asombrada.

—¡Que empiece el baile! —Y me guiña un ojo con su actitud de canalla.

Estoy a punto de darle una patada en la espinilla cuando me toca sin pedir permiso. Sus manos se posan sobre mi cadera y recorren mi espalda como si estuviéramos en un mundo alternativo, solo nuestro. No me da tiempo a razonar, a acostumbrarme a la idea de tenerlo tan cerca de mí.

Percibo de nuevo su perfume, es afrodisíaco, sube y me llega a la cabeza como una sustancia estupefaciente y el Santo Grial allá abajo hormiguea completamente drogado.

Nicolas comienza a moverse al ritmo de la música.

Mis neuronas borrachas son prisioneras del lívido. Han sido amordazadas y sedadas por el alcohol. No reaccionan, están aturdidas.

Y yo ya no tengo frenos inhibitorios. Siento la cabeza muy ligera, sin el peso de los miedos y paranoias varias. Trato de resistir en nombre del sentido común y del pudor, pero me siento líquida, creo que estoy hecha de Gin Tonic y sueños obscenos. Él se acerca más y yo me dejo tocar. Siento el corazón que late. Mi temperatura corporal está aumentando peligrosamente. Me arde la piel.

Me tira del borde de mis vaqueros. Me estremezco cuando la punta de sus dedos sobrepasa el borde. No hay espacio ni para un soplo de aire entre nosotros. Me muevo frente a él, perdida en la música y el deseo. Estamos aislados en una burbuja transparente.

—Te tienes que relajar un poco. —Tiene una voz ronca y convincente, muy convincente—. Tienes que dejarte llevar y seguir la música. —Me obliga a mover la cadera junto a la suya.

Estamos unidos. Demasiado. Me toca la nuca con los dedos, inclino la cabeza hacia sus labios. Mi respiración es jadeante. La suya es áspera e irregular. A estas alturas ya hemos superado ampliamente el umbral de la química inicial. Estamos súper coordinados. Y, además, estamos súper excitados. Y sobre todo en su caso es muy evidente. Sin duda *se* nota que está *muy* contento de bailar conmigo.

Sus manos suben y bajan por mi espalda, luego descienden para aventurarse de nuevo hacia el final. Más que tocarlo esta vez lo rozan y esto literalmente me está volviendo loca. Su cabeza se curva sobre mí y encuentra un lugar entre mi clavícula y mi cuello. Su respiro caliente me hace cosquillas en el lóbulo de la oreja, la cual ahora puedo decir con seguridad que es una de las zonas más erógenas del cuerpo. Su pecho se restriega con mis pezones que se han endurecido. En esta situación, que definir como chocante me parece un eufemismo, en mi cerebro se ha liberado una neurona y recuerdo que mi padre está a pocos metros de nosotros mientras que hacemos *petting* en medio del local, disimulando patéticamente con un baile. Pero para Nicolas todo esto no es suficiente y me susurra: —¿Vamos al baño?.

Me agarra de la mano con firmeza, como si fuera un policía que me va a detener a la fuerza, y me arrastra hacia los servicios.

Afortunadamente, un grupo de personas nos bloquea el paso. Una pelea acaba de estallar cerca del bar. Joder, parece que están volando palabrotas. Me pongo de puntillas para ver lo que está pasando, pero hay demasiada gente.

Nicolas trata de hacerse hueco y yo le sigo, enganchada de su mano, que ahora agarro con fuerza. Logramos superar a dos personas que nos impiden ver. Por fin yo también puedo ver lo que está

sucediendo.

Y casi me da un infarto.

—¡Papá! —Tartamudeo mientras siento que mis piernas ceden.

Pero no hay nadie que me sostenga. Nicolás ya ha soltado mi mano y no está a mi lado: se ha lanzado a la pelea.

Ya no puedo ver. Se ha vuelto a crear una muralla humana delante de mí.

Trato de empujar y abrirme camino, pero es prácticamente imposible. Son todos demasiado altos y curiosos. Solo puedo oír un gran caos y temo que sean sonidos de puños y bofetadas lo que estoy escuchando.

De repente la puerta del local se abre y también entra el ruido de la calle. Escucho las sirenas de la policía de manera clara e inequívoca. *¡Joder!*

No me da tiempo para darme cuenta de que el problema se está convirtiendo en un desastre enorme y que los agentes están entrando en la Pequeña Habana. En poco tiempo veo a mi padre, Nicolas y otros dos tipos cogidos por el brazo de los policías.

Siento vértigos y mareo. Lo sabía, lo había dicho desde el principio, no debía confiar en esos dos. Ahora estoy subida a esa maldita montaña rusa: hace un momento entre las estrellas, saboreando el éxtasis y disfrutando de las vistas, y al momento siguiente precipitándome hacia la catástrofe.

## *Capítulo 14*

Hace casi una hora que estoy en esta sala de espera. Ya se oye el canto de los pájaros. Parecen felices de que el sol esté saliendo. Yo un poco menos.

He preguntado mil veces al policía si puedo hablar con mi padre, antes de renunciar y quedarme sobre esta fría silla en esta desolada sala de espera.

Mi padre se ha vuelto a superar a sí mismo. Como era predecible. No cambiará nunca, pero yo ya lo sabía. Lo que no sabía es que todo esto podía no importarme. Nos hemos divertido como nunca antes y tengo que darle la razón, una experiencia así no tiene precio.

Pero claro, ahí abajo el Santo Grial está indignado como poco. Se ha quedado por segunda vez con la boca seca y, si pudiera, creo que también desataría una pelea.

Incluso lo que pasó esta noche con Nicolas me ha sorprendido mucho: ¿quién habría dicho que yo sería capaz de tener sexo dentro de los baños de un turbio local con mi padre cerca? Si se lo dijera a Amanda, mi clienta trans, estaría muy orgullosa de mí.

Me dirijo a suplicar de nuevo al policía de turno cuando milagrosamente veo a mi padre. Me sonríe desde el pasillo. Un policía de aspecto severo le está devolviendo los documentos. Por fin es libre.

—Papá, ¿estás bien? —Tiene una herida en los labios y un ojo hinchado.

—Sí, cariño —me sonríe de nuevo.

—Quizás deberíamos ir a urgencias a que te echen un vistazo.

—No, qué va. No te preocupes. Vamos a casa. Estoy bien.

En ese instante me doy por vencida, también porque estoy deseando acostarme. Luego, de repente, me bloqueo.

—¿Y Nicolas?

—Nicolas debe quedarse.

—¿Por qué?

—Tiene que quedarse un rato, pero no he entendido por qué. Hace una pausa y luego agrega—: No te preocupes, he hablado con él y me ha asegurado que estaba bien y que se iría a casa sin problemas.

—Vale —digo yo no tan convencida.

Cuando abro la puerta de casa estoy muerta. Barbara sale de repente de su habitación y llega deprisa hacia nosotros.

—¿Pero qué ha pasado? —abre los ojos de par en par mirando

la cara de mi padre.

—Nada, querida, no ha pasado nada —minimiza él, agitando la mano en el aire.

—Definiría esta noche de muchas maneras, pero decir que no ha pasado nada me parece demasiado —exclamo, dejándome caer en el sofá agotada y empiezo a contarle los hechos a mi amiga.— Fuimos al casino, vimos a Nicolas, y después de habernos bebido casi todo el bar, nos propuso seguir la noche en la peor discoteca de Las Palmas. Y ahí no sé... el resto lo debe contar mi padre porque yo no he entendido nada.

—La niña estaba demasiado ocupada —bromea él.

*¿Qué? ¡Mierda, nos vio!*

—¿En qué sentido? —pregunta mi amiga con ojos rapaces.

—Nada, nada —minimizo yo también, agitando la mano en el aire.

—Mira, podría definir vuestra forma de bailar de muchas maneras, pero no podría decir que no ha pasado nada —mi vengativo padre se burla de mí.

Vale, *tocada y hundida.*

—Sin embargo, el problema es que todavía no tengo ni idea de cómo y por qué empezaste a pelear y hemos terminado todos en comisaría.

—Madre mía, Maurizio, ¿qué te han hecho? —pregunta mi ingenua Barbara.

Porque está claro como el agua del mar que mi padre tuvo que hacer una de las suyas para tener ese ojo negro.

—Pues que había una mujer muy guapa en la barra, muy simpática y estábamos hablando y riendo alegremente, solo que de repente su marido se entrometió y, tengo que decir que él era realmente desagradable, un antipático, no había forma de hacerle reír con ninguno de mis chistes.

—Hasta que reaccionó con un puñetazo en tu cara, ¿cierto? Si Nicolas no hubiera estado allí para defenderte, no sé cómo habrías terminado.

—¿Y cómo está Nicolas? —pregunta Barbara.

—No lo sé —digo con un poco de remordimiento por haberle dejado solo—. Todavía está en la comisaría. —Respiro hondo y luego añado preocupada—: ¿Tienes su número? Quizá le envio un mensaje para saber si está todo bien.

—Sí, por supuesto —exclama y busca rápidamente el número en la lista de contactos de su móvil—. Aquí está el número de tu bailarín —me sonríe burlona.

—Muchas gracias —respondo con media sonrisa—. Pero ahora vamos a la cama. Tengo que dormir.

—Sí, estoy de acuerdo cariño. —Mi padre está agotado, no han pasado ni veinticuatro horas desde su llegada y ya lo ha dado todo.

Entramos en la habitación y en unos segundos ya está roncando. Yo en cambio, no puedo conciliar el sueño, doy vueltas y más vueltas en la cama como un pez nervioso, cojo el móvil y busco el número de Nicolas. Pienso en las palabras correctas para enviarle el mensaje. Lo borro dos o tres veces y al final, agotada, me decido por un simple: "*Hola, soy Caterina, ¿todo bien?"*.

Tirada por fin en la cama me quedo por lo menos veinte minutos mirando a la pantalla esperando que aparezca una respuesta. Pero no llega y al final me quedo dormida.

Me despierto con el móvil todavía en la mano. Parece que haya pasado un minuto, pero la hora en mi teléfono me advierte de que es la una.

He dormido siete horas seguidas. Me siento en la cama para comprobar los mensajes: hay una notificación. Toco rápidamente sobre la alerta del mensaje sin leer.

Es de Nicolas. Por fin.

*"Hola Cat, estoy fuera, todo bien."*

Llegada a este punto respiro aliviada y respondo: *"Me alegro…"*, luego me bloqueo. No sé qué añadir. O mejor, sí que lo sé, pero no sé cómo decírselo. Tal vez debería preguntarle a Barbara. Si se lo digo empezará a fantasear con él y yo no estoy lista para sus continuas exhortaciones para que me exponga.

No estoy lista y punto. Por otro lado, ni siquiera puedo enviarle un mensaje así con un *'me alegro' y* 'un saludo'. Pensaría que soy una antipática o quizá una

analfabeta que no sabe escribir ni una frase completa. Pero la verdad es que odio enviar mensajes. Son complicados y, con frecuencia, se malinterpretan. Casi siempre se crean malentendidos más grandes que en una comedia teatral.

Y después de todas estas especulaciones mentales estériles y agotadoras, hago una cosa increíble. Actúo.

Le llamo. Lo estoy haciendo. He tocado el gracioso símbolo del teléfono. ¡Le estoy llamando! Uno, dos, tres, cuatro toques. Estoy a punto de colgar cuando oigo su voz.

—Caterina.

No sé si es porque ha pronunciado mi nombre en su totalidad o porque escucho por primera vez su voz por teléfono y suena súper caliente y profunda, pero por un momento dudo si hablar.

—Cat, ¿eres tú? —me pregunta en ese momento para entender si soy yo o si le ha llamado una sordomuda.

—Hola, Nicolas, ¿cómo estás? —pregunto todo seguido.

Le escucho reír.

—Estoy bien. ¿Y tú?

—Bien, gracias. —La educación exagerada esconde la vergüenza más desesperada.

—¿Y cómo está tu padre?

—Está bien. —Y me doy cuenta de que él no está en su habitación—. Perdón por no haberte esperado en la comisaría, espero que esta historia no te traiga consecuencias.

Le escucho suspirar: —Tranquila, sin consecuencias.

Pero no me convence.

—¿Seguro?

—No te preocupes, mi pequeña Cat —me asegura al recuperar su característico tono burlón. — Perdona, pero ahora tengo que colgar.

—Sí claro, de hecho perdona si te he molestado, solo quería asegurarme de que no te hubieras metido en problemas —me justifico rápidamente.

—¿Te pongo nerviosa? —Lo escucho reír abiertamente. ¡Se está burlando de mí! Luego me devuelve un poco de dignidad. — Cat lo siento, no quería colgarte tan rápido, es que tengo una cita de trabajo importante y ya voy muy tarde. Te aseguro que estoy bien. —Hace una pausa y luego añade—: Lo siento.

—No te preocupes... Solo has defendido a mi padre…

—No lo digo por la pelea.

*¿Ah no?*

—Lo siento por lo que tuvimos que dejar a mitad.

Su voz ronca, la lengua que desliza las palabras lentamente, puedo ver sus labios que se curvan con malicia.

Este hombre quiere que muera a los treinta, lo sé. Me deja sin aliento. Y sin palabras.

—Hasta pronto, Cat.

—Vale —consigo decir.

Y colgamos.

Suerte que estoy en la cama, si no me caería de tanto que me tiemblan las piernas. Decir que este hombre me confunde es un eufemismo. De hecho, de esta llamada solo me ha quedado claro que la próxima vez nos conoceremos bíblicamente y el Santo Grial ahí abajo está deseando. Aparte de eso no me he enterado de nada. ¿Por qué se ha tenido que quedar en la comisaría? No ha dado detalles. No entiendo. Está claro que no me lo quería contar.

Echo un vistazo de nuevo al móvil y me doy cuenta de que en el número italiano hay dos mensajes. Uno es de mi madre y el otro no me lo puedo creer... ¡Es de Marco!

*“Hola Caterina, ¿cómo estás? ¿Todo bien?”*

La primera reacción es de completo asombro. Me quedo de piedra. No sé nada de él desde hace siete meses y ahora me envía este mensaje preguntándome cómo estoy, como un viejo amigo que por casualidad se ha acordado de mí.

Luego me río de su evidente banalidad y me sorprendo a mí misma porque no me imaginaba que me diera tan igual, así que lo dejo sin contestar, como el saludo banal de alguien que puede esperar tranquilamente una respuesta.

Sigo y leo el de mi madre: *"¿Mi amor cómo estás? ¿Cómo se está portando tu padre?"*.

*Me hace gracia. Muy bien como siempre, mamá*. Sigo leyendo el resto que me deja anonadada. *"Llámame cuando puedas, es mejor que hablemos por teléfono."*

La llamo enseguida.

—Hola mi amor, ¿cómo estás? —responde de inmediato.

—Bien, mamá ¿y tú?

—Muy bien, cariño. ¿Y tu padre? ¿Cómo se está portando?

—Bien, está bien —miento descaradamente. No me apetece nada iniciar un debate sobre "el caso Maurizio", ya ampliamente debatido por mi madre en todos sus detalles.

Me interesa mucho más saber qué es lo que tiene que decirme por teléfono.

—¿De qué querías hablarme? —le pregunto, yendo directamente al grano.

—Ah, sí, es verdad. —Hace una pausa, parece estar buscando las palabras correctas y esto me pone más ansiosa. Pero soy demasiado ilusa si espero que la palabrería de mi madre le permita llegar de inmediato al grano del asunto.

De hecho, comienza con su 'érase una vez'—. Quería decirte que me ha contado Cinzia, ¿te acuerdas? La peluquera de Carla, la madre de Marco.

—Sinceramente no. —Trato de tener paciencia.

—Sí, esa que tenía problemas con su hijo, ¿cómo se llamaba? Ah sí, Giovanni. ¿Te acuerdas que tenía problemas con matemáticas? Y que yo le di el número de tu tío que le daba clases particulares.

—No, no me acuerdo. —Mamá, por favor. No me importa un pepino ni Giovanni ni su madre la peluquera. Pero ella sigue impasible.

—Aunque luego la cabrona iba diciendo que tu tío era un poco caro. Pero no dice que si el tonto de su hijo aprobó el examen con la nota más alta fue gracias a él. Me pregunto por qué sigo yendo a peinarme allí. Pero ya sabes, peina bien y una vez que me cambié de peluquera porque me la recomendó tu tía Pina me hicieron un desastre...

Ya está, no puedo más. ¿Por qué estamos hablando de las habilidades profesionales de esta tía? ¿Qué me importa su hijo y su carrera escolar?

—Mamá, ¿quieres ir al grano, por favor?

—Sí, sí, no te enfades. La cuestión es que Cinzia, la peluquera, me dijo que Marco se ha dejado con la novia. Se lo dijo su madre. Se ha quedado solo.

Mi primer pensamiento puede definirse como metafísico. Una iluminación trascendental. Una confirmación de la tesis de Santo Tomás de Aquino. ¡Dios existe! Y aquí está la prueba.

Entonces me viene a la mente su mensaje. Ahora entiendo su interés después de siete meses de completo silencio. Maldito traidor.

—¿Crees que se ha arrepentido? —especula mi madre.

—No lo sé —respondo con un suspiro agotado. Luego por error le doy informaciones para su investigación—. Me acaba de enviar un mensaje.

—¿En serio? ¿Y qué te ha dicho? —Puedo ver sus ojos guiñándose concentrados.

—Nada, solo me ha preguntado cómo estoy.

—¿Y tú qué le has dicho?

—Nada, no le he respondido.

—Has hecho bien, es mejor hablar de estas cosas en persona. Tienes que volver lo antes posible, hija mía.

—¿Por qué?

—Porque te arriesgas a que la perra esa piense de nuevo en él y lo quiera de nuevo.

*¡Y qué me importa!*

—No voy a hacer nada de eso.

—¿Cómo? Pero, ¿qué dices? Pensaba que querías volver con tu marido.

—Mamá, aquí tengo un trabajo, una vida. —*Un chico que me ha prometido sexo salvaje*—. No voy a volver corriendo solo porque Marco se ha dejado con su ninfómana.

—Pero yo creía que la vida que siempre habías querido estaba aquí con él, en Bolonia. No querrás quedarte allí para siempre, ¿no?

—¿Por qué no, mamá?

—Porque pensaba que este viaje terminaría antes o después, mi amor. Hiciste muy bien en ir a Canarias. Fue el paso correcto con Marco, pero ahora creo que tendrías que volver y perdonarle, ¿no crees?

No, no lo creo. De hecho, no lo pienso en absoluto. Me he creado una nueva realidad en esta isla, yo sola, con mis propias fuerzas y ahora siento que tengo que defenderla.

—Mamá, quizás quedarme a vivir en Canarias no fue solo por

Marco. Lo hice también por mí misma. Vivo bien en Canarias, tengo amigos, una vida, un trabajo.

*Y también al famoso chico que quiere acostarse conmigo en la cama o en el baño, o donde él quiera.*

—Ah, eso ¿en qué estás trabajando? Que cada vez que me lo preguntan no sé qué contestar. No lo entendí muy bien, ¿sabes?

Oh no, esta sí que no soy capaz de afrontarla. Sería capaz de venir aquí ella misma a recogerme diciendo que me estoy convirtiendo en la digna hija de mi padre, ya lo sé.

—Ya te lo he dicho: trabajo en una agencia de publicidad que vende espacios publicitarios para páginas de Internet.

—Bueno, para mí estas cosas de Internet siguen siendo un misterio. De todas maneras, mi amor, haz lo que quieras, pero como madre tengo que decirte algo, es por tu felicidad: si valen la pena a veces hay que perdonar a los hombres. Yo he perdonado a tu padre tantas veces que he perdido la cuenta...

—Y siempre te has arrepentido —agrego con una pizca de sarcasmo.

—Cariño, Marco no es como tu padre. Cometió un error, pero estoy segura de que si lo perdonas aún puedes crear con él la hermosa familia que siempre has soñado.

—Está bien, mamá, lo pensaré —digo sin querer y suspiro exhausta—. Pero ahora de verdad tengo que irme.

—Está bien, tesoro, un beso y saluda también al desgraciado de tu padre que, aunque me lo estés ocultando, sé perfectamente que estará haciendo de todo, le conozco demasiado bien.

Me sale una carcajada.

—Adiós mamá, un beso.

Me quedo en la cama todavía perpleja, aún estoy asimilando toda la información recibida cuando se abre la puerta de la habitación y aparece mi padre.

—¡Buenos días! —Me sonríe con entusiasmo y con la cara hinchada. Lleva en la mano una bandeja con una humeante taza de café y una montaña de dulces. —Amor, acabo de descubrir la pastelería de abajo. Sus cruasanes son una droga, yo ya me he comido tres.

Intento sonreír, pero no me sale bien.

—Caterina, ¿qué te pasa? ¿Has recibido malas noticias? —Se preocupa mirando el móvil que aún mantengo en la mano.

—No, era mamá.

—Entiendo —exclama resignado como un niño que sabe que está a punto le regañen.

—Estábamos hablando de Marco —le digo—, *no de ti.*

—¿Y por qué? ¿Qué quiere ahora? —recupera su espíritu

atrevido.

—Parece que mamá ha descubierto que ahora se ha quedado solo y quiere que vuelva a Bolonia para reconquistarlo.

—¿Y tú?

—¿Y yo qué? —Me tomo mi tiempo a pesar de que he entendido perfectamente lo que me está preguntando.

—¿Qué quieres tú? —La pregunta suena sin ninguna influencia u opinión posible: es directa y transparente.

Y yo con total sinceridad respondo—: No sé, estoy muy confundida.

—Es normal —trata de tranquilizarme.

—No sé, tengo miedo de equivocarme, —me desahogo— me gustaría saber qué es lo correcto.

—Entiendo —me sonríe con comprensión.

—Por un lado, me gustaría matarle por lo que hizo, pero por otro lado siempre he pensado que Marco y yo estábamos hechos el uno para el otro… —Tomo una pausa y me apresuro a añadir—: Desafortunadamente.

—¿Por qué estabas tan convencida? —se aventura a preguntar.

—No lo sé, tal vez porque pensé que teníamos los mismos miedos, las mismas actitudes de defensa hacia la vida —respondo con amargura.

—¿Crees que la vida puede hacerte daño? —Hay asombro en su pregunta.

—Sí— respondo seca.

—¿Por qué? —Y ahora también añade una pizca de desesperación.

—Porque yo no soy fuerte, papá —confieso y luego añado—: No soy como tú.

—¿Me ves fuerte? —dice con ternura.

—Sí.

—Pero mi amor, no lo soy en absoluto. No soy fuerte. Solo estoy enamorado.

—¿De quién? —Ahora mi atención está sazonada con una pizca de celos.

—De la vida, Caterina. Debemos amar la vida, mi amor. —Se sienta en la cama conmigo y me mira directamente a los ojos—. Espero firmemente, como todos los padres, que seas feliz. Pero a menudo la felicidad se confunde con la estabilidad y la serenidad. Queremos para nuestros hijos un matrimonio, un trabajo seguro e hijos sanos. Pero el amor es la verdadera felicidad que te deseo, hija mía. Quiero que siempre estés enamorada, desvergonzada, apasionada, incluso cayéndote y haciéndote daño. No me importa si te haces daño. No hay nada de malo en caer. De hecho, será todavía más

bonito todo lo que vivirás después. Más intenso. Créeme, una vida tranquila y estable nunca te dará esto. Y con esto no quiero convencerte de que Marco no es la elección correcta. Porque si crees que lo amas, ve, lánzate, a quién le importa si te traicionó. Todos cometemos errores. Todos tenemos nuestro lado oscuro y seguro que siempre puedes solucionar un error. Pero por favor, no elijas a Marco solo porque crees que él es la solución más cómoda.

Me dice con tal énfasis y entusiasmo que sólo puedo responder:
—Está bien, papá.

—Me gusta ese Nicolas, ¿sabes? —añade.

—Sí, me he dado cuenta —sonrío—. Creo que a mí también me gusta mucho.

Me da una palmadita en la espalda y me ofrece el cruasán.

—¿Pero al menos a tu padre le vas a contar en qué trabajas? —Cambia de tema, después de todo él me conoce mejor de lo que creo.

—Trabajo para una agencia de publicidad —murmullo mientras picoteo el cruasán— que vende anuncios para escorts y masajistas.

Mi padre explota a carcajadas.

—¡Qué maravilla! Así que ahora le pasarás el número de las mejores a tu papito, ¿verdad?

Mi padre es incorregible, pero su reacción me hace gracia.

Es un hombre lleno de defectos, pero estoy aprendiendo que es por estas grietas por donde irradia su luz, que me calienta y me hace sentir bien.

# *Capítulo 15*

Barbara me ha prestado de nuevo su coche para llevar a mi padre al aeropuerto. Está sentado a mi lado otra vez con un puro en los labios. Realmente parece que haya pasado un segundo desde su llegada. Su semana en Gran Canaria ha pasado volando. Tengo que admitir que ahora me da pena. Hemos estado muy bien. Aparte de la intensidad del primer día, el resto de las vacaciones han pasado sin problemas. Ningún desastre. Los días han pasado con un ritmo continuo y constante y todo transcurría en la armonía que solo la rutina puede crear. De día yo trabajaba y él disfrutaba del sol y la playa y por la noche salíamos a cenar siempre fuera, terminando el día con largas caminatas por el paseo marítimo. Barbara se ha unido con frecuencia. Lo extraño es que a las once en punto, precisa como un reloj suizo, se volatilizaba. Desaparecía como en el cuento de Cenicienta, pero sin dejar ningún zapato.

Creo que esa hora no está dictada por un hechizo mágico, sino que coincide con el final del turno de un tal Sebastian. Un nuevo chico misterioso, del cual solo sé el nombre. Pero esta vez mi amiga debe estar muy enganchada porque, aunque ella ya es entusiasta por naturaleza, últimamente está radiante.

De mi vida sentimental, en cambio, mejor ni hablar. Va de mal en peor.

Nicolas ha desaparecido. Ni un mensaje, ni una llamada, ni un toque por error. Silencio total. En compensación, he sido bombardeada toda la semana por mensajes de Marco. Me ha mandado todos los santos días uno, o incluso dos, cuando quizá se sentía más combativo.

A estas alturas creo que también se ha quedado sin munición mental y reutiliza siempre los mismos mensajes. No puedo estar segura porque los borré todos, incluso antes de abrirlos. Pero al inicio, cuando todavía los leía, me parecían de una monotonía aterradora.

*"Caterina, lo sé, nos hemos equivocado, pero creo que ahora podríamos darnos una oportunidad."*

*"Las cosas se pueden arreglar si queremos."*

*"Todavía podríamos ser una hermosa pareja y construir juntos nuestra vida."*

Puf, qué empalago.

Típico de Marco. Del cobarde que es. Ni una palabra sobre su traición o para analizar las causas que nos llevaron a todo esto. No, ni en sueños. Está claro que está aterrorizado por su futuro ahora que se

encuentra solo y lo único en que piensa es en encontrar su bote de rescate, que ha bautizado 'Caterina' con un champán ya abierto y sin gas.

—¿Qué pasa cariño? Te veo ausente.

—Lo siento, papá, estoy pensativa.

—¿Problemas? ¿Todavía con la historia de Marco? —me pregunta mi padre perspicaz.

—Bueno, sí —admito—. Nicolás está desaparecido —confieso —. ¿Crees que se ha ofendido porque le dejamos solo en comisaría?

—No, querida, no creo que sea esa clase de persona.

—Sí, él es diferente —le digo con un toque de perplejidad.

—Pero me parece que te gusta mucho —insiste.

—Sí —digo con una sonrisa amarga—. Es un hombre que tiene muchos intereses, es brillante, lleno de vida...

—Pero no es como Marco —murmura, llegando al grano antes que yo.

—No. —Inclino la cabeza hacia abajo—. Papa, sería una mentirosa si dijera que eso no me asusta.

—Ya, Caterina, pero mirando hacia atrás uno se arriesga siempre a golpearse y hacerse daño. Mi niña, eres una chica inteligente, con un potencial que ni siquiera te imaginas. Créeme, no lo desperdicies por miedo a seguir adelante con tu vida.

—El problema es que frente a mí veo el vacío y sabes que el vacío me da vértigo.

—En mi opinión, en realidad, tienes una buena vista frente a ti, pero tus náuseas te impiden concentrarte en los pectorales de ese niño —rompe a reír.

—¡Papá! —grito mientras mis mejillas se sonrojan.

—Que estoy de broma y no te preocupes, verás que te llama pronto, justo porque no solo es guapo, sino que también es inteligente, ya verás.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Porque tú eres mi hija —dice y me guiña un ojo—, y la sangre no miente.

Aparco el coche, aunque mi padre insiste para que no le acompañe hasta el interior, pero yo quiero, e invierto cinco euros de aparcamiento para despedir a mi padre como deseo.

El aeropuerto de Gran Canaria no es muy grande y llegamos casi inmediatamente frente al mostrador de facturación. No puedo pasar sin tarjeta de embarque. Es la hora de despedirnos. Él se da la vuelta y abre sus fuertes brazos hacia mí.

—Lo hemos pasado bien, ¿verdad? —me pregunta, al parecer con un poco de ansiedad por saber si yo también he estado bien.

—Sí, papá —le sonrío y esta vez me dejo estrujar un poco más

sin quejarme. Se gira rápidamente y con un gesto le veo llevando su mano sobre su mejilla para esconder una fuerte emoción.

Salgo por las puertas corredizas con un nudo en la garganta. Las despedidas son siempre difíciles. Incluso para los que se quedan. En el coche trato de distraerme y animarme con algo de música. Llego a casa cantando todavía la canción en mi cabeza, cuando escucho otro sonido que me advierte de un mensaje.

Otra vez Marco.

No sé por qué, pero esta vez decido leerlo.

*“Caterina, sabes perfectamente que nos necesitamos el uno al otro. Por favor, no huyas. Solo te harías daño a ti misma.”*

Siento que la ira aumenta. Creo que las palabras de mi padre están haciendo efecto como una medicina milagrosa. Pero ¿cómo se atreve? Estúpido arrogante. Está convencido de que yo sea tan obvia. Y luego me sorprendo. Hago una cosa que nunca he hecho en mi vida. Lo bloqueo y lo borro. ¡Se acabó!

Es increíble, pero lo he hecho. Yo, que nunca he sido capaz de excluir a nadie de mis contactos. Yo, que no puedo sacar a nadie de mi vida por mi propia voluntad. Yo, que todavía aguanto unos treinta mensajes de felicitación del grupo de primaria los días de los varios cumpleaños de personas que no he visto en más de veinte años. He cortado por lo sano. Problema resuelto. Estoy orgullosa de mí misma. He sido fuerte. Y ahora estoy más tranquila. Sin remordimientos ni dudas. Increíble.

Luego recibo otro mensaje.

*“Estoy en el avión. Estoy a punto de despegar. Mi amor, gracias por todo.”*

*“No, gracias a ti, papá. De verdad.”*

Es extraño, siento una verdadera gratitud que me sube desde el vientre. Una sensación de libertad que viene de las profundidades, desde mis raíces.

Sí, tal vez en mi ADN también hay algo tuyo, papá. Es cierto, soy tu hija, afortunadamente.

# *Capítulo 16*

“*Nuevo, nuevo, nuevo… me dejo tucar y besar por todas partes, puedes lamer mi chochito mogado y yo chiupo tus uevos, xupo la poya y mucha, mucha lluvia dorada*”.

—¿Pero qué diablos es la lluvia dorada? —comento en voz alta.

—Es el pis, Caterina —me responde Francisco, riendo de su mesa.

—No me lo puedo creer.

—Por lo menos lo ha escrito con doble ‘l’. —Federica llega por detrás de mí. Tiene un café en la mano. Es capaz de renunciar incluso a una pausa para dar lecciones—. De todos modos, Caterina, no te escandalices. Es algo natural.

—Bueno, perdóname, Fede, pero no encuentro nada natural en orinar sobre una persona —discrepo.

—En la naturaleza, la jirafa macho, cuando elige una pareja para aparearse, saborea primero su orina. Si le gusta salta sobre ella y se vuelve loco. Y te diré algo más, algunos ejemplares de papagayos, antes del apareamiento, se vomitan el uno al otro. De modo que la lluvia dorada es solo una característica de apareamiento de nuestra parte animal.

Me pregunto si algún día nos pondrá también un examen con todas estas nociones que nos enseña.

—Entiendo, pero aun así me parece asqueroso.

—¿Tú y tu amiga sabéis algo de Nicolas? —Federica me pregunta directa como siempre.

— No, ¿por qué? —Pregunto nerviosa. No le estoy mintiendo, porque Nicolas no ha vuelto a dar señales de vida. Se ha volatilizado. Quizás ha preferido en lugar del mío, un cuerpo celeste con un campo gravitacional tan intenso donde ni la materia ni la radiación electromagnética escapen.

—Le vi la semana pasada. Me presentó a su hermana —dice Federica, alardeando de una intimidad que ya me pone de los nervios.

Muy bien, Nicolas, siempre jugando a dos bandas.

—Y luego desapareció.

*¡Bienvenida al club!*

—No, no lo he visto, lo siento. —*En realidad, no me importa en absoluto, bruja fea.*

—Está bien —dice con firmeza—, llamará.

—Seguro —murmuro sin quitar los ojos de la pantalla de mi

ordenador. Cuando ella se aleja, dejo caer la cabeza con un suspiro. Miro mi móvil y por primera vez me surge la gran duda. Tengo una sensación de remordimiento en el estómago y me pregunto, entre los varios ardores, si hice bien en bloquear el número de Marco, en no contestar a sus mensajes, en ni siquiera escucharle.

Abro mi agenda, que me avisa que Amanda vuelve hoy de Bahía. La llamo.

—Hola. ¿Quién es?

—Hola Amanda, soy Caterina.

—Mi niña linda, ¿cómo estás?

—Bien, gracias —miento—. ¿Y tú qué tal las vacaciones?

—Muy bien mi reina, mi Bahía es un encanto y ya echo de menos a mi hermana —dice con una pizca de nostalgia en su voz profunda.

—Debe ser bonito tener hermanos, desafortunadamente yo soy hija única.

—Oh, sí, es una cosa bonita, cari, y Abigail y yo somos gemelas.

Guau, imaginarme a otra Amanda en la misma familia me resulta difícil.

—¿Cómo te va a ti, cariño, con tu novio?

—¿Qué novio?

—El pobrecito ese al que mortificaste con tu llanto histérico.

*¿Ahora él es el pobrecito y yo la histérica?*

—El pobrecito desapareció hace días —respondo nerviosa.

—¿Le ha pasado algo?

—Nada. Bueno, solo... —Miro a mi alrededor para comprobar la presencia de oídos indiscretos y luego continúo—: Salimos juntos de fiesta, estábamos casi a punto de concluir cuando de repente empezó una pelea en el local y mi padre estaba involucrado. Los llevaron a la comisaría, a mi padre lo liberaron después de un par de horas, mientras que él se tuvo que quedar un poco más. Yo me fui, pero le llamé más tarde para saber cómo estaba. Me dijo que estaba bien, que le habían dejado en libertad y que no me preocupara y luego desapareció. *¿Todo claro?*

—Y porque no había pasado nada, cari — ríe de corazón Amanda.

—¿Tú qué dices?¿Volverá a llamarme?

—¿Por qué no? —Parece que Amanda esté reflexionando sobre la respuesta.

—Tal vez tiene miedo de meterse en una familia de locos, qué sé yo, o quizá se haya ofendido porque le abandoné en la comisaría o tal vez porque es un asqueroso de poca confianza que quiere hacer el mujeriego incluso con mi compañera de trabajo —digo desesperada.

—Caterina —pronuncia mi nombre de manera solemne—, ¿tú sabes por qué hay tantísimos hombres, muchos más de los que la gente piensa, que les gustan los trans?

*Pero, ¿qué pregunta es esa?*

— No lo sé, tal vez porque todos son gays pero no quieren admitirlo —intento responder confundida.

—No, no te dejes engañar por la vieja historia de la homosexualidad latente, bombón. Los hombres van de trans porque ellos saben bien lo que quiere el amiguito ahí abajo. —Luego hace una pausa y me pregunta con voz calmada—: Y dime querida, ¿cómo te va con los BB?

—¿Qué?

—Sexo oral, felación, mamada. Porque solo si sabes hacer mamadas espectaculares derrotarás a todas las rivales.

—Imagínate… Amanda, olvídalo, con una como Federica, la compañera en cuestión, ya he perdido desde el principio.

—Escucha a la tía Amanda: nadie nace sabiendo, apúntate estos enlaces y échale un vistazo a los tutoriales.

*¿Tutoriales para mamadas?*

— Te aconsejo que empieces con el básico y luego sigas con el caribeño.

*¡Caribeño!*

—No te dejes impresionar por el nombre, lo han aprendido muy bien también las copionas de las chinas. Tú también puedes hacerlo, solo tienes que intentarlo. Y luego, mi amor, deshazte de esta actitud indecisa e insegura. Tienes que demostrar que eres tú la que manda, si no… —Escucho el ruido de las cuerdas en el suelo—. ¡Latigazos! ¿Entendido?

—Gracias, Amanda. —Me llevo la mano a la frente desconsolada, luego recupero la profesionalidad y le pregunto—: ¿Quieres empezar de nuevo con la publicidad?

—Claro que sí. He vuelto. Será mejor que mis compañeras putitas escapen.

Ojalá tuviera su determinación.

—Perfecto, Caterina, ahora me tengo que despedir porque voy a recoger mi nuevo *Cock and Ball.*

—¿Y eso qué es?

—Es un gracioso *triturahuevos,* ¡al comendador le vuelve loco!

*¿Por qué le habré preguntado?*

—Mucha suerte, churri, y no te olvides de los tutoriales.

Salgo de la oficina y está atardeciendo. Decido dar un paseo más largo y pasar por la playa. El final del día visto desde aquí es verdaderamente un espectáculo de la naturaleza. En el horizonte el

cielo comienza a teñirse de rojo. Es el aviso de que el espectáculo está a punto de comenzar. Angélicos técnicos de las luces ya están listos desde su alta posición nebulosa. Un rayo vaporoso perfora el cielo y se proyecta en el centro del océano como un ojo celestial. El artista principal brilla resplandeciente. Imperturbable en su postura de estrella continúa inmóvil mientras alrededor se desarrolla el gran teatro. Las montañas están ardiendo de pasión y las nubes temerosas huyen de aquí para allá para no involucrarse. Se mezclan y se separan. Parece un baile. Pero la intensidad de la luz es cada vez más fuerte y las nubes más cercanas están comprometidas quieran o no. Y así se tiñen de rosa, de púrpura, de rojo, cambiando por el fervor de la luz. Lo único que pueden hacer es esperar a que la oscuridad las esconda y esperar no sufrir demasiado.

La gente desde la platea del paseo marítimo se maravilla con la escena, sacan fotos o admiran en respetuoso silencio.

No hay más que decir: los espectáculos de la naturaleza tienen siempre un gran éxito.

Me pregunto si soy como esas nubes allá arriba, si me he dejado cegar por la abrumadora intensidad de Nicolas y ahora estoy pagando inevitablemente las consecuencias yo también.

El móvil vibra en el bolso, hay dos mensajes, uno de mamá y el otro de papá.

*“Niña de mamá, Marco me ha llamado, dice que está desesperado porque no respondes a sus mensajes, ¿todo bien?”*

*“Tesoro mío, ¿cómo va con Nicolas? Salúdale de mi parte y diviértete con él, por favor.”*

—Ah —emito un gruñido de desesperación y me llevo las manos a la cabeza. ¿Qué demonios debo hacer? Dejadme en paz, ¡por favor!

Como si no fuera suficiente, el teléfono empieza a sonar. Respondo con fuerza.

—¿Quién es?

—Cat. —Tres letras y paso de estado sólido a líquido.

—Hola —le saludo en voz alta.

—Hola, ¿te molesto? —Su voz como siempre despierta todos mis sentidos.

*Vamos, Caterina, un poco de determinación como dice Amanda, demuéstrale lo sexy y cachonda que puedes ser.*

—¿Pero estás bromeando, Nicolas? Puedes molestarme cuando quieras de día y... —se me atraganta la saliva y empiezo a toser—. Perdona ... Decía de día, ah sí y. y de noche.

—Perfecto —se ríe como si le hubiera contado un chiste y luego añade—: porque paso a por ti mañana a las cinco de la mañana.

—¿Pero qué estás diciendo? —He perdido cualquier atisbo de

entonación sensual. Si es que alguna vez la he tenido.

—¿Pero no acabas de decir que puedo molestarte cuando más lo desee? —Enfatiza esta última palabra de una manera que me pone los pelos de punta.

Me rindo. Es mejor cambiar de tema y mantener la compostura.

—¿Dónde has estado? —le pregunto.

—Estuve en Madrid. Tuve que ir a hablar con la empresa.

Tal vez solo había desaparecido por trabajo.

—¿Cómo está tu padre? —me pregunta.

—Se fue el sábado pasado.

—Lo siento, me hubiera gustado despedirme. —Así que la locura le fascina—. Entonces, ¿vienes conmigo? —Vuelve su voz profunda y convincente.

*Tengo la impresión de que iría incluso al infierno contigo.*

—¿A las cinco de la mañana? —le repito de nuevo desconcertada por la hora nada usual. Pero, por otro lado, cómo podría esperarme de Nicolas una cena normal o un aperitivo banal como primera cita.

—Quiero llevarte a un lugar especial, donde tendremos todo el tiempo y espacio para nosotros. —Él sí que sabe cómo ser sexy, joder.

—Vale — susurro.

Le escucho reír contento, el sonido de su risa arrasa con todas mis dudas.

—Trae zapatos para caminar, una sudadera y una muda. Pasaremos la noche fuera.

*En este momento podría incluso llevarme a su harén y no me opondría.*

—Hasta mañana, Cat.

## *Capítulo 17*

Oigo el sonido del timbre. Nicolas me está esperando abajo. Tengo que admitir que estoy ilusionada. ¿A dónde me llevará? He metido en la mochila un poco de todo para estar preparada para cualquier ocasión. Incluso un vestido elegante. Pero creo que esto es demasiado.

He dejado una nota a Barbara diciéndole que no me esperara esta noche en casa, pero no he mencionado por ninguna parte a Nicolas. En el fondo, cada una tenemos nuestros secretos.

Abro la puerta y le veo sonriendo desde el interior del Jeep. Sostiene su magnífica cámara en la mano, le veo encenderla y apuntarla hacia mí.

—¿Cómo estás? —me saluda mientras continúa grabando.

—Muy bien, gracias —y le devuelvo una sonrisa tímida saludando torpemente con la mano.

Luego me entrega la cámara.

—Graba un poco mientras que conduzco, porfa.

—Vale, ¿lo necesitas para el trabajo? —le pregunto mientras observo bien entre mis manos esta pequeña joya.

—Sí —responde sin añadir nada más y se pone en marcha.

—Me gustaría saber a dónde estamos yendo.

—Es una sorpresa —ríe manteniendo los ojos en la carretera.

—No me gustan las sorpresas —digo instintivamente.

—¿Malas experiencias?

Este tipo es demasiado perspicaz.

—Sí, la última sorpresa que me hicieron me arruinó la vida. —Bueno, se lo digo para que lo sepa y, si tiene un corazón, sabe que hay que conservarlo para sobrevivir—. Pillé a mi marido con una compañera del trabajo en un espectáculo de contorsionismo, pero sin ropa —digo sarcástica.

—Ups —sonríe amargamente—. ¿Por eso te refugiaste en Gran Canaria?

—¿Te doy la impresión de ser una refugiada? —pregunto.

—Un poco —sigue sonriendo y coge la autovía hacia el norte.

—Bueno, tenía que cambiar de aires —digo en mi defensa.

—Hiciste bien. —Esta vez parece serio.

Luego estira el brazo hacia la guantera y saca unos CDs.

—¿Te gusta el jazz?

—Me encanta.

Se ríe y me mira por un momento.

—Perfecto, ahora te pongo un grupo de Madrid que a mí me encanta. Dime qué piensas.

El grupo es realmente bueno. Me gustan mucho y tengo que decir que la compañía de Nicolas tampoco es mala, ahora que se ha quitado la máscara de arrogante.

Después de unos veinte minutos salimos de la autovía y comenzamos a recorrer la costa noreste de la isla. Las paredes de roca se extienden frente a nosotros. Parece la cola retorcida de un monstruo marino descansando. Indolente, se deja acariciar, el mar masajea incansablemente su piel arrugada. Disfruto de la vista a través de la cámara. Estoy feliz como una niña con el regalo más deseado del mundo. Mientras estoy grabando no pienso en nada, estoy completamente extasiada. Me olvido del miedo a morir por caer desde estas carreteras estrechas y retorcidas donde el coche se desliza al ras del acantilado como una serpiente. Detrás de esta cámara soy invencible.

—Gracias, Nicolas —le digo con entusiasmo—. Tener este tesoro en mis manos es un lujo y sin ella me habría sido imposible recorrer estos caminos —confieso.

—¿Por tus vértigos? —me pregunta y me quedo asombrada.

—¿Y cómo lo sabes?

—Me lo dijiste el primer día que nos conocimos, en el club de la Isleta, ¿te acuerdas? —Se gira por un momento y me echa una mirada que estoy clasificando como una de las más dulces que he visto en mi vida.

*Sí, lo recuerdo, pero lo más absurdo es que tú también te acuerdes.*

En un cierto momento Nicolas coge un camino de tierra, la recorremos balanceándonos un poco entre agujeros y piedras y no mucho después comienza a reducir la velocidad para buscar un lugar donde dejar el Jeep. Aunque el espacio para aparcar en este lugar casi desolado es prácticamente infinito. El sol no ha salido todavía y el aire nos obliga a cerrar bien nuestras chaquetas.

—¿Qué estamos haciendo exactamente aquí? —pregunto confundida.

—Tenemos que seguir a pie —me dice bajando del coche y cogiendo su enorme mochila técnica digna de un líder de los Boy Scouts.

Lo imito cogiendo mi mochila, que es un tercio más pequeña, y lo sigo.

—Tenemos que subir por aquí —me anima y señala un pequeño camino difícil de detectar en medio de la estepa y la arena oscura. Miro más allá y descubro que el camino conduce a una colina empinada y escarpada.

¡Joder! Y para echar más leña al fuego me dice que me dé

prisa.

—Pero dime una cosa: ¿nos está esperando alguien para comer? —comento con sarcasmo.

—¡No! —Se ríe—. Pero si no nos damos prisa, el sol saldrá y pronto será abrasador. La colina no tiene árboles, lo que significa que no tendremos sombra. El agua que tenemos no será suficiente y la deshidratación nos hará perder fuerza. Lo que no nos dejará ni seguir ni volver al coche. Moriremos ahí arriba.

En respuesta, me doy la vuelta y vuelvo hacia el coche. Está bien, todo muy bonito, sí, seguramente será un lugar precioso, pero yo quiero seguir viviendo.

Después de unos segundos, escucho la voz de Nicolas riendo: “¡Venga, Cat, que estaba de broma! ¡Vuelve aquí”.

—No te creo —le grito sin girarme. Entonces noto que me levanta en peso y lanzo un grito digno de un ave rapaz.

Pero él pasa de mí y me da su preciosa FS5 para protegerla y así tener las dos manos libres. Aprovecha para colocarlas sobre mis nalgas. Sus manos abiertas las palpan con gusto y diversión a juzgar por como ríe.

Muy bien, tú sigue, responde el Santo Grial que parece divertirse con él.

—¡Bájame! —Me esfuerzo por mantener una voz convincente, pero más bien parece una queja de placer, gracias al traidor de ahí abajo.

—No —declara con decisión. E incluso me da un azote. *¡Pero será…!*

Siento que el Santo Grial se derrite entre mis piernas como si fuera un helado. Ya se ha embarcado y también ha llegado casi hacia sabores profundos y perversos.

Mientras me sigue manoseando sin ningún pudor, me dice con una voz persuasiva y tranquila: —No te dejo hasta que no me prometas que dejarás de hacerte la miedosa y me seguirás en esta cosa que, te prometo por mi corazón valiente de canalla, será maravillosa".

—Está bien —le digo gimiendo, básicamente. Hagamos todo lo que te dé la gana. Subamos a la montaña, lleguemos al séptimo cielo o al octavo incluso si quieres.

Me deja en el suelo y trato de recomponerme. Me falta la respiración y ni siquiera hemos comenzado la parte más ardua. Estoy a punto de devolverle su preciosa FS5 cuando me bloquea.

—Grabas tú, me hace ilusión tener grabaciones tuyas.

—¿En serio? —exclamo con entusiasmo por la confianza que me demuestra—. Pero no quiero hacer un desastre —agrego inmediatamente por miedo a equivocarme. Se trata de su trabajo, no de un video casero.

—Estoy seguro de que eres más buena de lo que piensas. Tranquila, Cat —me sonríe.

—Vale. —Yo también sonrío.

Estoy feliz y súper concentrada, intento capturar todos los detalles posibles. La tierra estéril que pisoteamos como dos cabras salvajes, los cactus llenos de rojos higos, las rocas que parecen venir de la luna. Intento grabar las sensaciones de un paisaje que deberá transportar al espectador a otra dimensión. Un acceso real a otro planeta. Esta es mi ambición mientras estoy grabando.

Cuando finalmente terminamos la estrecha subida, nos detenemos en la cima. El sol se asoma por el horizonte y la luz de la aurora nos regala una vista espectacular. El largo recorrido continúa abriéndose a lo largo de un descenso que conduce al mar. Nos detenemos por un segundo, extasiados.

—Qué maravilla —exclamo.

—Sí, es una verdadera belleza —sonríe lascivamente Nicolas mirándome fijamente.

Su audacia me avergüenza muchísimo, pero no me tengo que dejar confundir, tengo que tomar las riendas, como me aconseja Amanda.

Me cargo de valor y digo: ¿No habrás traído también a Federica a este sitio?

Me mira por un momento, confundido, luego estalla una de sus impresionantes carcajadas.

—¿Por qué me preguntas eso?

—Porque parece que también te gusta su compañía, que la acompañas a todos sitios y que le has presentado también a tu hermana...

—¿Y eso te molesta? —pregunta provocativamente.

—¡Sí! —exclamo con una espontaneidad que, evidentemente, no he sabido manejar, ¡joder!

—Jaja, bien, me gusta tu sinceridad —sonríe satisfecho—. Entonces, vamos a ver ... Yo también quiero ser sincero. —Se acerca a mí, muy cerca, me quita la cámara y me mira con sus grandes ojos directos hacia mi cara. Pierdo tanto la voz como los latidos del corazón—. ¿Por casualidad a ti también te gusta mirar alrededor, hacia yo que sé, países cubanos o suecos?

Se refiere a Peter, coño.

Solo puedo tragar y sacudir la cabeza para negar.

—Perfecto, me alegro de haberlo aclarado —me regala una de sus sonrisas mortales.

—Hablando de sinceridad: me gustaría preguntarte algo más —me atrevo a decir recuperando por fin la palabra y el valor para usarla.

—Todavía no tengo claro qué pasó en la comisaría: ¿por qué te retuvieron? —le pregunto directa. ¡Muy bien Caterina!

—Pero cuántas preguntas —bromea—. ¿No me digas que tú también eres un agente? —murmura mientras arregla el enfoque de la cámara.

—¿Por qué? ¿No te gustan los policías? —insisto.

—Bueno, si son guapos e interesantes como tú, no tengo nada en contra —sigue jugando.

No me engaña con sus piropos. Ya me he dado cuenta de que no quiere hablar de eso. Está escondiendo algo. No soy tan ingenua.

—Toma, mira ahora, creo que ahora está mejor así. —Me acerco para coger la cámara y cuando la tengo firmemente entre las manos, acorta aún más las distancias y ajusta un mechón de mi pelo que me había caído sobre la frente. Su mano se detiene en mi mejilla y el gesto se convierte en una caricia. Levanto los ojos hacia él. Y me pilla desprevenida. Me besa. Así, de la nada. Sus labios oscuros y carnosos están sobre los míos. Son cálidos y suaves. Sus dedos se deslizan por mi cabello y siento escalofríos cuando me tira de los mechones con delicadeza. Abro la boca y él aprovecha impertinente. Dejo que su lengua se envuelva con la mía. En un momento se enciende la pasión. Es un vórtice que toma el poder con una rapidez exagerada. No me da tiempo para entender nada. Trato de mantener la cámara en la mano, pero me cuesta estar de pie en este momento. Estoy perdiendo todas las capacidades cognitivas del cuerpo y de la mente. Ya no me importa nada, quién es él, quién soy yo. No me importa. Acabo de escuchar al Santo Grial ahí abajo que está de nuevo como un loco, quiere que lo involucremos, grita salvaje.

Pero Nicolas se separa y yo me quedo desconcertada. He sido víctima de un ciclón. Siento que mis mejillas se incendian, se habrán vuelto rojas como dos higos chumbos. Estoy completamente despeinada y me falta todo, la tierra, el aire, él.

—Vamos, Cat —me susurra de nuevo a pocos centímetros de mí—. Basta ya de preguntas, ahorremos aire, estoy seguro que lo necesitaremos más adelante —me guiña un ojo esmeralda.

Nada, me resigno, con este hombre nunca será fácil.

Pero lo que puedo decir con certeza en mi defensa delante del jurado de mujeres alfa dominantes, es que nunca me habían besado así en mi vida. Lo aseguro.

Seguimos caminando uno detrás del otro durante más de media hora en un silencio religioso cuando, de repente, aparece a lo lejos una de las playas más bonitas que he visto en mi vida. Un abrazo de imponentes rocas negras la acogen a los lados. Solo queda un hueco por donde Nicolas y yo podemos acceder. Una larga y preciosa tierra de arena se extiende delante de nosotros como un oasis en el desierto.

Es un regalo de la naturaleza. Y está completamente vacía, es toda nuestra. Mía y de Nicolas.

## *Capítulo 18.*

Siento la piel sudada que se estremece, el pelo suelto rebelde, el aroma de lo salvaje embriagando la mente. Me arde la cara y el corazón retumba fuera de sí. En cuanto mis pies tocan la arena quiero correr y saltar. Y bailar.

Esta playa es un maravilloso premio de la naturaleza por todo el esfuerzo que hemos hecho para llegar hasta aquí. Una visión paradisíaca.

Las olas que rompen en la orilla, las piedras que las acogen, la espuma que vibra y luego se disuelve lentamente, la arena oscura que se extiende como una cama cómoda en la que acostarse y el cielo azul donde las gaviotas giran bailando dándonos la bienvenida.

—Gracias, Nicolás. —Tengo lágrimas en los ojos por la emoción.

—De nada —dice sonriendo.

El sol ahora está bien posicionado en el cielo y lo ilumina. No hay nubes y esto permite ver claramente la isla de Tenerife con su montaña puntiaguda.

Se ve tan clara y definida que parece mucho más cercana de lo que en realidad lo está. Te da la ilusión de que puedes llegar a ella nadando.

Mientras yo todavía estoy inmóvil admirando el espectáculo, Nicolas se dirige hacia unas grandes rocas que enmarcan un espacio de arena negra. Supongo que quiere acampar allí.

—Este lugar es perfecto para montar la tienda —me confirma.

Me acerco y trato de ser útil.

—¿Te ayudo?

—No hace falta, gracias.

—¿No me crees capaz? Pues podría sorprenderte.

—Te creo, te creo —sonríe—, pero si quieres ayudarme sigue grabando.

—¿Lo necesitas para el documental?

—Sí, en Madrid la producción de la red está evaluando un proyecto muy interesante y me gustaría que me lo asignaran a mí. Así que tengo que sorprenderlos con efectos especiales. Y para mí los mejores efectos especiales los da la naturaleza. Por eso elegí este lugar.

—Y elegiste bien. —Le encuadro con la cámara.

—Gracias —sonríe radiante y bello como el sol—. Perdona, aún no te he preguntado, ¿cómo está tu padre? —me dice mientras

prepara la tienda de campaña.

—Bien, siempre me manda recuerdos para ti. Le caíste muy bien. *—De hecho, se pondría muy contento si supiera que estoy aquí contigo.*

—A mí también me cayó muy bien. Es un tipo duro. Se nota que es tu padre.

—¿Qué quieres decir? — E instintivamente levanto una ceja.

—Que, en mi opinión, te pareces más a él de lo que piensas — dice mientras anuda el último cabo de la tienda a una roca.

—¿En serio?

—Sí —confirma mientras se levanta satisfecho con la tienda ya instalada.

—Bueno, no creo.

—¿Por qué? —me pregunta de pie frente a mí.

—Pues porque él es así... fuera de lo común y yo en cambio ... no lo soy para nada. —Apago la cámara y la vuelvo a meter en su funda—. En fin, dejémoslo así.

—No, no lo dejamos así —se me acerca y coge los bordes de la camiseta para quitármela con decisión. La vuelvo a bajar asombrada. Su iniciativa me deja sin palabras. Que sí, que yo también tengo ganas de tener sexo, y sé que no puedo hacerlo vestida, pero necesito un momento de preparación psicológica antes de quedarme en bikini delante de él, a plena luz del día, con toda esta luz cruel que no me ocultaría ni un defecto.

—¿Qué estás haciendo? —le digo.

—Te desnudo.

*¿Quéééé?*

—¡Ni hablar!

—Lo harás, querida, porque si quieres saber algo sobre mí, te digo que soy un chico testarudo y tú tienes que desnudarte. De todo.

Y entiendo que no está hablando solamente de mi ropa.

—No— digo con decisión, bajándome la camiseta que intenta quitarme. Me da vergüenza. Pero Nicolas no se rinde. Se acerca todavía más, elevándose sobre mí con su imponente altura. Me susurra al oído—: Ya está bien de inseguridades. No te preocupes. Haz lo que te gusta y te hace feliz. Y punto.

—¿Y por qué desnudarme frente a ti me haría feliz? —Le provoco dando un paso hacia atrás para distanciar su cuerpo del mío.

—Oh, habría muchas amigas que podrían explicártelo —se ríe de corazón el maldito.

Aquí está, el Nicolas que más temo, el hombre atractivo y brillante que podría tener a cualquier mujer a sus pies.

Le miro mal.

—A mí no me hace gracia.

—Está bien, está bien, tranquila, solo quería que probaras a darte un

baño liberador. Desnuda.

Y luego lo pone en práctica sirviendo de ejemplo.

Se quita la camiseta, los calzoncillos y…

Dios santo, mi mandíbula casi se cae al suelo. ¡Pero entonces realmente existen! De hecho, a alguien tenían que pertenecer todas esas 'cosas enormes' que veo en la agencia. Francisco, por envidia creo, seguía diciendo que eran falsas, pero se equivocaba. Realmente existen.

¿Pero cómo es tan perfecto?

Miro sus abdominales súper definidos. ¿Y yo que se supone que tengo que hacer?

—Vale, pero yo esperaré a que se ponga el sol.

—Pero ¿qué dices? Vamos —me grita ya corriendo hacia el océano sin vacilar. Se tira al agua como si fuera un pez.

Me quedo quieta, mientras siento un gran ruido dentro de mí. Una extraña sensación de lucha interior. ¿Qué hago ahora?

La ansiedad y el miedo están en guerra con la emoción.

Luego, por fin, me muevo. Me quito rápidamente la ropa dejando la mente en blanco. En pocos segundos estoy desnuda y estoy corriendo hacia el agua. Noto el océano que golpea mi piel acalorada. Qué maravilla.

Grito y río feliz.

—Bravo —escucho a Nicolás aplaudiendo a pocos metros de mí.

—Gracias —digo entre risas. Gracias de corazón, repito dentro de mí.

Estoy nadando feliz entre las olas. Dentro del agua fría todo mi cuerpo se regenera, mi piel y mi mente. Nicolas se acerca nadando. Miro sus músculos que se definen a cada brazada, su cabello mojado que cae sobre los hombros anchos, está tremendo, no puedo decir otra cosa.

Me sonríe mostrándome sus dientes brillantes. Bajo los ojos y el agua cristalina me regala una visión completa de toda su virilidad. Joder. Yo diría que el agua congelada tiene un efecto sobre su cosita que va contra todas las predicciones humanas.

—¿Cómo estás? —me pregunta ahora a pocos centímetros de mí.

—De maravilla —exclamo levantando una esquina de la boca y sin quitar los ojos de sus partes inferiores. Es realmente enorme y, por primera vez en mi vida, no me avergüenzo de admitir mi admiración.

—Me alegro de que te guste tanto —se ríe alegremente, me guiña un ojo y luego me empuja hacia él. Se me escapa un grito de

sorpresa y me río abiertamente hasta que siento sus brazos alrededor de mí, sus manos deslizarse sobre mi cuerpo con dulzura y el sabor de la sal llega a mis labios cuando me besa.

Disfruto el sabor y lo busco cada vez más, mientras que nuestros cuerpos se sumergen en el agua y el placer.

De repente, una ola alta e irrespetuosa nos coge por sorpresa.

Rodamos en la espuma riendo hasta la orilla. Nicolas me extiende una mano y me ayuda a levantarme.

Salimos del agua.

Corro hacia la mochila para buscar mi toalla.

Me envuelvo con ella. Después de unos segundos Nicolas me alcanza. También coge una toalla, pero la extiende con poco cuidado sobre la arena y se tumba tal y como dios lo trajo al mundo, como si fuera Nutella sobre pan blanco. Y a mí me entra hambre.

—Mierda, yo no he traído nada para comer, Nicolas.

—Tranquila, no te lo dije aposta. Quería invitarte a todo yo. —Y completamente relajado en su desnudez, se queda tumbado dándome instrucciones sobre dónde encontrar la comida.

—¿Prefieres algo salado o un poco de fruta? —me pregunta, levantando la voz para que le escuche por encima del sonido del viento.

—La fruta está bien —le grito también yo.

—Puedes encontrarla en el bolsillo derecho de mi mochila.

Sigo envuelta en mi fiel toalla, con la duda de si quedarme todo el día disfrazada de mujer saharaui o ponerme mi precioso bañador que he elegido cuidadosamente, que me queda perfecto y que, sobre todo, me devolvería el uso natural y desenvuelto de mis extremidades.

Buscar algo así es difícil. Trato de abrir los bolsillos mientras sostengo la toalla con fuerza hasta que Nicolas me libera de esta vergüenza inconmensurable. Se levanta y se pone unos calzoncillos oscuros, así que por fin puedo ponerme mi fantástico bikini marinero sin parecer una frígida.

Nicolas me alcanza y me echa una mano en la búsqueda.

—Perdona, era el bolsillo superior, no el derecho. —Saca satisfecho una bolsa de la gran mochila—. Para ti, Cat, he traído la fruta de la pasión.

*Bueno, ¿qué puedo decir? Me parece la elección más apropiada.*

Le miro mientras saca un cuchillo y, con decisión, corta la fruta sacando su jugosa pulpa.

—¿Y sabes cuál es el mejor modo de comérsela? —Luego acorta de nuevo la distancia entre nosotros y me susurra con su voz ronca—: dejando que te la dé yo.

Me da la fruta y percibo el sabor dulce del azúcar mezclado

con la sal marina que se ha quedado entre sus dedos. Se ha convertido en mi sabor favorito. Lentamente me limpia los labios con sus dedos.

Este hombre me volverá loca, lo sé. Y mientras pienso en morderle directamente la boca en el siguiente bocado, me toma por sorpresa y me pregunta: "¿Te apetece dar un paseo?". Mi sinapsis sigue atónita cuando continúa: "Vamos un poco a la aventura".

—¿Por qué no? —le respondo todavía confusa, pero realmente entusiasmada por la invitación.

—Buena chica, así te quiero. —Y me ofrece su mano y su hermosa sonrisa.

Nos dirigimos hacia unas rocas al final de la larga playa. Me divierte explorar. No soy una de esas chicas que pasan horas tumbadas al sol. De vacaciones con Marco me aburría un montón, porqué él quería ir a la playa solo porque quería descansar y dormir. Un aburrimiento mortal.

Nicolas me agarra del brazo de repente. Es su forma de avisarme de no hacer ruido. Me quedo inmóvil. Indica con el dedo un punto entre dos rocas delante de nosotros. La cabeza de un gran lagarto aparece ante mis ojos. Nicolás lo está grabando con la cámara.

—Es un lagarto canario —empieza a explicar—. Es una especie endémica. Por sus dimensiones tiene que ser un macho. Los ejemplares más grandes pueden llegar hasta los ochenta centímetros.

El gran reptil tiene que tener buen ego, porque no se esconde. Se siente el centro de la atención y se deja ver mejor avanzando hacia nosotros. Nos muestra con vehemencia su cuerpo robusto.

—Es un macho —decreta Nicolás, ahora sin dudas—. En los machos adultos, especialmente en los más viejos, la espalda es negra y la garganta anaranjada. Mira. —Y se acerca a nuestro amigo que parece muy interesado en conocernos.

Nicolas saca del bolsillo de su bañador un trozo de plátano y se lo lanza. El simpático lagarto avanza sin miedo y lo muerde voraz.

—Estás hambriento, mi niño —ríe Nicolás. Luego sigue explicando—: Son omnívoros, pero comen principalmente fruta, flores y verduras. —Luego se da la vuelta hacia mí y añade—: Se dice también que tienen tendencia al canibalismo.

—¡Qué asco! —hago una mueca que inmortaliza con la cámara.

—Es la naturaleza, chica. Y la naturaleza siempre tiene sus buenas razones. —Luego apaga la cámara y sentencia—: Yo también tengo hambre ahora. ¿Qué tal un par de bocadillos?

—Es una muy buena idea.

En cuanto llegamos a la tienda, Nicolas saca de su enorme mochila una bolsa térmica.

—Para comer he preparado mis bocadillos especiales. Espero que te gusten. —Y me ofrece una baguette larguísima y una cerveza fría de lata.

Guau. Estoy realmente impresionada. Seré rara, pero toda esta atención es una cualidad para mí hasta ahora desconocida en el universo masculino. Y el hecho de que me sorprenda tan solo la preparación de un bocadillo, dice mucho sobre lo poco acostumbrada que estaba a todo esto. Doy un bocado y cambio de opinión. No es un simple bocadillo.

—Está buenísimo —exclamo.

Nicolás ríe satisfecho: “Le eché mi salsa secreta”.

—Te aconsejo que la vendas, te podrías hacer rico.

—Me lo pensaré.

Y nos echamos a reír juntos.

Terminamos los bocadillos y saciados y satisfechos nos tumbamos al sol.

Me doy cuenta de que estoy bien, como tal vez nunca antes lo había estado. Un bienestar que anula totalmente cualquier pensamiento negativo.

Estoy relajada y también cansada. La calidez del sol que ya no arde y la brisa que sopla ligera invitan mis párpados a cerrarse. Creo que voy a quedarme dormida aún con la sonrisa en los labios.

Un ruido no identificado me está poniendo la piel de gallina. Es un toque suave que me hace cosquillas en todos los sentidos. Siento hormigueos en los dedos de los pies y el Santo Grial gritando como una loca: “continúa haciendo eso que haces con los dedos, por favor te lo pido”.

Abro los ojos y me encuentro con la sonrisa de Nicolas.

—Buenos días, bella durmiente —me saluda—, voy a dar una vuelta en el mar.

Me apoyo en el codo y miro a mi alrededor para recuperar la lucidez y el tono. —¿Es eso un bote? —pregunto parpadeando varias veces para ver si todavía estoy soñando.

—Sí, más o menos. Con eso y con un poco de suerte espero avistar a algunos delfines.

—¿En serio? —ahora estoy completamente despierta.

—Sí —responde contento de suscitar tanto entusiasmo.

—¿Puedo ir contigo?

—¿Sabes nadar bien?

—¡Como un pez! —Me levanto y salto.

—Entonces sí.

—Genial —exulto.

Le ayudo a meter el pequeño bote inflable en el agua. Él me da

la mano para ayudarme a subir.

—Me alegro de no haberme equivocado —me dice.

—¿En qué? —pregunto instalándome en el pequeño espacio lo mejor que puedo.

—Sobre ti —y entra de un salto también.

—¿Qué quieres decir?

—Eso, mi pequeña Cat. Que te infravaloras —y me planta un beso en los labios para sellar el asunto sin respuestas.

Y para mí está bien.

Disfruto relajada del azul a mi alrededor y de los brazos de Nicolas

que se alzan con cada remo en todo su poder y belleza.

Estoy en el paraíso cuando improvisamente algo en el agua me llama más la atención que los músculos de Nicolas.

—¿Qué es eso?

—¿Dónde?

—¡Allí, mira!

Nicolas deja los remos y busca su cámara dentro de la pequeña mochila que llevaba consigo.

—¡Joder, no sé qué es, pero es grande y se acerca! —estoy gritando sin darme cuenta.

Nicolas ha encontrado la cámara y la apunta hacia el enorme pez.

Una imagen oscura a pocos metros de nuestro bote se materializa.

—¡Es un calderón! —Incluso Nicolás grita ahora como si nos hubiéramos convertido en dos ancianos sordos.

—Y no está solo —exclamo mientras otras enormes colas suben a ras del agua.

Estar rodeados de estos gigantescos peces marinos es un espectáculo increíble, de los que te quedan grabados por toda la vida. Me doy la vuelta para mirar a este chico ilusionado y feliz que tengo a mi lado y me siento infinitamente agradecida por las emociones que estoy sintiendo, estoy viva y sana con un mundo maravilloso a mi alrededor.

Apenas ponemos los pies en la arena, le abrazo instintivamente.

Lo beso apasionadamente.

—Si hubiera sabido que los cetáceos te hacían este efecto, te habría llevado antes a verlos —se ríe entre mis labios.

—Cállate —le digo pensando un nanosegundo en el consejo de Amanda.

Damos dos o tres pasos entrelazados el uno con el otro en un torpe intento de llegar a la tienda, pero caemos sobre la arena. Nos

echamos a reír. Él me mira con sus ojos verdes profundos como los bosques encantados y yo ya no río.

Siento su excitación contra mí. Baja con los labios hacia mi pecho, me quita el fantástico bikini a rayas y yo dejo que un gemido salvaje explote cuando su boca me saborea las tetas. El Santo Grial está de fiesta y le invita en voz alta a participar. Él no se hace esperar demasiado y celebra con mucho, mucho placer. ¡Dios mío! Este hombre sabe exactamente cómo hacer feliz a una mujer.

En este momento quiero demostrar lo que he estudiado, desciendo hacia él y sin dudar pongo en práctica los primeros pasos para una perfecta felación. Me siento satisfecha y orgullosa como si acabara de graduarme en física mientras escucho a Nicolas emitir sonidos de intenso placer.

Sobre todo porque *lo que estoy 'trabajando' es algo que los científicos deberían estudiar por su tamaño y belleza.*

A un paso de la conclusión, Nicolas se incorpora y me invita a subirme encima de él. Guau. Hace mucho que no lo hago y debo decir que por un momento tengo dudas, pero inmediatamente las descarto. Me dejo llevar por el placer y por el Santo Grial, que ya se ha puesto el sombrero de paja de cowboy y grita entusiasta: *"Yee haw, yee haw".*

La brisa del mar sopla en mi cara y me despeina el cabello, escucho el sonido del mar rompiéndose en la orilla. El fuego de la pasión quema entre mis piernas y creo que nunca me he sentido así de libre en toda mi vida.

Abro los ojos de repente, todavía es de noche, me doy la vuelta y él está aquí a mi lado. No ha sido solo un sueño. Duerme felizmente con una dulce sonrisa en los labios. Es tan perfecto que no parece real. Es una joya preciosa que ya tengo miedo de perder. La verdad es que ya me siento unida a él, más de lo que debería quizás. ¿A quién quiero engañar? Yo no puedo simplemente divertirme y esta sensación de éxtasis podría ser solo una ilusión. Sacudo la cabeza. No Caterina, basta de miedos, vive el momento, me digo.

Salgo del saco de dormir tratando de no hacer ruido y salgo de la tienda.

El universo aparece delante de mí. Infinito.

En esta playa paradisíaca, lejos de las luces, se puede ver toda la vía láctea. Es algo excepcional, como un sueño. Me siento pequeña y vulnerable, pero inmensamente feliz.

## *Capítulo 19*

Subo las escaleras de casa de dos en dos. Tengo la sonrisa fija como si me hubiera dado un ictus. Busco las llaves frenéticamente. Estoy deseando contarle todo a Barbara por fin para gozar con ella de cada momento, de cada detalle, de toda esta felicidad que estalla en mi interior. Este fin de semana con Nicolas ha sido un verdadero sueño.

Abro la puerta y mi radiante sonrisa se apaga de repente. Tengo el peor despertar delante de mí.

Una verdadera pesadilla.

Marco está sentado en el sofá y me mira.

—Ratoncito.

Me giro hacia mi amiga, que levanta los ojos hacia el cielo y me dice: —Marco acaba de llegar... —Supongo que intenta disculparse por no haberme advertido de esta ‘bonita’ sorpresa.

—¿Qué estás haciendo aquí? —me dirijo hacia el intruso.

—He venido para hablar contigo, ratoncito.

*¡Ratoncito un cuerno, o, mejor dicho, dos cuernos!*

—¿Cómo me has encontrado?

—Tu madre…

*Esta es otra persona para poner en la lista de Kill después de Bill.*

—Caterina, yo os dejo, tengo que ir a trabajar. —Bárbara desaparece, con razón. ¿Cómo culparla? No quiere ser testigo de un crimen.

Una vez a solas, Marco inmediatamente comienza a hablar.

—Caterina, por favor, tienes que escucharme. Sé que estás enfadada y yo también lo estoy conmigo mismo. —*No me digas*—. Pero nosotros todavía tenemos una oportunidad, lo sé.

Extrañamente me doy cuenta que no siento nada por él. No tengo ninguna reacción. Ni ira, ni dolor, ni venganza. Nada.

Marco continúa: “Fue un accidente. Créeme, para mí no ha significado nada”.

—¿Y te has dado cuenta después de siete meses? —Pregunto, levantando una ceja.

—Bueno, sí, me sometió. Esa mujer es un demonio.

—¿Y cómo conseguiste escapar de Satanás? —*Me estoy casi divirtiendo.*

—Con la ayuda de dios.

*¡Joder!*

—Nosotros estamos unidos por el sagrado vínculo del

matrimonio para toda la vida, ratoncito. Y debemos respetar nuestros juramentos.

—Igual que tú respetaste el de la fidelidad. —*Sí, me estoy divirtiendo de verdad.*

—Recuerda que se puede perdonar, Caterina.

*¡Cabrón!*

Ahora me ha cansado.

—Escucha, Marco, yo acabo de volver de una excursión agotadora. —*Muy agotadora, diría yo*—. Solo quiero ducharme y descansar, así que, si ahora pudieras dejarme en paz, te lo agradecería.

—Vale, ratoncito. Me voy solo si me prometes que me dedicarás una noche para hablar.

—No te prometo nada, Marco.

—Por favor, Caterina, no seas así...

Y se lanza hacia mí para abrazarme en una pantomima de hombre desgarrado por el dolor. Pero yo doy un paso atrás y él cae ante mis pies. Se queda ahí, abrazando mis gemelos. Una tragicomedia exagerada.

Pero luego me dice algo que realmente me desestabiliza.

—La aventura es algo extraordinario, lo sé bien, lo experimenté en mi piel. Lleno de emociones locas, mi ratoncito, pero es por naturaleza también algo irreal e inestable como un sueño. La realidad, la familia es otra cosa y nosotros lo sabemos bien, Caterina.

*Diablos, este hombre me conoce demasiado bien y sabe dónde darme para que me duela.*

—Bueno, bueno. —Ahora estoy nerviosa y un poco confundida. No veo el momento de que salga de esta casa.

—Me lo has prometido, ratoncito. Entonces, ¿cuándo nos vemos?

—No lo sé —digo desesperada. — ¿El próximo fin de semana? —con la esperanza de acercarme lo más posible a la fecha de su vuelta a Italia.

—¿Tan tarde?

—El fin de semana o nada, Marco —le digo resueltamente mirándolo de arriba a abajo y casi entiendo a Amanda y su pasión por la dominación.

—Está bien, entonces el viernes —se rinde—. Pero, ratoncito, tienes que prometerlo.

—Te lo prometo, el viernes salimos juntos y hablamos.—*Pero ahora levántate y sal de aquí.*

Le ayudo a levantarse y me abraza. Lo alejo con frialdad y le despido.

—Adiós Marco.

—Adiós ratoncito, hasta el viernes.

Sale y yo suspiro aliviada. No pensé que llegaría tan lejos. Venir a Canarias. Creo que está realmente desesperado. Seguramente la idea de quedarse solo lo está aterrorizando. En el fondo lo entiendo y también me da un poco de ternura. Sé que no debería, lo sé. Pero pienso que podría encontrarme en su misma condición si sigo mi hermoso sueño llamado Nicolás. Descarto estos pensamientos que realmente pensaba que no tendría después de este fin de semana y me doy una ducha caliente regenerativa.

Luego me tiro sobre la cama todavía goteando y cojo mi teléfono. ¡Hay un mensaje de Nicolas!

Ha montado un breve video de nuestra excursión. Es el momento del avistamiento del calderón.

*"Por favor, mira siempre este video antes de salir conmigo, para que pueda disfrutar de tu maravillosa reacción al calderón ;-)"*

¡Qué canalla!

¡Y cuánto me gusta este canalla! Me gusta mucho. Me siento bien con él. Es una sensación que nunca había experimentado en mi vida. Mi padre tiene razón, ¿a quién le importa si me hago daño? Por supuesto, Nicolas no es el hombre que imaginé para mí. Somos diferentes. Mucho. *¡Él es él, coño! Es demasiado, pero demasiado de verdad.* Y pongo una mano sobre mis ojos de manera instintiva. La vida me lo está regalando y yo lo tomo, ¿y mañana? Y mañana, ¿a quién le importa que pasará mañana?

*"Espero verlo pronto, entonces"* respondo con audacia.

Luego espero con impaciencia una respuesta, pero no llega. Bueno, estará liado. ¡Prohibidas las paranoias, Caterina!

Sin embargo, las palabras de Marco vuelven a mi mente: "*La aventura es maravillosa, pero es efímera como un bonito sueño, la realidad, la familia son otra cosa".*

Dejo escapar un grito de desesperación mientras me siento en la cama. Frente a mí está el espejo. Me veo hablando con mi reflejo: "*Caterina, tienes que tomarte esta relación con Nicolas con soltura y libertad. Estas son las palabras clave para tu futuro. Libertad y ligereza. ¿A quién le importa si no le vuelves a ver nunca más? ¿Vale, Caterina?"*

Y vuelvo a sonreír como una tonta.

—¿Por qué, Amanda? ¿Por qué no me llama? ¿Por qué? —Lloro sin ninguna vergüenza. —Yo sabía que no tenía que no me podía fiar de él. ¡Lo sabía! Qué cabrón.

—Mi niña hermosa, cálmate. No hay necesidad de llorar así. Dime, ¿cuánto tiempo ha pasado desde el último mensaje?

—¡Tres días! —Exploto en una exclamación melodramática como si fuera el anuncio del apocalipsis.

— Ni que fueran tres meses, mi reina. ¿Habrá estado ocupado?

—Mmm —refunfuño sin aprobar su consideración.

Escucho su silencio concentrado y luego me habla con una voz seria y profesional, como si fuera mi médico de cabecera.

—Tú tomate esta delicada receta que consta de diez gotas de Zolpidem, combinadas con tres caladas de marihuana y medio vaso de ron Zacapa y luego, corazón mío, estarás de lujo.

—Encima ha venido mi marido de Italia y ahora me está bombardeando todos los días enviándome flores y bombones, con el resultado que mi compañera de piso estornuda todo el tiempo por la alergia y yo estoy engordando. ¿Qué debo hacer en tu opinión? —Le pregunto a esta mujer que aparece en mi pantalla vestida de caperucita roja con botas de cordones, tacones de veinte centímetros y una cesta que, en lugar de manzanas, está llena de consoladores y vibradores.

—¡No me habías dicho que estabas casada! —exclama asombrada.

Y supongo que sorprenderla no es tan simple—. Pero mi niña, tienes una vida más caótica que la mía y eso no es fácil. —Luego me pregunta seria—: ¿Practicáis *Cuckolding*?

—¿Y eso qué es, un nuevo baile?

—Sí, mi bombón, más o menos —se pone a reír—. Es cuando tu esposo quiere que te eches un polvo con otro enfrente de él. Es un baile que está de moda, se llama baile del cornudo cachondo. —Nunca la había escuchado tan divertida.

—¿No me digas? —Cuántas cosas raras existen en el mundo—. No, Amanda, ningún baile del cornudo, solo soy una pobre infeliz indecisa sobre qué pez elegir.

—Eso es fácil, amor, elige el pez más grande. —Decididamente creo que nunca se había divertido tanto. Luego se recompone—. Perdóname cariño, vamos a ver, ¿de dónde viene toda esa confusión, mi lingote de oro?

Suspiro y luego suelto: —Toda mi vida soñé con la serenidad. la deseé, la busqué, lo planeé. Me casé con Marco porque siempre pensé que una vida monótona y aburrida era mejor que una llena de problemas. Estaba acostumbrada a un hombre que me detallaba su vida minuto a minuto, como si fuera un comentarista de fútbol. Y luego llego aquí y conozco a Nicolas, un hombre completamente distinto, un turbulento, inquieto, que no se lo piensa dos veces para meterse en una pelea, que desaparece y que cuando le hago preguntas me evita y solo me dice lo mínimo esencial. —Dejo escapar un suspiro y continúo—: pero Amanda, siento que me estoy obsesionando con él, es como una droga que me he inyectado en las venas, anula completamente mi sentido común.

—¡Mejor! —exclama.

—¿Qué?

—Oscar Wilde decía que las mujeres que tienen sentido común son curiosamente insignificantes y no puedo estar más de acuerdo, querida —escucho una risa más contenida y tal vez incluso más amarga—. De todos modos, cariño, la tranquilidad es algo que tiene que ver contigo y no con un hombre, y mucho menos si es aburrido. Puedes sentirte tranquila como nunca en tu vida incluso en la locura, con gente extraña y perversa que te ofrecen las cosas más chifladas, ¿entiendes? Es algo que solo tiene que ver contigo y con tus límites, mi bombón.

Miro su foto de nuevo y veo una sonrisa profunda que encierra una vida intensa, pero al mismo tiempo segura, la sonrisa de alguien que ha luchado por conquistar su identidad.

—Creo que lo he entendido. Amanda, gracias. Eres una amiga de verdad.

—No hay de qué, cariño, cuando quieras.

Me despido, termino la comunicación y trato de concentrarme en mi trabajo.

Definitivamente tengo que dejar de pensar, aunque me es realmente difícil. Todo me hace pensar en Nicolas. O, mejor dicho, todos los detalles de las fotos. He entendido la lección de vida de Amanda, pero no es tan fácil para alguien como yo. Me engañé pensando que podría cambiar mi forma de ser tan fácilmente. ¿Qué me habrá pasado por la cabeza? No soy de esa clase de chicas a las que las que no les importa nada, yo necesito que me validen continuamente. Yo me muero con un chico como Nicolas, que no da señales en días, que desaparece… No es para mí y lo sabía, lo sabía, ¡joder! Pero me he dejado llevar. Todos me decían, lánzate, lánzate. ¿Y ahora? ¿Qué debería hacer ahora? Drogarme, como me ha dicho Amanda.

La nauseabunda e inconfundible colonia de la maestra me advierte de su presencia detrás de mí.

—¿Sabes qué? He visto a Nicolas.

—¿Dónde? ¿Cuándo? —pregunto poniéndome de pie.

Mi reacción un poquitín exuberante no pasa desapercibida, puedo verlo en su rostro. De hecho, habría sido evidente incluso para un niño de seis años. Solo me falta agarrarla y sacudirla para hacer que hable. Ella pone una sonrisa en sus labios, la sonrisa de quien acaba de recibir sus respuestas y sabe bien cómo aprovecharse de la situación.

—Vi a Nicolas con otra chica y esta vez, créeme, no era su hermana.

*¿Qué?*

Y sigue como si me hubiera leído la mente: —Una chica guapa,

de piel morena, con curvas, no creo que sea europea. Mira, *para que entiendas*, se parecía a ella —y señala a una nueva escort sudafricana en la pantalla.

—Pe…pero, ¿qué estás diciendo? —tartamudeo tratando de aferrar esa

insinuación que siento deslizarse por mi cerebro.

—Bueno... —Se aparta un mechón de cabello de su hombro y especifica—: este trabajo nos enseña bien cómo son los hombres, ¿no?

—No me lo puedo creer —expulso en voz alta el pensamiento que me desgarra.

—Pobre ingenua Caterina, nuestro trabajo nos muestra claramente que la mayoría de los hombres quieren algo diferente y transgresor. Nicolas es un espíritu libre, un hombre al que le gusta experimentar, que nunca se queda quieto, seguramente no es el típico hombre que se pone las zapatillas de casa frente al televisor esperando a que su esposa le prepare la cena.

*Acaba de describir perfectamente una noche cualquiera en Bolonia con Marco. Federica ha estado escondida espiándonos en Bolonia y yo no sabía.*

—¿Y dónde los viste? —pregunto.

—Salían juntos de la comisaría. Igual los pillaron en un lugar público.

*¡Anda!*

—Con razón ya le conocían en la comisaría y después de nuestra excursión juntos ya no ha dado noticias —admito en voz alta sin pensar en los oídos atentos que tengo frente a mí.

Federica abre sus ojos oscuros y una sutil sonrisa como sus labios se dibuja en su cara. Y repite con más dureza: —Ya, por eso no ha dado señales.

Luego se da la vuelta y se aleja.

## *Capítulo 20*

Está oscuro y estoy de nuevo en medio de esta gran carretera.

Como la otra vez, los coches pasan a toda velocidad y tengo que correr para llegar a la acera y que no me atropellen.

Esta vez me he cambiado de zapatos. Llevo unas bailarinas.

Siempre se aprende algo nuevo. Son rojas. Rojo pasión.

En la acera están mis compañeras. Ahora las conozco a todas y las saludo cordialmente.

—*Chisss*, ven aquí —alguien me llama.

Es Amanda. Esta noche ha optado por algo más excéntrico. El disfraz de *Wonder Woman*.

—Tenemos que irnos —me dice nerviosa.

—¿Dónde?

—A casa de Nicolas, churri. Está en problemas.

—¿Cómo? ¿Dónde? ¿Cuándo?

—Ven, no hay tiempo que perder. Tenemos que darnos prisa.

Y sin que yo pueda decir nada, se pone en medio de la calle agitando los brazos. Alguien se para con el coche.

No veo su cara, pero veo a Amanda hablar con él desde la ventanilla. Al final le sonríe. Después Amanda se vuelve hacia mí y me llama.

—¡Ven, Caterina, Marco nos lleva!

*¿Quién?*

—Venga, date prisa, mi amor —me repite agitada.

Al final me rindo, los alcanzo y me subo al coche.

—Hola, Caterina —me saluda Marco con naturalidad.

—Hola, Marco —contesto educada.

—Venga, vamos o será demasiado tarde —me pide Amanda.

*¿Pero demasiado tarde para qué?*

Marco obedece las órdenes de Amanda como un perrito. —Acelera. Gira a la derecha. Sigue recto. Gira a la izquierda... tienes que darte prisa, Marco, ¿me has entendido bien?

—Sí, sí, lo he entendido, mi señora.

—¿Pero a dónde vas? Te dije que giraras a la izquierda.

—Pe…pe…perdóname.

Marco de repente gira para solventar el error, pero el coche se desvía por la alta velocidad. Está fuera de control. Vamos directos contra la barandilla. Esta se parte creando un paso hacia el vacío. Estamos cayendo en picado. Me estoy cayendo. Estoy gritando.

Me despierto gritando todavía, estoy completamente sudada. *Última vez que tomo carne roja antes de acostarme, lo juro.* Me levanto

aturdida y voy al baño. Me refresco la cara con agua fría y me miro en el espejo. Todavía tengo el rostro angustiado. Este sueño absurdo terminó con mi peor pesadilla: caer al vacío. Tal vez porque simbólicamente me estoy cayendo de verdad. ¿Qué estoy haciendo con mi vida? ¿A dónde me llevará todo esto, quizás a romperme en mil pedazos?

Entro en la cocina con los ojos todavía hinchados por el sueño y los pensamientos. Barbara está preparando el desayuno. Se gira para mirarme.

—Buenos días, amiga mía, ¿has dormido mal?

—Pesadillas —le digo mientras me siento frente a una taza de café humeante.

—¿Marco te está complicando la vida? —me pregunta retóricamente.

—No es el único...

—¿Nicolas se está portando mal?

Sacudo la cabeza mientras continúo mirando el café. —Tal vez ... no lo sé. —Entonces la miro.

—¿Crees que debería volver a Italia como sugirió mi madre?

—¡Ni hablar, amiga! —me dice categóricamente, agarra la silla y se sienta frente a mí.

—¿Por qué? —la miro con los ojos hinchados y tristes.

—¿Porque no querrás destruir todo lo que has conseguido por ti misma?

—¿De qué hablas?

—A lo mejor no te has dado cuenta, pero tu actitud hacia los demás está cambiando. Te veo por fin saliendo a la luz.

—¿En qué sentido? —Ahora estoy confundida.

—Amiga, desde que te conozco siempre te has escondido detrás de mil miedos y ansiedades, impidiendo que las personas te conocieran. Y esto era una verdadera lástima porque yo sabía lo sensible y generosa que eres, pero tú querías tener relaciones solo cuando podías controlarlas.

—Como con Marco —susurro.

—Así es —mi amiga me sonríe sincera—. Y, hablando de tu ex marido, esta mañana también han llegado puntuales otros chocolates y flores para ti. —Termina con dificultad la frase mientras busca un pañuelo en la cocina, lo agarra y estornuda con fuerza—. ¿Cuándo dijiste que se iba? —Me mira con los ojos que se le estaban poniendo rápidamente rojos y cristalinos.

—No sé —sacudo la cabeza terminando mi café.

Me preparo rápidamente y decido salir de casa antes, quiero llegar a la oficina con calma. Necesito dar un paseo. Estoy reflexionando sobre las palabras de Barbara que todavía me dan

vueltas por la cabeza cuando me choco con un tipo que lleva un patín en la mano y que afortunadamente me agarra con rapidez.

—¿Todo bien? —me pregunta con delicadez, en contraste con los tatuajes de calaveras feroces y malvadas que lleva en ambos brazos.

—Sí, gracias —respondo. Y mientras me levanto de nuevo ayudada por él, mi mirada va más allá de su figura. Entrecierro los ojos. A pocos metros de nosotros veo a Nicolas. Me agarro descaradamente a los cráneos de este extraño y él permanece estupefacto con una mirada interrogativa en su rostro frente a mi extraño comportamiento.

—¿Estás bien? —me repite con menos amabilidad.

—Sí, sí, gracias —pero sigo aferrándome a sus brazos para observar a Nicolas sin que él pueda verme. Le veo entrar en una callejuela.

—Gracias, gracias —líquido rápidamente al chico que ahora tendrá serias dudas sobre mi estabilidad mental.

Busco en mi bolso las gafas de sol y un chal que siempre llevo conmigo contra los vientos oceánicos Alisios. Me camuflo disfrazada de bruja. Solo me falta la escoba. Entro en la pequeña calle a tiempo para ver a Nicolas que gira a la derecha en otro callejón. Le sigo. No hay nadie, solo cubos de basura de los restaurantes que se suceden en este laberinto oscuro y aislado. Cuando giro yo también en la segunda calle, veo a Nicolas: está parado, pero ya no está solo. Hay una chica frente a él. Es casi tan alta como Nicolas. Veo sus rasgos con dificultad porque su ropa oscura se mezcla con su piel antracita. Pero sus curvas son evidentes incluso en la oscuridad. Son formas que es difícil no ver. De repente, esas curvas se presionan contra el pecho del hombre de mis deseos y todos mis sueños se deshacen como galletas amargas frente a este abrazo café con leche.

Mi corazón galopa salvajemente y el miedo a que me vean no me deja respirar. Ahora me da un infarto. Decido morir detrás de un gran cubo de basura. Además, desde aquí puedo observarlos mejor. Están hablando, pero no puedo oírlos, solo verlos. Sin embargo, hay algo que no entiendo. Toda esta historia es rara. ¿Por qué quedan en la parte trasera de un restaurante? ¿Es tal la pasión que no pueden esperar o son una de esas parejas con parafilias extrañas que eligen lugares peculiares para hacerlo? Claro que, si es así, explicaría por qué están con frecuencia en comisaría. Trato de afinar el oído para escuchar alguna palabra, pero nada. Solo oigo un molesto roer cerca. Parece alguien que mordisquea con voracidad y mala educación un pollo. Me doy la vuelta sin pensar y me encuentro con un ratón del tamaño de un gato comiendo su almuerzo. Además, el ratón del tamaño de un gato me mira como un perro y yo pego un grito que

intento sofocar con la mano. Nicolas y la chica desafortunadamente se giran hacia nuestros cubos. Míos y del ratón. Por suerte, el ratón del tamaño de un gato se molesta y sale a la luz caminando hacia ellos. Aprovecho para irme. Me pego a la pared como si fuera Spiderman y despacito vuelvo a la avenida principal. Respiro aliviada una vez que me mezclo entre la gente. Me quito el chal y las gafas e inmediatamente después me maldigo a mí misma.

—Cat —me llama alguien, pero yo ya sé quién es.

Me doy la vuelta lentamente y de hecho es él. Ahora está frente a mí.

—Hola Nicolas, qué placer verte de nuevo. —Decir que mi desenvoltura no es creíble en absoluto es un eufemismo.

—Lo mismo digo —contesta levantando una ceja y continúa—: siento no haberte llamado, pero he tenido muchos problemas que resolver—. Parece sincero.

—¿Qué problemas? —me aventuro.

—Nada serio, pero molestos.

*¡Sí, supongo!*

—Y aún no están completamente resueltos. —Observo que se está poniendo nervioso, una sensación que aún no había visto nunca en él y que pensaba que no le perteneciera.

—Tengo que dejarte, pero mañana toco en la Isleta, ¿nos vemos allí? Realmente quiero verte, créeme.

La seriedad con la que me está invitando me deja atónita.

—Vale —consigo pronunciar.

Recupera la sonrisa del Nicolas que conozco y me dice: —Perfecto, te espero mañana por la noche. Cuento contigo. —Luego me planta un beso rápido en los labios, recordándome mi sabor favorito y se va.

¡Madre mía! ¿En qué problemas me estoy metiendo? Esta historia huele peor que los cubos de antes. No tengo pruebas concretas para hacer acusaciones. Y no creo que tenga el derecho de hacerlas. Me prometí enfrentar esta relación con Nicolas de una manera libre y madura y así lo haré. Tiene razón Barbara, he cambiado, me siento cambiada.

El sonido de una alerta de mensaje me distrae de mis pensamientos.

*“Espero verte mañana.”*

Por un momento sonrío como una tonta, luego me entra el pánico leyendo el siguiente mensaje.

*“¿A qué hora te recojo mañana, ratoncito?”*

Nooo, lo había olvidado por completo. ¡Mañana es viernes!

# *Capítulo 21*

—Caterina, mi ratoncito, aquí hay demasiada gente, me asfixio.

—Marco, no me llames ratoncito, por favor, y te recuerdo que fuiste tú quien insistió en no cambiar el día.

—Lo planeamos así y los planes no se cambian. Lo tengo claro, ratoncito. —No tengo tiempo para discutir porque él mismo me ofrece una vía de escape—. Mira, ¿la chica agarrada a ese hombre tan enorme es Barbara?

—Sí, es ella. Vamos.

Nos acercamos a los sofás, donde mi amiga sonríe radiante abrazando a este chico musculoso.

—Hola, amiga. ¿Cómo estás? Él es Sebastián.

—Por fin te conozco —exclamo y le extiendo mi mano, él la agarra y la tira hacia él para envolverme en un abrazo.

—Qué placer conocerte, Caterina, yo también he oído hablar mucho de ti —me dice en un italiano destartalado, pero simpático.

—Y este es Marco —Barbara continúa con las presentaciones con mucho menos entusiasmo—. Pero ahora hay un problema, ¿cómo podría definirte? ¿Como el *stalker* de Caterina?

—No, me puedes presentar simplemente como su marido —responde Marco fastidiado.

Por otro lado, los dos nunca se llevaron muy bien, y no solo por el tema de la alergia a las flores.

— Sebastian, ¿por qué no invitas a Marco a una tropical? No la ha probado nunca. —Barbara encuentra la solución para deshacerse de él y hablar conmigo en privado durante diez minutos.

—En realidad no tomo cerveza, Barbara —señala Marco—. Pero no pasa nada. ¡Vamos! ¿Vosotras queréis algo?

—Una cerveza, gracias —dice ella.

—Vodka doble —digo yo.

—¡Caterina! ¿Pero desde cuándo bebes alcohol? —se escandaliza mi ex marido.

—Marco, ¿realmente quieres que te responda?

—No, ratoncito, tranquila. Te traigo tu vodka.

—Por fin se ha ido cinco minutos, no puedo aguantarlo más, está todo el tiempo pegado a mí.

—Pues mándalo a la mierda.

—Sabes que es complicado.

—No, no lo sé. Y mientras tú te complicas la vida, mira ahí abajo ¿quién se aprovecha de eso? — Mi amiga me señala al otro lado

del local, Nicolas más guapo que nunca, junto a esa bruja de Federica. Están hablando muy cerca el uno del otro y ella no pierde la oportunidad de poner sus uñas sobre él. ¡La odio! Afortunadamente, por toda la sala se escucha una voz que anuncia al micrófono: —Llamamos al escenario a un chico polifacético, un artista todoterreno, un genio del arte visual... pero esta noche comparte aquí con nosotros su pasión por la música... Es el momento de Nicolas.

Le veo atravesar el local mostrando su excepcional trasero. Antes de subir los tres pequeños escalones del escenario se da la vuelta hacia mí y nuestros ojos se encuentran. Siento las chispas en el aire, recorren la distancia entre nosotros y atraviesan todo mi cuerpo. Él sonríe, yo trato de hacerlo también.

—Me gustaría comenzar con una canción que es importante para mí...

Está en el escenario. La ansiedad aumenta, siento que me sube la fiebre.

—Perdona —le digo. Simplemente no puedo soportar la presión—. Voy al bar a buscar Marco. Necesito beber deprisa.

—Está bien, voy a coger sitio —me sonríe mi amiga con comprensión.

—Muchas gracias —le susurro.

Veo enseguida a Sebastian y a Marco en la barra. Acaban de recoger nuestro pedido.

Marco viene hacia mí empujando a la gente. Está completamente sudado y tiene dos copas en la mano. Temo que derrame en cualquier momento todo el contenido en el suelo, pero al final no lo hace.

—Esto es para ti, ratoncito. Madre de dios, había una cola infernal.

—Gracias, Marco.

—Caterina, perdóname, pero ¿dónde está Barbara? —Sebastian también se une a nosotros.

—Allí delante sentada junto a los demás —señalo al otro lado de la sala los asientos en primera fila.

—Bien, entonces me voy con ella mientras tanto. Hasta pronto, chicos.

—Gracias por la Coca Cola.

—¿Has pedido una Coca Cola?

—Amor, tú sabes que soy abstemio.

Tomo un buen sorbo, pero casi me ahogo. *¡Uf, por fin alcohol!*

Federica aparece de la nada ante nosotros.

Tiene una sonrisa peligrosa en la cara, porque desafío a cualquiera a definir esa como una sonrisa sincera. Parece que está preparándose para destrozar a su presa.

—Caterina, ¿no me presentas a tu amigo? —Como de costumbre con ella, los saludos quedan abolidos, yo qué sé, unas buenas noches, un hola... nada de nada.

Pero yo soy educada y continúo: —Él es Marco. Marco, ella es Federica.

—Encantado, soy el marido de Caterina.

—¿Marido? —Federica grita como si hubiera encontrado inesperadamente el oro—. Caterina, nunca me habías dicho que estabas casada. —*¿Por qué debería?* —Mucho gusto, yo soy una compañera de ese trabajo raro del porno que hacemos.

*Primer golpe asestado, maldita.*

—De po…po…

El pobre Marco comienza a tartamudear como si fuera un tren de juguete que se ha atascado.

—Po…po... ¿qué?

La malvada maestra se está divirtiendo regalando manzanas envenenadas.

—Caterina, ¿no le has contado a tu marido donde trabajas? Perdona, ¿tal vez he sido un poco inapropiada?

—Qué va, ¿por qué dices eso? De todos modos, solo para aclararlo, Marco y yo no estamos juntos, nos hemos separado.

—En realidad es solo una pequeña pausa. ¿Verdad, ratoncito? —Marco encuentra la fuerza para contestar. Se ha recuperado. Y entonces mantiene su mirada fija en mí y me pregunta horrorizado: —Pero ¿qué significa que trabajas en el porno?

—No es el momento de discutir de esto. ¿Por qué no nos acercamos a los demás y disfrutamos del concierto?

¡*Por favor, por favor, os lo ruego*!

Escucho las notas de Georgia Blues y pienso que hubiera sido agradable poder escuchar el concierto sin todas estas pirañas alrededor de mí.

*“And I ain’t got no place to go*
*Have you ever seen a man*
*With tears rolling down his face*
*Good God, all-mighty, you know what*
*I’m talking about...”*

—Sí, vamos todos juntos, Nicolas ya ha comenzado —dice Federica. El depredador todavía tiene hambre y no muestra piedad.

Por suerte veo caras amigas. Barbara se da la vuelta y como una buena aliada me ayuda.

—Venid por aquí, os hemos guardado los asientos.

Detrás de nosotros se sienta también Federica, se nos pega como un hongo parásito.

—Perdona Marco, ¿puedo sentarme aquí?

—Por supuesto.

La maestra no renuncia ni un centímetro: —Gracias.

*"…But my little girl just walked out on me*
*Mama, ooh mama mama*
*Can you hear your little boy calling your name*
*Yeah yeah*
*Ooh mama mama mama*
*Can you hear your little boy calling your name…"*

Durante un rato escucho el dulce sonido de la voz de Nicolas que acaricia mis oídos, pero después no puedo evitar poner el oído en la conversación entre la bruja y Marco. Ya está lista para volver a la carga con trampas y trucos.

—Es muy bueno, ¿verdad?

—Bueno, a mí realmente no me gusta demasiado este tipo de música.

—A Caterina, en cambio, le gusta mucho. ¿No es así, Caterina?

—Sí, Federica, es verdad. Me gusta mucho el jazz.

—Nicolas es un buen amigo de Caterina, ella misma me lo presentó.

*¡Qué cabrona!*

—Es un tipo muy talentoso, aunque tiene sus peculiaridades... —y deja pendiente la frase intencionalmente.

—¿En qué sentido?

—Sabes, Marco, pronto me titularé como sexóloga y ciertas parafilias las estudio y las conozco muy bien.

—¿Me estás diciendo que es un pervertido? —mi ex marido abre los ojos asombrado.

Espera, entiendo —exclama Federica mientras la hipocresía se apodera de ella—. ¿Practicáis *cuckolding* los tres juntos por casualidad?

—¿Cuco qué? —Parece que a Marco le esté dando un infarto.

—Ya está bien Federica, pero ¿cómo se te ocurre?

Aunque puedo imaginar cuánta depravación hay en la cabeza de esta mujer.

—Yo solo quería ser útil. —*¡Qué carroña!* —Siempre te he dicho que no hay nada de malo en complacer tus inclinaciones sexuales, por excéntricas que sean.

Me doy por vencida, no puedo luchar sola. Me giro hacia Barbara que está disfrutando del concierto. Dichosa ella. La llamo buscando ayuda.

—Bárbara, por favor, ¿me acompañas al bar?

—¿Por qué? ¿Qué está pasando?

—Me apetece otro vodka.

—Por supuesto.

Llegamos a la barra y dejo que mi amiga pida. Me ofrece amablemente la copa y doy un largo trago regenerador.

—¿Qué pasa? —me sonríe.

—De todo y me temo que no ha terminado.

—Y por una vez, amiga mía, haces bien en tener miedo. Mira allí.

Nicolas ha terminado de cantar. Tristemente me doy cuenta de que no he podido disfrutar de ni una canción entera, hasta que veo a Federica que de inmediato va hacia él. Esta mujer está realmente desencadenada esta noche.

Tiene al diablo dentro. Hablan un poco. Noto la sonrisa forzada de Nicolas frente a las mil sonrisas pérfidas de la bruja. Ella mira hacia nuestro grupo y se lo indica a Nicolas. No sé por qué, pero esto no promete nada bueno. Veo que por fin él la líquida y va a la barra, justo hacia mí y Barbara.

—Buenas noches, bellezas —Nicolas nos saluda con un tono un poco cortante. De hecho, inmediatamente después se vuelve hacia mí: —¿Dónde has dejado a tu esposo, Caterina? —Luego se acerca a mi oído y me susurra: —Podrías haberme avisado que solo querías un amante con el que jugar.

Me cago en la puta. O mejor aún, en el diablo de Federica.

El hecho que me llame por mi nombre completo es el indicio de que no está bromeando. Está realmente enfadado.

—Está ahí, pero realmente no está aquí... Quiero decir... Aquí está. —Marco se materializa frente a nosotros.

—Buenas noches, soy el marido de Caterina. Tú eres el cantante, ¿verdad? —Marco le ofrece su mano amablemente.

—Sí —resopla Nicolas mientras permanece con las manos apretadas..

Por un momento tiemblo, esperando que no las use contra él.

Verlos cerca el uno del otro me desestabiliza. Me parece estar frente a un juego de opuestos. Nicolas con su cuerpo atlético, provocativo e irascible, sosteniendo una enorme jarra de cerveza, contra Marco, flaquito, educado y reservado, con su Coca Cola, probablemente *light*.

Llega también la maestrita, preparada para participar en este improbable duelo.

—¡Marco! Tenía miedo de que te hubieras aburrido y te fueras. Qué bien que te has quedado hasta el final por tu esposa.

—¿No te ha gustado el concierto? —Nicolas se gira hacia Marco con una mirada que podría quemarlo vivo.

—No, lo siento, no es mi estilo —responde con una educación digna de la corona inglesa.

—Cada uno tiene sus gustos, ¿no? —Trato de moderar el

ambiente.

—Por supuesto, a veces incluso son algo retorcidos, pero lo importante es seguirlos, o te arriesgas a llevarte una decepción —se burla amargamente mi enemiga.

—A mí el concierto me ha gustado mucho. Felicidades Nicolas —interviene Barbara, por suerte tengo aliados.

—Gracias, Barbara, me alegro de que alguien me haya escuchado y apreciado. Me siento golpeada y hundida.

—Ahora lo siento, pero tengo que irme —continúa—, mañana tengo que madrugar porque tengo un compromiso.

Me gustaría preguntarle qué tiene que hacer, me gustaría hablar con él al menos un minuto, me gustaría acariciar su piel, pero la única cosa que me lanza es una mirada fugaz y nerviosa antes de dejarme tirada y salir del local.

Me siento una mierda. Se suponía que esta noche no debía ir así, joder.

Y sé que todo es todo culpa mía. Yo he traído a Marco aquí. La verdad es que he sido yo quien ha puesto a otra persona entre nosotros. No he podido sacar el pasado de mi vida y ahora está justo frente a mí. Y sé que lo mejor que puedo hacer ahora es enfrentarlo.

No debo tener miedo y sobre todo no debo ser cobarde: ha llegado el momento de ser honesta conmigo misma. Lo sé, tengo que hacerlo. Es inútil huir.

—Marco, ¿vamos nosotros también?

—Sí, ratoncito, gracias —responde feliz.

Bajamos a la calle y él busca un taxi con impaciencia, pero yo le detengo.

—Marco, tengo que hablar contigo.

—Vale, ratoncito.

—¿Vamos a dar un paseo? —Le propongo.

—Sí, gracias —responde educado, como siempre.

Nos dirigimos hacia el paseo marítimo. Caminamos un rato en silencio hasta llegar al Confital, la reserva natural que se extiende hasta el final de la ciudad. Aquí el paseo se eleva hacia una terraza. Nos paramos. Frente a nosotros una maravillosa vista sobre un acantilado negro, el mar azul y la tierra roja de este lugar mágico. El viento sopla con prepotencia. Y las olas en la distancia parecen caballos salvajes galopando en el océano y emiten potentes sonidos liberadores. Estoy nerviosa.

—Tienes que volver a Italia conmigo. —Marco va directo al grano.

—¿Pero ¿qué dices?

—Ratoncito, lo siento. Te dejé sola y mira cómo te encuentro.

*¿En qué sentido? ¿He engordado? ¿He envejecido? ¿Tengo una*

*pierna menos? ¿Qué?*

—No es tu culpa, lo sé. —*¡Bueno, por lo menos!*—. No teníamos que habernos separado. Te quedaste sola y está claro que te perdiste.

*Mira, yo conozco bien la dirección de mi casa. Habla por ti, que tal vez ya no recuerdes dónde está tu hotel.*

—Estabas desorientada e inmediatamente se aprovecharon de ti.

*¿Pero quién?*

—Te han rodeado.

*¿Dónde?*

—Pervertidos, prostitutas, gente promiscua y deshonesta. Pero no te preocupes, ratoncito, te salvaré de todo esto y te llevaré a casa.

—Ni hablar —por fin contesto.

—Incluso te han plagiado, mi pobre ratoncito.

Dentro de mí siento crecer la misma fuerza de las olas.

—¿Pero qué demonios dices, Marco? No soy ninguna ingenua. No he sido plagiada ni explotada. Trabajo en un *call center* de una manera completamente honesta y legal. De hecho, te diré, he encontrado más apoyo y amistad entre mis clientes que tú hipócritamente desprecias, que entre las mujeres realmente prostitutas que frecuentas tú. Además, con quien salgo es asunto mío y esto no es lo más importante. Lo importante es que yo ya no soy tu ratoncito, ese pequeño ser frágil y temeroso que siempre se esconde. ¡Se acabó! ¡S.e. A.c.a.b.ó.!

*Ahora soy Cat, Cat Woman... pero esto me lo guardo para mí.*

Marco se queda sin palabras frente a mi arrebato liberador. Me mira con asombro, como si tuviera a una extraña frente a él y no su dulce y perfecta esposa. Y antes de que saque el agua bendita para exorcizar al demonio que tengo dentro, trato de encontrar la calma de nuevo y continúo—: La verdad es que quiero darte las gracias, Marco. —Sonrío amargamente, mientras él abre aún más los ojos. Tal vez él está pensando que soy una pobre loca, quién sabe. Pero quiero continuar—: La verdad es que estaba atrapada dentro de una casa hermosa y perfecta solo en apariencia. Te agradezco por derribar ese castillo con tu engaño, ¿sabes?

—¿En serio? ¿No me estás rechazando solo para vengarte? —dice de nuevo, evidentemente asombrado por mis palabras.

—No, en absoluto. Tu traición fue una bendición. Un terremoto que me obligó a huir de esa hermosa casa falsa. Pensé que eras un hombre diferente Marco, pero la culpa es toda mía, fui yo la que se refugió en una imagen de familia tan perfecta como un brillante y plastificado paquete de galletas. Pensé que haciendo mis cálculos bien habría encontrado la ecuación perfecta para la felicidad. Pero desafortunadamente no funciona así y ahora lo tengo claro. Tu

miserable traición fue positivo para mí.

*Y quizás lo sea para ti también, mi querido Marco,* pero esto no se lo digo, tal vez porque sé que no lo entendería, no pretendo que lo haga y, por otro lado, ni siquiera me importa realmente, ahora solo quiero enfrentar mi decisión con firmeza. Quiero que entienda que ya no tengo miedo de ser yo misma y que mi felicidad nunca más debe estar atada a estructuras y esquemas preestablecidos.

—¿Estás segura, Caterina? ¿Quieres quedarte aquí? —me pregunta, mirándome con pesar. Está tratando de contestar, pero sus ojos ya parecen resignados. Creo que ha tomado conciencia de que no hay vuelta atrás.

—Sí, totalmente segura.

No sé si realmente lo he convencido, pero el hecho de que no me llame más con el epíteto 'ratoncito' me da buenas esperanzas.

Llamo a un taxi. Ha llegado el momento de despedirnos. Le veo subir al vehículo dudoso.

—Que tengas un buen viaje, Marco. —Cierro la puerta con decisión.

Me devuelve una sonrisa tímida. —Mucha suerte, Caterina. —Y se va para siempre.

Me voy a casa. Quiero dar un paseo. Las nubes han sido barridas y el cielo está despejado y lleno de estrellas brillantes. Miro el móvil, hay un mensaje, es de mi madre.

"¿Cómo estás? ¿Has resuelto todo con Marco?"

Se me escapa una sonrisa. Le respondo.

*"Sí mamá, lo hemos arreglado todo, no te preocupes. Por fin tu hija ha podido enfrentarse sola a un problema en su vida. Puedes estar orgullosa de mí.*"

No sé si ella lo entenderá, pero estoy segura de que por lo menos estará contenta de saber que estoy feliz.

## *Capítulo 22*

—Y así se ha ido. He terminado con mi matrimonio, por fin soy una mujer libre.

—¡Bravo, mi niña, así se hace!

—Sí, Amanda, estoy feliz, aunque...

—¿Qué te pasa ahora?

— Bueno, con Nicolas no va muy bien. Me vio con Marco y yo le vi con otra mujer.

—¿Me estás diciendo que tampoco os gustó el intercambio de parejas, mi bombón? —la oigo reír.

—No, parece que a él le gusta más... bueno, le gusta ir con una de tus compañeras.

—¿Y de dónde has sacado esa conclusión, mi reina? —Ahora está más seria.

—Bueno... —Me doy cuenta que me avergüenzo de lo que pensé, de mis estúpidos prejuicios. La hipótesis sostenida por Federica y avalada por mí se sostiene solo por la raza y el color de piel de esa chica. Soy una persona horrible.

—Cariño, y si así fuera… no hay nada de malo en ir con una de mis compañeras de trabajo.

—Lo siento, tienes razón, perdóname. —Bajo la cabeza por el peso de la vergüenza. Me siento una gran hipócrita.

—No te preocupes, yo lo digo por ti. Por tu felicidad de mujer libre, aléjate de la opinión de esos cabrones que creen tener siempre la razón y vive todas tus emociones como quieras sin permitir que nadie te juzgue. ¿Entendido?

—Sí, mi señora.

—Ve, querida, eres una mujer inteligente, ve a por todo lo que quieras, pero asegúrate de que siempre sea...

—¡Bien gordo! —decimos a coro y empezamos a reír juntas, como las dos grandes amigas que somos ahora.

—Caterina, cuando estás lista, empezamos la reunión —me advierte Fabiola.

—Amanda, tengo que dejarte.

—Está bien, mi flor de loto.

Termino la llamada y me uno a los demás que ya están sentados en círculo alrededor de Fabiola. Los otros dos jefes también están presentes. Angela y Samuele se dan la mano y se sonríen uno al lado del otro. Pienso que son tan diferentes, pero aun así hacen una buena pareja.

Solo falta Alessandra, la socia que más me asusta.

Yo también ocupo mi silla y Fabiola comienza a hablar: —Vender es como cortejar. En poco tiempo hay que intrigar, fascinar, conseguir confianza, pero, lo más importante de todo es crear deseo.

Escucho distraída sus palabras. Es la reunión mensual donde hacemos el balance de la situación, donde el vendedor del mes recibe un premio que proviene de uno de los mayores distribuidores nacionales de juguetes sexuales. Desde que estoy aquí siempre ha ganado Federica que está coleccionado un armamento digno de un gran *sex shop*.

Fabiola cede la palabra a Samuele, que siempre quiere proclamar personalmente al ganador.

—Con mucho orgullo anuncio al ganador, o mejor dicho, la ganadora, que este mes ha sobresalido por su experiencia y tenacidad, pero sobre todo por su empatía con el cliente. —Se le dibuja en la cara una gran sonrisa y observo a Federica que ya se está levantando de su silla satisfecha, cuando Samuele dice algo realmente inesperado—: Caterina, enhorabuena, eres la mejor vendedora del mes.

*¿Qué?*

—Vamos, ven y recoge tu premio —me anima y parece realmente contento— Vamos, un gran aplauso para nuestra Caterina.

Todo el 'equipo polvete' comienza a aplaudir enérgicamente.

Samuele me sonríe.

—Has sido muy tenaz y te lo mereces todo. —Me guiña un ojo divertido, entregándome un consolador rosa fosforescente.

—Gracias —sonrío avergonzada—, sobra decir que no me lo esperaba para nada.

—Yo sí —y se vuelve hacia su mujer—. ¿Te acuerdas, amor, cuando dije el primer día, en su entrevista, que Caterina se convertiría en uno de nuestros mejores vendedores?

—¡Sí, y tenías razón! —Angela me sonríe también con su dulce mirada y me estrecha la mano—. ¡Enhorabuena, querida!

Vuelvo a mi silla y coloco el consolador en el fondo de mi bolso.

Federica me pasa al lado. —Bien hecho, Caterina, te ofrezco mis más sinceras felicitaciones.

Yo quisiera hacer gestos de superstición quizás poco elegantes, así que respondo con educación: —Gracias, Federica. —Porque soy una señorita, aunque en realidad quisiera estrangularla. Por suerte tiene el sentido común de no agregar una palabra más al caos que generó la otra noche.

Salgo de la oficina y decido dar un paseo por la playa. Me quito los zapatos y camino descalza por la orilla. Las olas me hacen cosquillas en los dedos y veo la marea que modifica el escenario. El

océano ha cambiado por completo, el agua ahora está tan tranquila y plana que casi parece una piscina. No parece el mismo mar que esta mañana pataleaba y gorjeaba, enloquecido. Las cosas cambian continuamente alrededor y dentro de nosotros, solo tenemos que dejar que hagan su curso, reflexiono. ¿Quién hubiera pensado que, Caterina Marzi, obligada a ir a la iglesia en Bolonia todos los domingos que estaban de visita sus suegros, incluidas las fiestas sagradas, se pudiera convertir en la mejor vendedora de una de las agencias de escorts más importante y hasta ganar un consolador fluorescente rosa? Aunque me hubiera gustado hacer otra cosa en mi vida al fin y al cabo las cosas no me van tan mal en esta profesión: he conocido a Amanda, he hecho experiencia en nuevas técnicas amateur y, sobre todo, me ha ayudado a abrir la mente y a no juzgar a quiénes hacen del sexo su trabajo.

Barbara tiene razón, he cambiado, tengo una nueva vida, una nueva conciencia de mí misma y de la vida que me rodea. Y tal vez, quién sabe, también quiero un nuevo tipo de hombre a mi lado.

Ya está bien, es hora de hablar con él. ¿Por qué debería seguir siendo el tipo de mujer que espera una llamada o un mensaje? Estoy cansada de estas interminables esperas. Si a Nicolas le dio rabia el encuentro con Marco tendrá que aceptar que yo también tengo mis cosas, un pasado, por ejemplo.

Busco su número y descubro que está en línea, rápidamente le escribo un mensaje.

*“Hola Nicolás, ¿Qué tal?”*

*“Bien, gracias, ¿y tú*?” responde después de unos segundos.

*“Bien, gracias*”. Respiro profundamente, abriendo el pecho.

“Y tu marido, ¿cómo está?”. Nicolas acompaña la pregunta con un emoticón, ese con la ceja levantada, y me hace reír.

*“Creo que bien... se ha ido para siempre”*, le informo.

*“No sabes lo feliz que me hace”* escribe y me llegan todos los emoticonos divertidos que hacen estallar la tensión acumulada en mi pecho en una carcajada sonora. Admito que saber que está celoso me hace sonreír como una tonta.

*“¿Podemos vernos mañana*?” agrega.

“*Sí*” envío mi confirmación inmediata.

“*Perfecto, Cat. Por favor: botas y chándal.”*

“*Vale, hasta mañana.*” Yo también le envío un emoticón sacando la lengua.

Me muero de ganas de verle.

# *Capítulo 23*

Nicolas me avisa con un toque para que baje. ¿Quién sabe dónde querrá llevarme esta vez? Cierro la puerta y le veo en su estilo más deslumbrante. Gafas de sol, cabello rebelde, sonrisa salvaje. Estoy lista para ir a donde quieras, *baby*.

—Buenos días —le saludo después de subirme al Jeep. Me abrocho el cinturón de seguridad y busco su fiel Sony F5.

Él intercepta mis pensamientos con sus súper poderes—: No, esta vez nada de grabar. Tenemos demasiadas cosas que discutir en privado.

—Está bien —respondo lacónica, pero en realidad siento un poco de ansiedad en mi interior. ¿Quizás quiere hablarme de Marco?

Pongo algo de música para relajarme y encuentro el CD de Jimi Hendrix. Comienza la canción de Georgia Blues, la misma que Nicolas tocó en el concierto.

—Lástima que no pudieras disfrutar de la música la otra noche.

—Por desgracia no. —Definitivamente quiere hablar de Marco.

—Entonces, ¿tu marido se ha ido? —Sus dudas sobre cómo hacer la pregunta me hacen sonreír. Entonces también los chulos tienen problemas de comunicación.

—Sí, se acabó. Pero me alegro de que haya venido hasta aquí.

—¿Ah sí? —Veo su ceja que se alza.

—Sí, me he dado cuenta de que era correcto terminar las cosas en persona, con valentía, sin huir.

Sus cejas se relajan y su sonrisa vuelve, un poco emblemático.

—No sabes lo contento que estoy de escuchar estas palabras.

—¿Por qué?

—Porque la valentía será el tema de nuestra excursión de hoy —se ríe irónicamente.

—¡Me estás asustando!

—Tranquila, Cat, mi objetivo es justo lo contrario, se trata de quitarnos miedos.

Sube el volumen de la música alegremente y dice algo que definitivamente elimina todos mis pensamientos negativos: —Ahora solo quiero que te relajes y escuches nuestra canción.

*¡Nuestra canción! ¡Tenemos una canción!* Sonrío como una tonta que no tiene más pensamientos, solo mariposas revoloteando felices, en la cabeza, en el pecho, en el estómago, en todas partes.

Miro hacia afuera con ojos brillantes y soñadores, estamos entrando en el interior del norte. Aquí el clima es completamente

diferente respecto al árido y caluroso sur de la isla. La vegetación está floreciendo gracias a la humedad y la lluvia. Las curvas se suceden y la flora cambia con cada curva que tomamos. Es increíble. Se dice que en Gran Canaria se encuentra la biodiversidad más interesante del mundo, considerando el tamaño de la isla. Pinares canarios, cactus enormes como casas, palmeras de todas las alturas y especies, árboles frutales, aloes gigantescos y una infinidad de otras plantas endémicas. Una orgia lujosa de la naturaleza que se divierte mezclándose, mostrando una armonía espectacular y única.

Por fin llegamos a la cima de la isla. Nicolas aparca en una plaza desierta ya que es muy temprano.

—¿A dónde vamos? —encuentro el valor de preguntar.

—Allí arriba. —Indica una enorme roca que tiene la apariencia de un gran dedo señalando el cielo. Se encuentra justo en la parte superior de la montaña.

—¿Y por qué? —me agito, no me gustan los lugares altos. Me mareo solo con mirarlos desde lejos.

—Porque es un lugar maravilloso, mi pequeña Cat. —Me sonríe y luego añade—: Y luego quiero hablar contigo sobre algo en un lugar tranquilo y sin demasiada gente alrededor —me susurra.

—De hecho había mucha gente a nuestro alrededor la última vez que nos vimos —afirmo recordando las molestas garras de mi querida compañera sobre él.

—¿Es una referencia a una persona específica? —me pregunta bajando del coche.

—Sí —confirmo cerrando la puerta con demasiada energía.

Nicolas me alcanza y me envuelve las caderas con sus brazos: — Caterina —pronuncia mi nombre como un poema.

—Dime. —Levanto mis ojos hacia el cielo un momento para no confundirme con su mirada.

—¿Es Federica el problema?

*Bueno, digamos que, si me pidieras hacer cosas extrañas con ella, te podrías ir olvidando.*

Pero prefiero guardar ciertas consideraciones para mí.

— Venga, para que te quede completamente claro. Federica no es para nada mi tipo. —Me aprieta más fuerte—. ¿Sabes quién es mi tipo?

*Me acuerdo de la chica negra de aquel callejón, pero no la vi bien, entonces, ¿qué le digo?*

—No lo sé. ¿Una mezcla entre Rihanna y Noemi Campbell? —trato de recordar.

Me mira desconcertado. Está confundido.

—Pero, ¿qué dices? —Luego toma mi barbilla con sus manos y me obliga a mirarle a los ojos—: Mi chica ideal eres tú, loca.

Y de repente me besa, como si el loco fuera él.

—¿Aún no te queda claro? —Escucho su suave voz entre mis labios y su erección contra mí.

*Sí, es muy obvio, en efecto.*

—Ven, vamos. Aclarado esto, todavía tenemos mucho de qué hablar, pero no quiero hacerlo aquí.

—Está bien. —Le sigo, todavía sacudida por su beso y lo demás. Tomamos el sendero. El día está precioso y la luz del sol ilumina el camino entre las ramas de los árboles, los pájaros cantan, todo es bonito y todo el camino está en cuesta… ¡Maldita sea! Con este hombre estoy haciendo otra cosa que nunca había conseguido hacer en toda mi vida: ¡deporte!

—Mira, ya casi estamos. Eso es Roque Nublo y tenemos que llegar allí.

Indica una pequeña roca que se encuentra detrás de esa gran piedra en forma de dedo. Está prácticamente suspendida en el vacío, como una pequeña alfombra voladora.

—Pero, ¿estás loco? —exclamo horrorizada.

En respuesta, se acerca todo serio y me dice como si estuviera frente a una misión de guerra: —Por favor, escúchame, Cat, es importante.

—¿Por qué? —grito.

—Porque tengo que contarte algo, pero si no eres capaz de demostrar que puedes enfrentar las dificultades, será imposible seguirme en mi proyecto.

Cruzo los brazos y me bloqueo. No, tengo demasiado miedo. ¿Pero de qué tendrá que hablar conmigo? ¿Es posible que tengamos que subir allí solo para convencerme a hacer un trío?

—Caterina, mírame, por favor. —Su mirada es magnética—. Te quiero conmigo.

Se acerca, sus labios son acogedores y jugosos como una papaya. Me agarra de la mano.

—No te dejaré sola, te lo prometo, pero tú tienes que confiar en mí y seguirme, ¿de acuerdo?

*De acuerdo, estoy lista para seguirte incluso en tus desvíos, pero en esto … ¡joder!*

Estamos ya a pocos pasos de la alfombra mágica y espero que Aladín venga a reclamarla y se la lleve, así terminamos con esta historia.

Pero la alfombra no se mueve y Nicolas insiste.

—Escúchame, Cat, lo importante es pensar en la meta. Mírame a mí, mírame solo a mí, nunca mires hacia abajo, no te preocupes por el vacío o por el miedo a caerte. Solo piensa en el horizonte.

Lo miro a los ojos. Se posiciona oblicuamente de modo que

siempre pueda mirarle a la cara. Cruza fácilmente la roca que se conecta a la gran piedra redonda y suspendida y luego me mira extendiendo sus brazos, me está invitando a abrazarlo.

La verdad es que estoy sudando frío, pero quiero alcanzarle. Quiero abrazarle yo también. Sigo su consejo y observo algo que me relaja. Miro fijamente sus ojos verdes que son como un árbol centenario, tienen la misma fuerza, experiencia, calma.

Y empiezo a avanzar. Pasito a pasito. Él se detiene frente a mí. Quiere que lo haga yo sola. Esto me motiva aún más. Se convierte en un desafío conmigo misma. Otro pequeño paso y ¡joder! Casi tropiezo y me caigo.

—No, no, no, Caterina, no ha pasado nada —me anima—. Continúa sin preocuparte por el resto, confía, concéntrate solo en lo que quieres.

Le miro y sé que lo quiero, ¡maldita sea! ¡Vamos, Cat, ve a buscarlo, demuestra quién eres!

Mis pies se mueven lentos, pero decididos.

Paso a paso.

E increíblemente llego a la meta. Me abraza, por fin. Me aprieta con fuerza y estoy feliz. Satisfecha. Lo he conseguido.

—Ven, sentémonos, lo has hecho genial.

—Gracias. —Sigo mirándolo y me olvido de que estoy a casi dos mil metros, suspendida sobre una pequeña roca.

A nuestro alrededor se encuentra el paraíso. Se puede ver el océano que rodea la isla. El valle, los árboles, las pequeñas casas esparcidas en el espacio. Es un verdadero espectáculo.

—¡Sabía que lo lograrías!

—Gracias, aunque en verdad ha sido gracias a ti, créeme.

—Eso no es cierto, Cat, y lo sabes. Solo me gusta mostrarte tus enormes capacidades.

*¿Cómo se hace para no adorarlo? ¿Cómo?*

—Y es precisamente por tus enormes capacidades que quiero preguntarte una cosa importante.

Joder, ha llegado el momento de la verdad.

*¡Ahora me propone una orgia en la piscina!*

Instintivamente cierro los ojos.

—Han aprobado mi proyecto en la red.

Abro los ojos con entusiasmo: —¡Estoy feliz por ti! —exclamo. —Es una muy buena noticia.

—Es un proyecto alrededor del mundo. Ya encontramos a los patrocinadores y estamos esbozando los últimos detalles. Empezaré con América del Sur: Brasil, Venezuela, Colombia, México…

—Eso es genial —exclamo con entusiasmo.

—Estoy contento porque también me han dado carta blanca en

la búsqueda de mi asistente y yo… —detiene la frase para fijar sus ojos en mi cara como un escáner—: ¡Te quiero a ti!

—¿A mí?

—¿En qué sentido que me quieres a mí? —tartamudeo.

El hace su risa mágica y responde travieso: —En todos los sentidos.

—Vamos, por favor, no bromees.

—Cat, eres muy buena como cámara. Tus grabaciones de Playa Guigui son fantásticas, sabes cómo capturar la imagen con ojo sensible y al mismo tiempo vivo. Te quiero conmigo.

*Guau, nadie me había dado nunca una oportunidad tan importante.*

—De verdad, Nicolas, ¿me quieres contigo? —Siento una lluvia de emociones sobre mí. Me entran ganas de llorar.

—¿Todavía no te queda claro? ¿Quieres que te lo demuestre de nuevo?

Me sonríe, levantando una comisura de su boca carnosa, luego se acerca y me besa. Cada pequeño beso se mezcla con la brisa del viento que alimenta el deseo. Siento el fuego ardiendo. Su lengua desciende siguiendo la línea de mi cuello y dejo caer la cabeza hacia atrás ofreciéndole el pecho.

Me levanta la camiseta y me baja el sujetador con una maestría profesional y luego siento el calor de su boca cuando se aproxima a mis pezones. Pierdo totalmente la lucidez. Sería capaz de hacerme poseer aquí, sobre la alfombra de Aladín.

Entonces, de repente, abro los ojos.

Este es un lugar público y estos son definitivamente actos obscenos. ¡Terminaremos arrestados de nuevo!

—Por favor, Nicolas, aquí pueden vernos.

—Mmmm —le escucho gemir en protesta. Y también siento a mi Santo Grial que está protestando más fuerte que él.

—¿Por casualidad te apetece volver a la comisaría? —le reprocho e inmediatamente intercepto en él un ligero malestar en sus ojos.

*Entonces es cierto, ¡lo suyo es un vicio!*

Me doy la vuelta y él me sonríe.

—Está bien, tienes razón, Cat, pero no te puedes imaginar cuántas cosas absurdas quiero hacer contigo.

El Santo Grial dice que no le importa un bledo, que está listo incluso para la cadena perpetua.

Pero no caeré, está tratando de cambiar de tema y está bien. La nueva Caterina necesita la verdad.

Arreglo mi camisa sobre la marcha tratando de recomponerme y, sobre todo, de silenciar a ese criminal que tengo entre las piernas.

Le pregunto seriamente mirando directamente a sus ojos en llamas: —Nicolás, ¿me explicas por favor tu frecuencia en la comisaría?

Él también se recompone levantando sus anchos hombros ante esta pregunta. Está serio, y se toma un momento antes de empezar a hablar dejando de lado su amada ironía: —Ahora no puedo, lo siento, pero no te preocupes, llegará el momento, poco a poco —me repite de nuevo. —Tenemos un largo camino que recorrer juntos.

Lo miro insegura, sé que puedo confiar en él, es algo que siento dentro de mí, pero no me gusta que mantenga esta aura de misterio. ¿Quizás cree que aún no estoy preparada para pasar al lado oscuro del sexo? Si fuera así no podría negarle que tiene razón.

—Ven, vamos.

Me ofrece su mano para levantarme y la acepto.

Paso a paso, me repito mentalmente.

En el viaje de regreso a casa, Nicolas me expone su proyecto, me habla con ilusión sobre los lugares que quiere documentar, sobre las ideas que tiene en mente y yo le escucho fascinada y también un poco incrédula. Todo parece tan irreal, como si fuera un sueño.

Cuando llegamos delante de casa, apaga el coche y me tira hacia él.

Acaricia suavemente mi mejilla, sus ojos son la cosa más bonita que he visto en mi vida.

—Por favor, Cat, piénsalo, sé que todo ha sucedido muy rápido, pero eres la persona adecuada, créeme. —Me besa de nuevo con tal pasión que puedo sentir toda la energía y el entusiasmo de su proyecto, de sus sueños, de todo lo que quiere compartir conmigo.

Me quedo en silencio un momento y sigo disfrutando de su sonrisa.

Este hombre sabe cómo empujarme más allá de mis límites.

Antes de irme, le doy un ligero beso en los labios y luego susurro: —Está bien, me lo pensaré.

# *Capítulo 24*

—Fue como un sueño, créeme, Amanda.

—De los que te despiertas toda mojada, ¿verdad, mi churri?

—Sí, así es —me río divertida—. Solo hay otro problema...

—¿Qué pasa ahora? Eres peor que el comendador, que está sufriendo hipersexualidad obsesiva compulsiva, te aviso, querida.

—Nicolás me ha propuesto ser su asistente de cámara en su vuelta al mundo.

—¿Y cómo se atreve esa mierda? —se ríe con gusto—. Pero yo digo, ¿estás loca o qué? ¿Todavía te lo estás pensando, cariño?

—En serio, Amanda —le digo con el corazón en la mano—, ¿crees que soy capaz?

Se pone seria de nuevo: —Digo que si no te lanzas nunca lo sabrás, mi bombón.

—Es que es tan exagerado —suspiro.

—Mi amor, ingrata, ¿y no estás feliz?

—Quería decir que está lleno de vida, de ideas. —*Tal vez incluso raras... ¡Quizás!*

—Escucha a la tía Amanda. Ahora tienes que pasar a la siguiente fase, mi amor.

*¿Hay un siguiente paso?*

—Por favor, explícame. ¿Qué tengo que hacer?

—Tienes que atarlo, cariño.

*¿Atarlo?*

—Tiene que entender que eres tú la que está al mando.

—Sería estupendo —suspiro.

—Entonces, hazlo —la voz fuerte y segura de Amanda me sacude.

—¿Crees que podría?

—Con su permiso, o te pueden detener desde seis meses hasta ocho años por haber impedido su libertad de movimiento. Se llama secuestro. Pero bueno, mi reina, esa es otra historia, que tarde o temprano te contaré.

—Está bien —digo perpleja.

—No debes tener miedo —mi reina. Todavía eres una niña insegura, pero en realidad eres inteligente. Sé evaluar a las personas, confía en mí. Solo tienes que tomar la vida por los huevos y cuanto más grandes sean esos huevos, más tienes que sacudirlos. ¿Me entendiste, mi amor?

*Sacudirlos bien. Me lo apunto.*

—Amor, puedes hacer lo que quieras con tu vida, si lo haces

con amor. —Su voz es ahora solemne y firme—. No eres menos que nadie, te lo digo con pleno conocimiento de causa, créeme. —Me conmueven sus palabras, porque siento su peso, su fuerza, su batalla interminable—. Ve y demuestra quién eres, mi pequeño tesoro precioso. ¡Vamos, vamos!

—Gracias, Amanda, eres una amiga, de verdad.

Me seco una lágrima y cuelgo la llamada. Y después me voy con Barbara que me está esperando fuera de la oficina. Poco después, las dos pelotas que sacudo son dos yemas de huevo del wok de arroz que estoy comiendo. Pero parece que funcione igualmente porque digo: —Barbara, Nicolas me ha propuesto irme con él. Aprobaron su proyecto de vuelta al mundo y quiere que lo acompañe como asistente.

—Pero… ¡Eso es maravilloso!

Sabía que mi amiga se lo tomaría positivamente y eso es justo lo que necesito.

—Genial. Si te vas pediré a Sebastian que se venga a vivir conmigo —bromea.

—¿En serio? Te gusta mucho, ¿eh?

—Sí —admite.

Admiro a mi amiga. Ella no tiene miedo de tomar decisiones importantes. Lo hace con naturalidad y esa espontaneidad que le pertenece sin miedo ni paranoias. No como yo.

Al otro lado de la calle aparecen, como dos fantasmas malignos, Federica y Francisco. Nos ven y cruzan la calle para venir hacia nosotras.

—Hola chicas, ¿podemos sentarnos con vosotras a tomar un café u os molestamos? —pregunta Federica con su voz fastidiosa.

—No, no te preocupes, Caterina me estaba dando una buena noticia —responde mi amiga en venganza.

—Alegradnos, entonces —insiste la maestra.

Por un momento espero que Barbara sea reservada, pero obviamente soy una ingenua.

—Nicolás le ha propuesto a Caterina ser su asistente en su proyecto alrededor del mundo. —Falta solo que termine la frase con una burla infantil y parecerá que hemos vuelto todos a la guardería.

El rostro de Federica está cambiando camaleónicamente el color. Ahora tiende al verde de la envidia malvada.

—Pero vamos, Caterina, te juro que no pensaba que tú también entrarías en ese círculo perverso y oscuro. Tal vez tendré que curarte también a ti cuando tenga la especialización. —Se ríe y Francisco, digno Judas, con ella.

—¿Pero de qué está hablando? —pregunta Bárbara, inconsciente de todo.

—Federica cree que Nicolas tiene desviaciones sexuales patológicas —informo a mi amiga.

—¡Pero qué tontería es esa! —exclama Barbara desconcertada.

—Puede que no me creáis, pero los hombres como él son los típicos que forman parte de ese mundo que conocemos bien en nuestro trabajo, personas enfermas y perversas que no saben cómo tener relaciones y tampoco lo que significa amar.

Con esta última frase algo hace clic dentro de mí. Las palabras de Amanda todavía están en mi cabeza y mi ira explota.

—Pero ¡cómo te atreves a juzgar! Eres solo una pequeña hipócrita que señala con el dedo para colmar sus frustraciones. Nuestras clientes son personas, tienen sentimientos y aman con más libertad y serenidad de lo que todos podemos imaginar. Así que ¿sabes lo que te digo, mi querida Federica? No te preocupes, porque en realidad Nicolas y yo seremos una feliz pareja abierta, lo haremos a tres y a veces incluso a cuatro si no fuera suficiente, nos intercambiaremos la ropa interior y nos orinaremos el uno al otro sin ningún problema.

—Perfecto, bien por ti —responde con un gruñido. Entonces se da la vuelta como siempre sobre sus tacones, pero esta vez uno se rompe, tropieza torpemente y casi se cae. Observo a Francisco mientras aguanta sus gruñidos histéricos y por fin se alejan cojeando.

—Bien dicho, amiga mía. La has mandado a callar a esa maestra envidiosa.

En este momento me levanto de la silla con decisión. Ahora sé lo que tengo que hacer por primera vez en mi vida.

—Bárbara, ¿sabes dónde vive Nicolas? —le pregunto categórica.

Mi amiga sacude la cabeza afirmativamente, parece casi asombrada.

—Pásame la dirección por mensaje, por favor, tengo que ir rápido. —Pero antes de irme le doy un abrazo.

—Dile a Sebastian que haga las maletas y se mude. Estoy feliz por vosotros.

—Vale, gracias —responde confundida.

Cojo un taxi rápidamente y espero con impaciencia para llegar a mi destino. Ya he tomado una decisión. Quiero seguir el consejo de Amanda, quiero tomar el mando de mi vida. Lo tengo claro. Y si no lo tuviera, a quién le importa. He abandonado la casa perfecta del Molino Blanco y ahora vivo entre Sodoma y Gomorra.

Me bajo frente a la casa de Nicolas, toco el timbre y espero impaciente frente a la puerta. Cuando finalmente se abre, Nicolas está delante de mí.

—Hola, Cat, ¿qué estás haciendo aquí? —Me sonríe un poco

sorprendido por mi inesperada llegada, como si fuera una bomba a domicilio. Estoy nerviosa y acalorada, creo que puedo explotar en cualquier momento.

—¿Qué pasa? ¿Ha pasado algo? —pregunta preocupado.

—Pasa que… lo he entendido todo —por fin empiezo a hablar.

—¿Qué? —Tiene una mirada cada vez más perpleja.

—Que quiero pasar de los miedos, de las ansiedades, de las opiniones estúpidas, de los límites, de los esquemas y de los decálogos absurdos... Quiero ser feliz, Nicolas.

—Vale. —Me mira con su sonrisa luminosa.

—Quiero aprender a volar —sigo con convicción, pero pierdo la voz y el entusiasmo cuando entreveo a sus espaldas algo, o mejor dicho, a *alguien* que me deja sin palabras.

Detrás de Nicolás está la chica del callejón. Hay una maleta a su lado. Nuestros ojos se cruzan y ella me sonríe con sus dientes blancos, que contrastan con la piel chocolate. Esta vez lleva una ropa típica africana muy colorida y brillante que recuerda la intensidad de su tierra.

—Ven —Nicolas me pide que entre.

Diablos, después de lo que he dicho ahora no puedo echarme atrás... ha llegado la hora de la verdad, ¿seré capaz de romper todos mis tabúes? Estoy sudando frío.

—¿Te sientes bien, Cat? —Nicolas debe haber notado mi palidez.

—No exactamente —tartamudeo.

—Ven, siéntate —me dice la chica con amabilidad y cuidado ofreciéndome un lugar cerca de ella en el sofá.

No he visto muchas películas porno en mi vida, pero supongo que comienzan así, una caricia, un gesto y terminan todos juntos alegremente en el sofá.

—Eres la famosa Cat, qué lindo conocerte, Nicolas me ha hablado mucho de ti. —Y me acaricia la mano.

—Lástima que a ti te haya mantenido bien oculta —respondo con sarcasmo poco velado.

—Bueno sí, en realidad Nicolas me ha hecho un enorme favor, es un verdadero amigo.

*¿Ah, sí?*

—Cat, ella es Akilah, mi querida amiga de Senegal. —Nicolas también se sienta frente a nosotras—. Se ha quedado en mi casa mientras intentaba obtener los documentos para Europa.

—No ha sido fácil, créeme. Nicolás me ha acompañado a la comisaría casi todos los días. Ya casi conocía a todos.

—¿No me digas? Los conocía a todos —repito como una pobre tonta.

—Sí, pero lo hemos conseguido. También me ha encontrado un trabajo, ahora soy la ayudante de cocina en el restaurante africano en la calle Ruiz de Alda, ¿lo conoces?

—Sí, creo que me suena —tartamudeo pensando en los callejones de las cocinas donde me escondí con los ratones.

—Ahora puedo permitirme alquilar una casa y dejar de molestar.

—¿Pero qué molestias? —sonríe Nicolás cariñosamente—. Ha sido un placer ayudarte.

—Es un chico maravilloso, no lo dejes escapar —me dice y me abraza.

Solo consigo decir: —Gracias.

Luego se levanta seguida por Nicolas, coge su maleta y él la acompaña a la puerta. Los veo abrazarse.

—Gracias, amigo mío, te deseo lo mejor, pero creo que ya lo has encontrado.

—Gracias, Akilah. —Se despide y cierra la puerta, dejándola seguir su camino.

Luego vuelve hacia mí.

—Ya has descubierto el misterio de la comisaría, Cat. Discúlpame si no te lo conté antes, pero no podía. Admito que he tirado de todos mis contactos para ayudar a Akilah y lo único que me ha permitido conseguir ciertos favores ha sido la total confidencialidad. Lo siento, pero su futuro estaba en juego y no podía arriesgarme.

Le miro perpleja e incluso un poco triste.

—No confías en mí. No se lo habría dicho a nadie, te lo juro.

—Perdóname. —Se rasca la cabeza y es la primera vez desde que le conozco que le veo en un apuro—. Admito que yo también tengo mis límites, tengo la costumbre de hablar poco de mis problemas y siempre trato de resolverlos solo —se justifica.

—Bueno, querido, tendrás que cambiar el registro si quieres que colaboremos juntos —digo sin reservas.

Su sonrisa se ilumina. Es un sol.

E inmediatamente después me envuelve con su calor, se tira al sofá y me abraza.

—Me estabas diciendo que no necesitarás el avión para viajar, ¿verdad? —me susurra al oído riendo.

—¿Qué? —le miro todavía preocupada.

Me repite el concepto a pocos centímetros de mis labios.

—Sí, me has dicho que has decidido que quieres aprender a volar. —Luego estalla en una risa abrumadora.

—¡Cállate! —finjo que me enfado, pero no puedo evitar reírme con él.

Luego sello sus labios con los míos. Le escucho reír feliz.

Me dejo llevar en este sofá que es solo nuestro, como nuestro es el futuro. Sus manos sobre mi cuerpo me ayudan a no pensar en nada más. Y tengo la sensación de estar volando de verdad y es una emoción maravillosa porque ya no tengo preocupaciones y sobre todo ya no tengo miedo de caerme.

## *Epílogo*

La arena de esta playa es clara y ligera como una mariposa. Es completamente distinta de la arena negra e intensa de Gran Canaria. Pero él, el océano, no cambia. Lo grabo con la cámara, rindiéndole homenaje como se hace con los emperadores. Hay unos niños que juegan con una pelota. Son tantos que algunos solo se limitan a correr y animar, sabiendo que nunca tocarán la pelota. Los estoy grabando con la FS5 que ya es mía. Nicolás me la regaló. También es cierto que el listo pidió una Sony F12 nueva en cambio. Pero no me puedo quejar, ya que el chico sabe cómo hacer que lo perdone.

Enfoco la carita de este niño con piel chocolate y una gran sonrisa que ocupa gran parte de su cara redonda. Una cinta con flores de colores brillantes le encuadra la cara. Parece una miniatura de Marsha P. Johnson. Y su energía, entrando en el juego sin ninguna timidez o incomodidad me recuerda a una persona.

Vuelvo al establecimiento y me encuentro a Nicolas felizmente tumbado sobre una hamaca, mientras una hermosa mujer con los ojos color avellana le está sirviendo un cóctel en una copa con una rodaja de limón y una sombrilla de colores.

—Muy bien —le elogio con sarcasmo. ¿Así es como trabajas? Y yo mientras grabando.

Él se defiende siempre con su mágica sonrisa.

Su arma especial contra todo.

—Buenos días Abigail, ¿cómo estás? —saludo con un beso a la mujer.

—Muy bien, tesoro mío, ¿te despertaste temprano?

—Sí, me gusta pasear al amanecer y curiosear alrededor. —Luego cojo la cámara y comparto con los dos las grabaciones que acabo de hacer—. Os voy a enseñar mis descubrimientos.

En cuanto aparece en la grabación el pequeño Marsha, Abigail se lleva una mano a la boca para contener la emoción: —No me lo puedo creer, mi amor, este es igualito a mi Carlos.

Yo sonrío complacida por haber tenido la misma impresión.

—¿Quién es Carlos? —pregunta con razón Nicolas, ignorante de todo.

En ese momento, como queriendo hacer su entrada triunfal, suena el teléfono de Abigail.

—Hola, mi amor, ¿cómo estás? ¿Todo bien? Si, están ambos aquí, ahora les paso la videollamada.

En el móvil aparece una cara idéntica a la de Abigail, pero con un maquillaje oscuro y un turbante de piel con una rosa negra que contrasta con el pelo rojo fuego. Tiene los mismos ojos color avellana.

Nicolas abre los ojos mirando al móvil y a la chica que lo sostiene.

Abigail y yo nos echamos a reír.

—Tú tienes que ser Nicolás —dice la imagen del móvil—. Encantada, yo soy Amanda.

—Amanda y Abigail son hermanas gemelas —explico al pobre Nicolás, sin dejar de sonreír.

—Mucho gusto —dice al fin.

—Cari —exclama refiriéndose a mí— elegiste muy bien. Muy, muy bien, en serio.

Luego su mirada se vuelve seria y mira a Nicolas, sin sonreír. *Ssssrcash*. Es el sonido de su látigo que golpea el suelo sin piedad.

—Si la haces sufrir, amor, sabrás lo que es el dolor. Has entendido, ¿verdad Nicolito?

Nicolas se queda descompuesto por un instante, luego me mira y saca su sonrisa canalla. Deja su cóctel en la mesa, me agarra por las caderas, me tira hacia él, un gesto que para nosotros es la señal de inicio, un inicio que esta noche se ha repetido muchas veces. Me pongo roja enseguida.

—No te preocupes Amanda, Cat está en buenas manos.

Y noto muy bien sus manos, atraviesan mis pantalones y juegan con el lacito de mis bragas, haciendo cosquillas en mi trasero.

—Perfecto —sonríe Amanda—. Mi amor, estoy de verdad muy feliz por vosotros, disfrutad de mi tierra y haced el amor todo lo que podáis.

—Bien —bromea Nicolas cogiéndome de la mano. —Adiós Amanda, tus deseos son órdenes.

—Nicolás… —exclamo avergonzada.

—Mi amor, no te hagas la frígida, muñeca —me reprocha mi amiga desde el móvil—. Vete y práctica todos mis consejos, anda, ¡diviértete!

—Hasta luego, chicos —nos sonríe también Abigail.

—Vamos —me empuja Nicolas.

—Bueno, bueno —digo entre dientes.

Él, en respuesta, me carga como un saco de patatas, acerca su boca a mi oído y susurra: —Estoy deseando que pongas en práctica todos los consejos de Amanda.

En este momento río también yo, divertida. Me acuerdo de las palabras de Amanda: “*Acuérdate, churri, sacude bien los huevos y luego átalo.*”

Miro a Nicolas con una sonrisa traviesa y le digo: —Sí, estoy segura de que nos divertiremos mucho.

*Agradecimientos*

Doy las gracias a Gran Canaria, esta isla feliz que me ha regalado paisajes que vivir.

A mi marido Dario, que ha sido obligado a leer todas las diferentes versiones de la novela y no se ha quejado ni una vez.

Al resto de mi familia que me ha prometido leer solo la versión oficial.

A todos mis amigos y amigas que me han apoyado. No digo nombres para no excluir a nadie.

Al verdadero ‘equipo polvete’, a mis jefes Aurelio y Marta y a todas mis maravillosas clientas.

A las colaboradoras indispensables que han dado claridad y corrección a mis desordenadas ideas: mi editora Stefania; Chiara, correctora de borradores y mucho más y Domenica, grafica paciente y amable.

Y, por último, gracias a todos vosotros que lo habéis leído.

Gracias de corazón.

## Sommario